



Res
cátame
¡Dime hago
el
harakiri!

**Rosario
Vila**



RESCÁTAME... ¡O ME HAGO EL HAKIRI!

Rosario Vila

© Rosario Vila, 2020.
Vector de la portada diseñado por Freepik.
Todos los derechos reservados.

Capítulo 1

Todo el mundo recibe las vacaciones dando saltos de alegría, pero yo habría deseado que fuera enero de nuevo en vez de agosto, me sentía como si fueran a extirparme las amígdalas y la vesícula en la misma operación. De mano de un falso cirujano, un albanokosovar que escondía una red de tráfico de órganos en el sótano de una pescadería. Llevaba semanas soñando con playa, mojitos y encontrarme la cama hecha cuando volviera de dar paseos por Puerto Banús, pero mi sueño se había truncado de la manera más trágica: ellos, la pareja más insoportable que había conocido jamás me había despertado en lo mejor de mi perfecto sueño. Mónica y Braulio se habían apuntado a nuestras vacaciones en Marbella y dudaba mucho que fuera a tener la paciencia suficiente para soportarlo. Se trataba de una semana entera, eso hacía un total de siete días. Dios... Ciento sesenta y ocho horas... Diez mil chorrocientos minutos... ¿Cuántos eran exactamente...? Mierda, no recordaba la tabla del seis.

—Robusta y compacta, pero ligera y elegante. Esta maleta grita la palabra «clase» —dijo Álvaro. Le dio un giro por el asa, mirando orgulloso cómo la maleta giraba en el suelo sobre sus ruedas.

Aparqué mis incómodos pensamientos por un momento y lo miré aturdida.

—¿Cómo dices? —le pregunté.

—Esta maleta dice mucho de mí. ¿No crees?

Cerré los ojos y sacudí ligeramente la cabeza.

—Eres único para ver cosas fascinantes que el resto de la humanidad no ve —dije.

Álvaroladeó la cabeza con un gesto rápido y preciso, el flequillo se le fue de golpe hacia el lado izquierdo.

—Por supuesto, cariño. ¿Acaso no te escogí a ti?

No estaba segura de cómo tomarme ese comentario, Álvaro a veces decía cosas que me dejaban a cuadros y cuando se las cuestionaba siempre resultaba que no las había entendido bien. Llevábamos dos años juntos y todavía no había sido capaz de entender la «curiosa» ironía de Álvaro.

—¿Cómo que «te escogí a ti»? —le pregunté.

—Oh, Estela... Era un halago. No hace falta que te pongas a la defensiva. —Me miró de medio lado y añadió—: Aunque supongo que ese no es el problema real, ¿verdad? Lo que te pasa es que no quieres que Mónica y Braulio pasen las vacaciones con nosotros. Y eso me duele, Estela, te recuerdo que Braulio es mi mejor amigo. —Se bajó las gafas de sol que tenía sujetas en la cabeza y levantó el brazo, estaba indicándole a Mónica y Braulio nuestra localización.

Suspiré e hice de tripas corazón. ¿Qué otra cosa podía hacer? La repelente pareja ya estaba allí, no tenía manera de escapar. El tren salía en media hora y nada iba a evitar que Mónica y Braulio se subieran a él.

—Qué hay, tío —saludó Braulio a Álvaro. Hizo un estúpido movimiento de boxeador, como si fuera a pegarle un puñetazo en el estómago.

—¡Hola, chicos! —nos saludó Mónica con su chillona voz.

—Qué hay. —Me costó sonreír, pero hice un gran esfuerzo y lo logré.

En el fondo me sentía mal, no tenía una razón de peso para que Mónica me provocara tanto rechazo. En realidad no me había hecho nada, era solo que su desmedida felicidad, su voz aguda y

su cháchara constante me saturaban. Mónica me ponía la cabeza como un bombo, cuando pasaba un rato con ella perdía hasta el sentido de la orientación.

—Nuestro AVE sale de la vía siete —dijo Álvaro.

—Pues a qué esperamos, muchachos. ¡Marbella nos espera! —dijo Braulio. Se frotó las manos en plan «soy el amo del mundo». Nunca había conocido a nadie más engreído y tonto profundo que él.

—Suerte que quedaban billetes en preferente, dos horas y media de viaje en turista pueden convertirse en una eternidad —dijo Álvaro.

Tuve que darle la espalda para que no me viera levantar el labio. El punto esnob de Álvaro, que en circunstancias normales me rechinaba, se multiplicaba por diez cuando estaba con Braulio. Sí, ya teníamos a Pocholo y Borjamari en acción.

—¿En turista? ¿Por quién me tomas? Uno tiene su pedigrí —contestó Braulio.

No, no lo iba a soportar. Iba a darme una subida de tensión. Recé para que hubiera una amenaza de bomba y tuviéramos que desalojar inmediatamente la estación.

—¿Pedigrí? Espero que te hayas vacunado del moquillo... —murmuré.

—Ja, ja, ja, ja. ¡Me caes genial! ¡Eres una cachonda! —exclamó Mónica.

Di un respingo, lo dije tan bajo que pensé que nadie me iba a oír.

—Disfrutaréis juntas, tenéis muchas cosas en común —dijo Álvaro.

¿¿De verdad?? ¿Pero qué mierda de concepto tenía Álvaro de mí?

—¡En marcha, muchachos! —dijo Braulio.

Mónica entrelazó su brazo con el mío, ladeó la cabeza sonriente y me preguntó:

—¿Preparada, señorita?

Con la mirada perdida, respondí:

—Claro... Sí.

Echamos a andar hacia el control de seguridad, yo iba arrastrando los pies. Parecía que Mónica me llevara por el corredor de la muerte, iba directa a recibir la inyección letal.

—Sé lo que te pasa, tienes el síndrome premenstrual —me diagnosticó—. Yo tenía unos cambios de humor terribles hace años. Lo mismo lloraba, que reía, que me ponía morada de comer alcachofas enlatadas. Son muy sanas, ¿sabes? Pero me iban fatal para los gases, las tuve que dejar. ¿Has probado la copa menstrual?

Abrí la boca para contestar, pero, antes de que pudiera hacerlo, respondió:

—Yo tampoco. Me da grima meterme eso ahí, tiene forma de pequeño desatascador. ¿Y si al sacármela me succiona el chichi? ¿Y si al metérmela coge aire y no me la puedo sacar? No, a mí me gustan los tampones. ¿Quieres uno? Llevo una caja en el bolso.

—No tengo la...

—El sol del sur es abrasador —me cortó—. ¿Qué factor de protección solar usas tú? Una vez me dormí en la playa y se me derritieron las pestañas postizas. No podía abrir los ojos. ¡Lo pasé fatal! Tuve que ir gateando hasta la orilla para echarme agua.

Ma-dre mí-a... La semana iba a ser mucho más dura de lo que pensaba.

—¿Has merendado? Espero que nos den algo de picar en el tren, necesito comer cada dos horas por mis ardores de estómago —me informó—. ¿Qué es eso? ¡Hala, mira, un pelirrojo! Qué monos son, ¿verdad? Parecen de plastilina.

Me puse a repasar la tabla del seis, necesitaba desconectar como fuera de la realidad.

—Lo vamos a pasar genial. Siempre he querido tener una hermana. Me habría gustado dormir en camas gemelas, hacernos confidencias y organizar fiestas de pijamas. Oye, ¿te hace? ¡Podríamos hacer una en el hotel!

—¿Qué?!

—Sí, ya sabes; compramos dulces, vemos una comedia romántica y hablamos hasta la madrugada de los chicos. Anda, ánimo. ¡Será genial!

—¿Álvaro! ¿Tienes mi billete?! —exclamé asustada. Me pegué rápidamente a él. Mi billete lo llevaba yo, pero necesitaba escapar de aquella espeluznante proposición.

—Ja, ja, ja. Se me ha pegado un chicle en el dedo pequeño del pie. ¡Hazme una foto, Braulio! ¡La voy a subir a Instagram!

Capítulo 2

A veces un mortal tiene que resignarse a su destino. Hace lo que tiene que hacer y eso es todo, no hay más. Lo había estado pensando en el tren y me había dado cuenta de que seguir con aquella actitud tan negativa no me iba a beneficiar. Al contrario, me iba a hundir todavía más. Necesitaba centrarme en lo positivo y disfrutar de mis cortas vacaciones. Me lo merecía. Trabajaba de auxiliar médico en una clínica estética, donde me pasaba entre ocho y diez horas diarias escuchando problemas estúpidos propios del primer mundo, cosas como «la punta de mi nariz no está alineada con mis chakras», o «necesito que mis oblicuos sean iguales que los de Jamie Dornan». ¿«Necesito»? ¿Pero qué mierda de necesidad era esa? No sé, uno puede necesitar un crédito de Cofidís o que le bajen una caja de un atillo porque pesa. Pero, ¿unos oblicuos? Por favor... Qué dos guantazos bien dados necesitaban algunos. Sí, eso sí que era una necesidad vital.

Álvaro llamó a la puerta del cuarto de baño y me preguntó:

—¿Te queda mucho?

—No, salgo enseguida.

Hacía alrededor de una hora que habíamos llegado al hotel. No estaba nada mal, era moderno, tenía piscina y estaba en primera línea de playa. Acababa de presenciar desde la ventana un precioso atardecer anaranjado sobre el mar. Quizá eso también me ayudó a relativizar la situación, me quedé mirándolo maravillada.

—Date prisa, por favor, tengo el muñeco asomando.

Me quedé con las mejillas metidas para dentro y la brocha del colorete levantada a un lado de mi cara.

—¿Qué quieres decir? —le pregunté.

—El muñeco, ya me entiendes... —Pegó la boca a la ranura de la puerta y bajó la voz—. No puedo seguir conteniéndolo en el casillero de salida. Estela, amenaza con salir de manera inminente...

Giré los ojos hacia un lado de manera súbita.

—Estela, abre de una vez... ¡Abre o me cago!

Abrí la puerta rápidamente y Álvaro entró como un rayo. Cuando huí por la puerta ya estaba sentado en el váter con los pantalones bajados y en el último segundo vi una escena que me perturbó: había echado la cabeza hacia atrás y parecía extasiado de placer, tenía la boca abierta y solo se le veía el blanco de los ojos. Me puse el brazo sobre la cara mientras corría por el corto pasillo de la habitación y oí cómo un «submarino» se sumergía con todo su descomunal peso en el agua. Me tapé los oídos, pero ya era demasiado tarde. La situación fue tan desagradable que sospeché que jamás podría borrarla de mi memoria.

Me senté en la cama y me refregué los ojos para, al menos, intentar hacerla desaparecer de mi retina. Hasta ese momento jamás había oído decir a Álvaro una sola palabra soez, ni tampoco le había visto en una situación tan poco sexi. Pero eran cosas que pasaban, me consolé pensando que la convivencia era así.

—Estás guapísima. ¡Pero guapa, guapa de verdad! —exclamó Mónica.

—Oh... Gracias.

Sentí una punzada de culpabilidad, su efusivo halago sonó sincero y volví a sentirme fatal por

ser incapaz de soportarla. Sí, era como tener un grillo bajo la ventana una noche de insomnio, en la que hace un calor asfixiante que no te permite cerrarla. O como un vecino que escucha reguetón a todo trapo mientras intentas ver el final de una película. Pero en el fondo me sabía mal tratarla de manera borde.

—¿El vestido es de raso? Uy, de verdad, pero qué mono es.

—No lo sé, no entiendo demasiado de esas cosas —dije.

Me lo había comprado para las vacaciones. Lo cierto es que a mí también me encantaba. Era un vestido corto de tirantes, ajustado por la parte de arriba y con algo de vuelo en el bajo. Era sofisticado, para salir por la noche, pero su estampado morado y naranja le daba un toque desenfadado.

Mónica palpó la tela de mi vestido y dijo:

—Sí, esto es raso. ¡Tendrás el chichi bien fresquito! —Miró de un lado a otro, con un brillo travieso en los ojos—. ¿Te has puesto bragas? Yo nunca llevo, me da gustirrinín sentir el airecito ahí —susurró.

Asentí lentamente, fingiendo admiración.

—Es bueno saberlo —respondí.

Mónica me guiñó el ojo sonriente, haciendo una exagerada mueca.

—Pueden pasar, la mesa que ha quedado libre ya está lista —dijo el camarero.

Mónica me agarró del brazo y taconeó pizpireta conmigo hasta la mesa. Álvaro y Braulio iban delante charlando, se sentaron y continuaron a sus cosas.

—¿Qué vas a pedir? —me preguntó Mónica. Cogió su carta y la ojeó con entusiasmo.

—No lo sé. Creo que me apetece espeto de sardinas...

—¿Sardinas? ¿En este restaurante? —saltó Braulio—. Si me permites el consejo, deberías pedir el secreto ibérico en salsa de mostaza —dijo pedante.

Me moría por decirle que no, que sus consejos me los pasaba por el conejo, pero no quería incomodar a Álvaro y en su lugar dije:

—No como carne.

Braulio me miró con cara de atontado, arrugó tanto la nariz que enseñó las encías de arriba y los ojos casi se le cerraron.

—¿Por qué no comes carne? —me preguntó.

—Pues porque no.

Álvaro, que tenía la vista puesta en su carta, carraspeó.

—Porque me da pena comer mamíferos y animales terrestres en general —rectifiqué.

—¿Y los peces no te dan pena? ¿Esos animales no merecen tu compasión? —dijo Braulio—. La madre del cordero... Cuánta tontería hay que oír.

Apreté la mandíbula con rabia, me arrepentí de haberme repensado mi contestación. Lo tenía sentado frente a mí y me dieron ganas de darle un patadón en la espinilla. No podía soportar a ese payaso que se creía alguien solo porque era abogado. El muy idiota, si vestía como el tonto del pueblo. Sus pantalones de tergal beis y su polo verde Lacoste ya no se veían ni en las películas de los ochenta. Estaba segura de que los habían pixelado en todas, no los había vuelto a ver.

—Braulio tiene razón, creo que no deberías pedir sardinas —me dijo Álvaro.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—No sé, Estela... Porque da mala imagen. Parece que hayamos entrado aquí porque queremos aparentar algo a lo que no llegamos.

Me recosté en la silla, mirándole pasmada. ¿A qué venían esos aires de grandeza? Álvaro trabajaba de contable en una gestoría, no era un magnate del petróleo, como parecía que él se

creía. Normalmente no era tan idiota, un poco quizá sí, pero no hasta el límite de dar pena. Quería relajarme y disfrutar, pero estaba viendo que nadie me lo iba a poner fácil.

Bajé la carta de golpe y anuncié:

—Voy a pedir espeto de sardinas. Me apetecen. Me encantan. Es lo típico de esta zona, y eso es lo que voy a comer.

Álvaro suspiró resignado, entendió que no tenía nada que hacer.

—¿Yo voy a pedirme unas almejas! —dijo Mónica, la mar de feliz.

De repente, se me ocurrió una maldad. Sonreí con picardía y le pregunté a Braulio:

—¿Por qué no le recomiendas que pida langosta? Seguro que están riquísimas.

Braulio dio un respingo en su silla y sonrió incómodo.

—Eso es muy fuerte por la noche, cari. Otro día más temprano —le dijo a Mónica.

—¿Fuerte? ¿Por qué? ¿Lleva salsa vinagreta o algo así? —le preguntó ella.

—Sí —se apresuró a responder Braulio—. No te irá bien para tus ardores, las langostas dan mucha acidez.

—¿Acidez? La langosta es lo más delicado que uno puede meterse en el estómago, los niños de bien las comen en las guarderías cuando van sueltos de la barriga. Sabes lo que es una langosta, ¿verdad? —le pregunté. Puse dientes de conejo y formé unas tijeras con los dedos a los lados de mi cara. Mientras los abría y los cerraba, exclamé—: ¡Hola, *amigoz*! ¡Hola, *amigoz*! ¡Zoy una *langozta*!

Mónica soltó una escandalosa carcajada. Se secó una lagrimita y dijo:

—¡Sí, vale! Voy a pedir langosta.

Braulio giró la cara hacia ella aterrorizado.

—Hazme caso, cari, vas a tener unos ardores esta noche que te vas a morir.

—¿Y qué? Pues me tomo un Almax —dijo Mónica.

La miré sonriente y asentí.

Toma ya, por imbécil. La cuenta le iba a salir por un ojo de la cara más el del culo. Estaba deseando saber qué se pedía para cenar, me apostaba lo que fuera a que no iba a ser la única de la mesa que aquella noche iba a cenar sardinas. Todavía no entendía qué tenían de malo, por algo estaban en la carta.

Capítulo 3

—Estás muy serio. ¿Se puede saber qué te pasa? —le pregunté a Álvaro.

Pasó la tarjeta por la cerradura electrónica de la puerta de la habitación, abrió y se dirigió al cuarto de baño. Enseguida me fue a la cabeza aquella imagen tan espeluznante suya, con los ojos vueltos hacia atrás y la boca abierta, muerto de placer.

Me apoyé en la pared junto a la puerta y le dije:

—Es por Braulio, ¿verdad? Si quieres que tengamos la fiesta en paz, habla con él. Yo ya hago más de lo que puedo.

Oí el sonido de las cerdas del cepillo frotando sus dientes, cómo abría el grifo del lavabo y corría el agua, cómo se enjuagaba la boca, pero ni una sola palabra.

—¿No me hablas? Vale, muy bien. Pues me voy a la cama. —Bajé la voz al máximo y añadí —: Que te den.

Pensé que me había oído, porque al instante abrió la puerta y asomó medio cuerpo.

—Esta noche me has hecho pasar un bochorno espantoso. Me has avergonzado delante de mi amigo, Estela. Esas no eran maneras de comportarte con él.

—No te preocupes, en eso del bochorno estáis los dos ahí ahí. —Levanté las manos con las palmas hacia abajo y las moví nivelándolas.

—¿Qué quieres decir?

Madre mía... ¿Necesitaba que se lo dibujara? Puse los ojos en blanco y resoplé.

—Que los dos juntos sois insoportables, no he visto nada más absurdo en toda mi vida —dije —. Cuando estás con Braulio te transformas, quieres hacer ver que eres alguien que no eres. Igual que hace él.

—Yo soy el que soy —dijo orgulloso—. Siempre he sido así, sé saber estar y voy por la vida con la cabeza bien alta. No tengo nada de lo que avergonzarme.

—Ni yo tampoco, así que deja de decirme qué es lo que tengo que hacer y cómo me tengo que comportar.

Entreabrió los labios y sacudió la cabeza.

—No te digo lo que tienes que hacer, lo único que quiero es que nuestras vacaciones vayan bien.

—Iban a ir genial hasta que invitaste a Borjamari a unirse a nosotros.

—¿Borjamari? ¿Quién es Borjamari? —me preguntó. Levantó las manos y exclamó—: ¿Qué es lo que te pasa, Estela? No es solo por Braulio, parece que tengas algo en contra de mí. ¿Por qué te has convertido en una bruja de repente? Nunca me habías hablado con tanto desprecio. —Fue hasta la ventana, suspiró y se quedó mirando el mar.

Me quedé apoyada en el pasillo, pensando en lo que acababa de decir. Álvaro tenía algo de razón, desde que pisé la estación de tren en Madrid mi tono de voz con él había cambiado, estaba de lo más irascible. La perspectiva de pasar una semana entera con Mónica y Braulio se me había hecho un mundo y lo estaba pagando con quien no debía. Quizá podía intentar ignorar a la estúpida pareja y hacer como si no existiera, no debía permitir que Álvaro y yo discutiéramos por alguien tan insignificante como Braulio.

—Estela... ¿Me quieres? —me preguntó. Seguía con la mirada puesta en el mar.

Me acerqué a la ventana, lo miré unos instantes y acabé abrazándole. Parecía triste, como si

temiera que iba a contestarle que no.

Le aparté su flequillo castaño y liso de los ojos y le pregunté:

—¿Y tú?

Se rio levemente y respondió:

—Yo te lo he preguntado primero.

—Ya, pero yo también lo quiero saber.

—Sabes la respuesta, no hace falta que te lo diga.

Se giró, me miró a los ojos y me abrazó con intensidad. Nos dimos un beso y Álvaro dijo:

—Será mejor que nos vayamos a la cama, mañana tengo que madrugar.

Levanté la cara para ver la suya y le pregunté:

—¿Por qué tienes que madrugar?

—He quedado con Braulio para ir a jugar un partido de golf.

Me separé de él de repente. ¿Había quedado con Braulio? ¿Y qué se suponía que debía hacer yo mientras tanto? ¿Repartir flyers?

—A Mónica también le encanta la playa. Seguro que pasáis una mañana divertida.

Me crucé de brazos furiosa.

—Pues no me apetece tanto, no creas. Mónica y yo somos como el yin y el yang, nos parecemos como un huevo a una castaña. —Extendí un dedo acusador hacia él y le recliné—: Me ha molestado, y no sabes cómo, que me compararas con ella en la estación.

—Ya estás de nuevo con ese tono desagradable. Además, no hay quien te entienda. Antes te he visto muy cómplice con Mónica, incluso te reías con ella durante la cena, y ahora resulta que no la soportas otra vez. ¿Qué te está pasando, Estela? Espero que solo estés teniendo un mal día. Será mejor que nos vayamos a dormir.

—No pienso irme a dormir —repliqué—. Me pasaré toda la noche aquí de pie, observándote como un cuervo a los pies de la cama. ¡Me meteré en tus sueños y tendrás unas pesadillas horribles!

—Buenas noches, Estela. —Se metió en la cama y apagó la luz.

—Te meteré espuma de afeitar en los agujeros de la nariz. ¡Me subiré a la cama y me pondré a dar saltos toda la noche! No vas a poder pegar ojo. ¡Créeme!

Se dio la vuelta en la cama y me dio la espalda.

—Imitaré el sonido de una mosca volando junto a tu oreja. ¡Puede que te rape el pelo y amanezcas calvo! Le regalaré tus Ray-Ban al primer yonqui que vea por la calle.

Se giró hacia mí ipso facto y dijo:

—Mis Ray-Ban no.

Capítulo 4

—El chi-rin-guiiito. El chirin-guiiito. El chirin-guiiito. El chirin-guiiito...

No podía soportarlo. ¡Iba a volverme loca! Mónica llevaba veinte minutos de reloj cantando el estribillo de *El chiringuito* casi sin parar. Cuando había aparecido en la puerta de mi habitación con su pareo, su capazo de mimbre y una colchoneta rosa ya inflada, estuve a punto de saltar por la ventana. Al entrar se tiró de golpe en mi cama cargada con todo el equipamiento y fui acercándome a la ventana con disimulo para comprobar la altura. Solo fue un momento de enajenación mental, al mirar la calle sobre mi hombro entendí que saltar no era una opción. Me vi estampada bocabajo en el suelo, con los brazos y las piernas abiertas y un motón de palomas picoteándome el pelo. Iba a tener que hacer frente a la mañana de playa con Mónica, no tenía más remedio.

—¿Dónde nos ponemos? —me preguntó feliz.

Me tiré de rodillas en la arena con la vista puesta en el mar y me dejé caer de boca con los brazos hacia atrás.

—¿Qué te pasa! ¿¿Te has mareado??

—Sí... Solo tengo un café en el estómago —le mentí. Tenía los ojos cerrados, el culo en pompa y media cara pegada a la arena. Un despistado podría haberme aparcado una bicicleta detrás, pero me daba igual lo que me pasara, cualquier cosa iba a ser mejor que mi actual destino.

—¿Ponte bocarriba y levanta los pies!

—Déjalo, no me importa morir... —musité.

—Ja, ja, ja, ja. ¡Mira que eres cachonda! ¡Espera, ya sé qué vamos a hacer!

Abrí un ojo intrigada y, justo en ese instante, Mónica me giró de golpe y me volcó bocarriba sobre su colchoneta. Tiró de ella y me arrastró a toda prisa por la arena, haciendo eses en dirección a la orilla.

—¿Dónde vamos? —le pregunté asombrada—. ¡Cuidado, una gaviota!

El enorme pajarraco se estrelló contra el lado izquierdo de su cabeza. Le dio tal viaje que el pelo se le levantó y las gafas de sol le salieron disparadas, las vi volar y caer en la arena un par de metros más allá.

Me puse de pie rápidamente y le pregunté:

—¿Te has hecho daño?!

Parecía aturdida, miraba a su alrededor como si tuviera el cuello de goma. La agarré por los hombros para asegurarme de que no se caía y la miré preocupada, pero enseguida exclamó:

—¡Ha sido alucinante! ¡He visto a Lilo y Stitch haciendo un baile hawaiano sobre una tabla de surf!

—¿De verdad?! Mónica, creo que debería verte un médico...

—¿Qué va, si estoy genial! ¡Ahora mismo soy muy feliz! —Dejó caer su pareo al suelo y levantó los brazos con los ojos cerrados. Inspiró hondo, soltó el aire por la boca y gritó—: ¡Viva Georgie Dann! —Salió corriendo hacia el agua y cuando le llegó a la altura de la cintura se tiró de espaldas.

Qué suerte, yo también quería sentirme así. ¿A dónde había ido esa gaviota...?

Suspiré resignada y extendí mi toalla sobre la arena. Me senté mirando al mar y comencé a ponerme protección solar. La verdad es que se estaba genial allí. Nada más tumbarme, el calor de

los rayos del sol y el sonido de las olas empezaron a relajarme. Qué más daba que Mónica me acompañara, con un poco de suerte quizá se quedaba dormida.

—¡El agua está buenísima! ¡Deberías probarla!

—Dentro de un rato —dije.

—He venido a por la crema y la colchoneta. Me encanta el vaivén de las olas del mar, y en el agua se coge mucho más color.

—Claro que sí. ¡Es una idea genial! —la animé.

¿Ves? Estaba haciendo una montaña de un grano de arena. Por la tarde iría a comprarme unos tapones para los oídos y los llevaría puestos toda la semana. Sí, a iba fingir una otitis.

—La bar-ba-cooa, la barba-cooa, cómo me gusta, la *barbecue* —se alejó cantando.

La vi meterse en el agua y tirarse en plancha sobre la colchoneta. Después se puso bocarriba y se meneó cantando. Unos segundos más tarde se quedó quieta y las olas mecieron su colchoneta, me recordó a un picatoste flotando en una crema de espárragos. En el fondo la envidaba, nada le robaba su permanente felicidad.

Decidí imitarla, miré a mi alrededor y sonreí. Si Mónica era feliz solo con subirse a una colchoneta, ¿por qué no podía yo disfrutar de aquel trocito de paraíso? Estaba sola, Mónica había encontrado su propio entretenimiento, y yo lo iba a aprovechar.

—¡Está allí! —oí gritar.

Me incorporé rápidamente y miré a mi alrededor. Me había quedado traspuesta y las voces hicieron que despertara sobresaltada. Miré frente a mí y vi la colchoneta rosa de Mónica como si fuera una caja de polvos compactos a la deriva, alejándose mar adentro. De repente, otra cosa captó mi atención, por el rabillo del ojo detecté algo que se movía a gran velocidad. Giré la cara para mirarlo y, sin que lo pudiera evitar, la boca se me abrió. Tuve una visión celestial, una tan maravillosa que me pareció que la escena tenía lugar a cámara lenta. Un socorrista corría con sus perfectas piernas hacia el agua, con un tubo de rescate acuático bajo el brazo. Cruzó corriendo frente a mí y me pareció que era lo más sexi que había visto jamás. Era moreno, con el pelo bastante crecido y despuntado. Lucía un bronceado con un leve toque rojizo que le hacía todavía más apetecible y su cuerpo estaba tan tonificado que me olvidé por completo de que Mónica estaba en peligro. Lo miré emocionada, se me entrecortó la respiración, y comencé a oír en mi cabeza la banda sonora de *Los vigilantes de la playa*. Era un dios del socorrismo. Un superhéroe playero... Cualquier chica habría querido ahogarse para que él le hiciera la respiración boca a boca.

Cuando conseguí reaccionar, me puse de pie y me planté en la orilla. Desde esa perspectiva no parecía que Mónica estuviera tan lejos de tierra firme. Bueno, un poco sí, pero no creía que el tema fuera a ser para tanto. El problema era que —según me acababa de informar una señora que llevaba un gorro de goma con flores incrustadas— parecía que se había quedado dormida y, si seguía alejándose, era posible que hubiera que ir en coche hasta Matalascañas para recuperarla.

—Dormirse en el agua es peligrosísimo. El mar es muy traicionero, te llevan las corrientes que ni te das cuenta. Hay que tener mucho cuidado con los críos.

—No es una niña, creo que ronda los treinta —le comenté.

La señora se puso las manos en las caderas, ladeó la cabeza y murmuró:

—No puede ser... Ahora vengo, voy a por mis gafas de lejos.

La gente empezó a aglomerarse junto a mí. Estaban entre emocionados y asustados, hubo quien se puso a grabar el rescate con el móvil. Empecé a ponerme un poco nerviosa. Realmente creía que no era para tanto, pero de todas formas quería que el incidente acabara lo antes posible, por si algo se torcía de repente y acababa teniendo un mal final. Mónica no era Braulio, ella no me

provocaba tanto rechazo como para desear que muriera.

El socorrista y Mónica se acercaron a la orilla nadando. Cuando era evidente que ya estaban fuera de peligro, Mónica se subió de rodillas a la colchoneta, levantó los brazos y se puso a saludar a todos los allí presentes agitando las manos. Era la felicidad en persona, se lo estaba pasando genial.

—¡Menudo susto! —exclamó. Saltó de la colchoneta, se puso una mano en el estómago y se dobló hacia adelante, muerta de risa—. ¡Cuando el socorrista me ha despertado creía que me atacaba un tiburón! ¡Me he puesto bocabajo y he comenzado a remar con las manos! —Se giró hacia la chica que estaba grabando con el móvil y le preguntó excitada—: ¿Lo has grabado? ¡Dime que sí, tienes que pasármelo!

El socorrista levantó las cejas asombrado. Un instante después, se subió su camiseta empapada con un brazo cruzado frente al otro.

Quería mirar hacia otro lado, pero no podía, necesitaba ver cómo se quitaba la camiseta. Me quedé embobada, mirándole con los dientes de arriba clavados en el labio inferior y una boba sonrisa. Parece ser que él se dio cuenta, porque me miró y arrugó el entrecejo. Carraspeé y me puse seria, estaba haciendo el ridículo.

—¡Mónica, dale las gracias a este señor! —le exigí.

El socorrista me miró con el ceño fruncido y se rio en silencio.

Mónica levantó el brazo y exclamó:

—Oh, sí. ¡Gracias! —Volvió a pasar de nosotros al instante. Seguía charlando con su público excitada. Me pareció que incluso se estaba haciendo fotos con ellos, había visto dispararse un flash.

El socorrista sacudió la cabeza, se sacudió el pelo con los dedos y dijo:

—Cuando la estrella termine con el photocall, ¿podrías decirle que no vuelva a dormirse en la colchoneta? Esto no siempre acaba tan bien.

—Oh... Sí, por supuesto. El mundo no podría perder a esa estrella, nos estamos quedando sin referentes.

Me miró sorprendido, a medio camino de echarse a reír.

Madre mía, qué ejemplar más maravilloso. Era como un ángel mojado. Un ángel de cuerpo esbelto y bronceado... El sol hacía brillar las gotas de agua en las puntas de su pelo, podría haber sido perfectamente una aparición mariana. De no haber sido un hombre, claro está. Parecía salido de una leyenda marina. Había surgido de un mundo oculto en las profundidades del océano... Las sirenas se le arremolinaban babeando, seguro que se hartaba de pescado...

—... una lancha.

¿Eh...?

No me había dado cuenta de que me estaba hablando.

—Sí, tengo entendido que mucho narcotráfico procedente de Marruecos llega por mar —contesté.

Me miró extrañado pero, al ver mi cara de vergüenza, se le dibujó una sonrisa. Se puso las manos en las caderas y dijo:

—En fin, me ha parecido que habéis bajado a la playa desde el hotel. Tened precaución con las corrientes de resaca y pasadlo bien.

Asentí como una pazguata.

—Muchas gracias por todo, Señor Socorrista.

Mierda. ¿¿Señor Socorrista?? ¿Por qué no podía parar de hacer el ridículo?

Se echó a reír y comenzó a caminar hacia la torre de vigilancia con la camiseta en la mano,

pero, antes de alejarse, se giró hacia atrás y dijo:

—Puedes llamarme Óliver, lo de «señor» no me pega nada.

Ladeé la cabeza y le pregunté:

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué quiero decir de qué? —Sonrió de manera sugerente y se fue.

Un minuto después, seguía plantada en la orilla sin moverme, en la misma posición que él me había dejado. Las olas se habían llevado la arena de la base de mis pies y me estaba hundiendo, pero no me importaba quedar enterrada hasta los sobacos. Tuve que volver a repasar la tabla del seis, aunque esa vez para volver a conectar con la realidad. Tenía un novio esnob jugando un partido de golf a poca distancia de allí, un estúpido compañero de viaje al que no podía ni ver y una compañera de playa que cantaba canciones de Georgie Dann. Mis vacaciones eran una delicia, no tenía necesidad de complicármelas.

Capítulo 5

—Ha sido un hoyo espectacular —dijo Braulio.

—Estás en lo cierto, amigo, he mejorado mucho mi *swing* —presumió Álvaro.

—Ese constructor de pacotilla se ha quedado de piedra con mi *backspin*. Ahora ya sabe con quién está tratando —alardeó Braulio.

—Con qué suavidad se deslizó esa pelota entre el *tee* y el *green*, justo en la *fairway*... — Álvaro removió su copa de vino, metió la nariz dentro y le dio un trago como si fuera un catador experto. Sí, el mismo Álvaro que tenía una botella de sangría Don Simón en la nevera de su casa.

Braulio se recostó en su silla con altivez, miró a su alrededor y dijo:

—Somos la *crème de la crème*. Nos estamos comiendo Marbella, ¿no crees?

No podía más. Menos mal que corría un poco de aire, porque me estaban entrando ganas de vomitar. La conversación entre Pocholo y Borjamari era estomagante y estaba segura de que ni siquiera ellos mismos entendían una sola palabra de lo que estaban diciendo. ¿*Tee*? ¿*Backspin*? ¿*Faiway*? Venga ya.

Me serví otra copa de vino para poder sobrellevar la situación, ya llevaba entre dos y seis. Estábamos cenando en el casco antiguo de la ciudad, en una pequeña terraza rodeada de edificios bajos con fachadas blancas. De no haber sido el entorno tan bonito habría salido corriendo, eso era lo único que estaba evitando que fingiera una repentina gastroenteritis.

—Mañana les daremos más de lo mismo. Les dejaremos con las piernas temblando —comentó Braulio.

¿Cómo...?

Giré la cara hacia Álvaro como un perverso robot, incluso me chirrió el cuello.

—Qué guapas estáis, os habéis puesto muy morenas —disimuló. No era así como planeaba decirme que iba a volver a largarse con Braulio y estaba intentando camelarme para que no se lo reprochara, era más que evidente—. Quizá luego me puedas enseñar las marcas del bikini, ¿eh...? —Subió un pie a su pierna, sin soltar su copa de vino, y sonrió en plan seductor.

«Te voy a enseñar una mierda», pensé. Pero quedaba feo, y en su lugar dije:

—Te voy a enseñar un mojón.

—¿¿Qué?! —exclamó.

—Dios bendito, qué soez... —dijo Braulio.

Le lancé unos rayos catódicos con los ojos y repetí alterada:

—¿¿Soez??

Me calenté en una milésima de segundo, no había derecho a que me dejaran otra vez de niñera de Mónica. ¿Para eso habíamos ido a Marbella, para que Álvaro y su amigo pudieran irse cada día a jugar al golf? Me podría haber avisado de los planes que tenía, yo podría haberme ido de vacaciones por mi lado y él por el suyo. Podía pasar perfectamente una semana separada de Álvaro, no estábamos unidos por el tronco.

No pude morderme la lengua, estaba en estado de ebullición y el vino me había dado superpoderes. Me puse de pie, lancé la servilleta sobre la mesa y le dije a Braulio:

—A mí no me llames soez, eso deberías llamárselo a tu amigo. ¡Ayer plantó un pino delante de mí! Y no creas que fue un pino de nada, no... ¡Fue del tamaño de una secuoya! Estoy casi segura de que todavía está intentando bajar por el desagüe. —Meneé la cabeza, todavía asombrada al

recordarlo—. Es imposible que eso quepa por ahí, es prácticamente imposible... —musité—. Por su culpa he tenido unas pesadillas espantosas esta noche —dije señalando a Álvaro—. ¡He soñado que me perseguía una escobilla! Me he caído por un terraplén intentando escapar y he perdido una sandalia, ¡eso no me permitía correr a más velocidad! ¿Sabes lo difícil que es correr descalza sobre piedras y cardos mientras te persigue una escobilla? ¡¿Eh?! ¡Sabes lo difícil que es! —le grité a Braulio.

Él y Álvaro me miraron pasmados, no parecían ser capaces de reaccionar. Oí que Mónica silenciaba una larga risita con las manos y me di cuenta de que era el momento de recobrar la compostura. Carraspeé, me apoyé en el respaldo de mi silla para no perder el equilibrio y, relajando un poco el tono, anuncié:

—En fin. Ahora vengo, voy a hacer un recado.

Álvaro asintió alucinado, incapaz de articular palabra.

Cogí mi bolso y me rasqué la cabeza, sin tener ni idea de hacia dónde dirigirme. Pero dar media vuelta no era una opción, no podía volver por el momento. Me había pasado un poco, no respecto a lo que me había molestado, pero sí con el tono que había empleado. Necesitaba estar un rato sola para pensar en ello, para saber cómo afrontarlo.

Al doblar la calle suspiré aliviada, me sentí como si me hubiera quitado un gran peso de encima. Cuanto más me alejaba de ellos, mejor me sentía, era como si tenerles cerca me robara la energía. Descubrí que, después de todo, desfogarme de esa forma tan histérica me había sentado genial. Sí, quizá Álvaro tenía razón, me estaba convirtiendo en una bruja.

Metí las manos en los bolsillos de mi vestido y paseé con tranquilidad. Seguía un poco mareada por el vino pero el aire me estaba sentando de muerte, mi pequeña cogorza había dejado paso a una placentera felicidad. Iba mirando las terrazas y sonriendo a todo el que me parecía que tenía cara de buena persona. Cuando llegué a una intersección y paré para decidir por qué calle continuar, giré la cara a mi derecha y lo vi.

Óliver estaba sentado en la barra de un bar...

Giré la cara al frente rápidamente, pero Óliver acababa de estirar el cuello. Tenía a un chico sentado frente a él que estaba de espaldas a la calle, pero me había visto por encima de su hombro. Levanté la mano con una fugaz sonrisa e hice lo único que podía hacer, ponerme a hiperventilar. Sin su pantalón corto y su pelo mojado estaba un poco cambiado, pero casi a mejor. Su camiseta de manga corta y su vaquero, que era evidente que habían visitado muchas veces la lavadora, le daban un aire peligroso y bohemio. Estaba para comérselo, sin ni siquiera cocinar.

Se levantó del taburete y salió a la puerta. Inmediatamente, las piernas comenzaron a temblarme, se me hicieron gelatina.

—¿Dónde vas tan sola? ¿Debo temer de nuevo por la vida de tu amiga?

Sonreí con timidez, hice un gesto de indiferencia con la mano y contesté:

—No, está bien. Todavía respira.

Él asintió, mirándome con una sonrisa. Señaló con la cabeza por encima de su hombro y me preguntó:

—¿Quieres tomar algo?

El corazón casi se me sale por la boca, mis pulsaciones se pusieron a mil. Su invitación me pareció súper tentadora, pero no podía aceptarla, dentro de nada tendría que volver para unirme a los Monster.

Sonreí coqueta y respondí:

—Gracias, pero no puedo. Solo me he escapado un momento.

Él apretó los labios y negó con la cabeza.

—Ay, qué poco agradecidos sois los turistas... —dijo—. Lo mínimo que podrías hacer después de que le haya salvado la vida a tu amiga es invitarme a una cerveza, ¿no crees? Podría haber muerto de camino a esa colchoneta. La playa está llena de medusas. Ahí flotan cosas que ni querrías imaginar. Los peligros se contaban por millares. —Le dio un trago a su botellín de cerveza, sin apartar sus ojos de mí.

Me reí y respondí:

—No iba a morir, iba subida a una colchoneta.

—Pero podría haber despertado en Gibraltar y haber sido atacada por un mono.

—Tú no la conoces, para Mónica los monos no son un peligro. Los monos le temen, le habrían tirado plátanos para que no se les acercara.

—¿Tan insoportable es? —dijo divertido.

Levanté un dedo y respondí:

—Solo te diré una cosa, Georgie Dann.

—¿Le gusta Georgie Dann?

—¿Que si le gusta? No creo que después de estas vacaciones pueda volver a ir a una barbacoa nunca más.

Óliver se echó a reír.

—Bien, lo entiendo. Entonces no te entretengo más, que te diviertas.

Asentí y miré al suelo. Iba a echar a andar, pero, en el último instante, tuve un arrebato de valor y dije:

—Qué mala educación. ¿Es que aquí, en el sur, no se dan besos de despedida?

Levanté la cara para mirarle y Óliver clavó sus ojos en los míos, mirándome con deseo. Se acercó lentamente a mí, pasó una mano por detrás de mi cintura y me besó tan apasionadamente que me dejó sin aire. Puse las manos en su pecho y lo separé un poco de mí, me tenía apretada contra su pecho y no podía respirar.

—Hola. ¿Qué tal?

Fue como si hubiera oído la aguja de un tocadiscos rayando un disco de vinilo, volví súbitamente a la realidad. Óliver estaba mirándome desde la puerta del bar, con el ceño fruncido y las manos en las caderas. Esperaba no haber puesto cara de idiota mientras fantaseaba con él, ya había hecho bastante el ridículo por un día. Por cierto, ¿cuánto tiempo llevaba allí plantada? La conversación que me había inventado parecía muy larga...

Levanté la mano y dije:

—Ah. Hola. —Me puse a mirar a mi alrededor.

Óliver ladeó la cabeza y me preguntó:

—¿Estás bien?

—Sí. Es que ando un poco perdida, no sé por qué calle tengo que volver.

—¿A dónde vas?

—Estaba en un restaurante. Creo que hay una tienda de ropa de niños en la esquina.

—Es cuatro calles atrás, vas en dirección contraria.

Di media vuelta y exclamé:

—¡Oh! —Sabía perfectamente dónde estaba, pero necesité inventarme algo que justificara haberme quedado en las nubes—. ¡Genial! Muchas gracias por tu ayuda.

Óliver me miró con curiosidad.

—No hay de qué —respondió. Se metió las manos en los bolsillos traseros del vaquero, sonrió de manera sugerente y añadió—: No dudes en llamarme si vuelves a necesitar que te rescate, estoy para eso... —Se dio la vuelta y entró en el bar.

Me quedé con la boca abierta, no podía moverme del sitio. Óliver volvió a mirarme un segundo por encima del hombro de su amigo y, antes de que echara a andar, pude verle sonreír otra vez. Se me había insinuado... ¡Lo acababa de hacer! Madre mía, lo tenía en el bote...

Pero era una pena, iba a desaprovechar la oportunidad. Mi bote estaba ocupado por Álvaro.

Capítulo 6

—Hoy soy yo quien se mete en la cama y te da la espalda. Déjame, quiero dormir.

—No puedo dejarte dormir, creo que no estás bien —dijo Álvaro.

¿Eh? Cómo que no estaba bien. En todo caso, quien no estaba bien era él.

—Sé que estoy perfectamente. Trabajo de auxiliar médico, aunque sea en una clínica de estética.

—No me refiero a que estés enferma. O eso creo... —dudó—. Tu actitud me tiene desconcertado, Estela. ¿Qué es lo que te está pasando? Antes has dicho «mojón».

Me incorporé como si tuviera un muelle en la espalda y repliqué:

—Sí, lo he dicho. Y lo volvería a decir. Mira... Mojón. ¡Mojón! ¡MOJÓN!

Álvaro sacudió la cabeza boquiabierto. Bajó la cara y se apartó el flequillo de los ojos.

—Por Dios, Estela, parece que estés poseída...

Puse los ojos en blanco y resoplé. Volví a estirarme en la cama y me tapé con la sábana hasta la coronilla. No me apetecía hablar con Álvaro, después de lo que había pasado en la cena tenía sentimientos encontrados.

Sentí que se sentaba en la cama. No quería destaparme, pero se quedó en silencio y sentí curiosidad por saber qué estaba haciendo. Me bajé la sábana solo por la parte de un ojo y le observé con la ceja arqueada. Estaba cabizbajo, mirando sus dedos mientras jugaba con ellos sobre su regazo, y sentí ternura hacia él. Era tan vanidoso, pero en el fondo TAN tonto...

Suspiré y me destapé por completo. Arrastré el culo hasta él y me senté a su lado.

—No me gusta cómo te estás comportando, Álvaro. Estás haciendo cosas que me sacan de quicio.

Me miró con semblante triste y me preguntó:

—¿Cosas...? ¿Como qué?

Me recordó a un niño pequeño, a un crío que no sabía qué había hecho mal. No quería, pero al ver su cara de desconcierto se me escapó una risa de resignación.

—¿Pero es que no lo ves? Tú no eres ese que estaba en la terraza del restaurante. Cuando quieres eres sensible y cariñoso, tienes cosas buenas que aquí estás dejando a un lado. ¿Por qué tienes que presumir delante de Braulio? ¿Por qué te comportas conmigo como un idiota desde que hemos llegado? Y lo más importante, ¿por qué me has hecho venir? Mañana vas a volver a dejarme tirada.

—No te dejas sola, te quedas con Mónica —dijo—. No veo el problema, Estela. A mí no me gusta la playa, a ti sí. A mí me gusta el golf y Braulio comparte mi afición. Es solo una cuestión de darnos unas horas para nosotros, para poder hacer lo que nos gusta. No creo que sea algo tan grave.

Apreté los labios, con la vista puesta en la pared.

—Vale, es verdad, todo el mundo necesita un poco de espacio personal. Pero el problema es que me dejas con Mónica, y no puedo dejarla atrás. No puedo hacer y deshacer como quiera sin contar con ella. ¿Cómo voy a dejarla sola?

—Mónica es una buena chica. ¿Por qué te cae tan mal? Habla mucho, sí, pero parece que tú sí que le caes bien. Es evidente que te tiene aprecio.

Volví a sentirme una bruja, Mónica me apreciaba mientras que yo planeaba comprarme unos

tapones para no tener que oírlos.

Solo llevábamos un día de vacaciones, me quedaban unos cuantos más por delante y sabía que disfrutarlos solo estaba en mis manos. En realidad no me apetecía discutir, ni estar de mal humor toda la semana cuando en su lugar podía estar divirtiéndome. Así que volví a relajar mi actitud, decidí que haría un esfuerzo para ser más tolerante y encajar.

Suspiré y dije:

—Vale... Intentaré ser más amable con Mónica. —Me incliné hacia él y le di un beso en la mejilla—. Buenas noches, Álvaro.

Me estiré de nuevo en la cama. Álvaro se giró hacia mí, me dio unas palmaditas en el muslo y me besó en la cabeza.

—Buenas noches. Si tienes que ir al cuarto de baño enciende una cerilla, creo que no me han sentado bien las berenjenas fritas con miel.

Le seguí con los ojos mientras se dirigía al cuarto de baño y me tapé por completo con una muesa de asco. ¡Otra vez tenía aquella imagen horripilante suya en la cabeza! De verdad, ¿qué le había hecho pensar que debía comunicarme esa información?

Capítulo 7

Qué paz. Aquello era vida...

Levanté la cara con los ojos cerrados, disfrutando de los rayos de sol en mi cara, y respiré hondo para llenarme del olor del mar. El sonido de las olas era sedante, solo lo interrumpía alguna voz lejana que llegaba a mis oídos de vez en cuando. La brisa me acariciaba el pelo, me sentía en la gloria. Abrí los ojos y miré a Mónica, que estaba tumbada junto a mí. Estaba completamente relajada. Y distinta, con la boca cerrada era otra persona. Le espanté una mosca que sobrevolaba su cara, miré hacia el mar y suspiré. Por fin parecía estar amoldándose, me estaba haciendo a la situación.

Me puse crema protectora por segunda vez. Me tumbé bocabajo con la barbilla sobre los brazos y miré hacia mi izquierda. No lo pude evitar, como las diez o quince veces anteriores. A unos veinte metros de distancia estaba la torre de vigilancia de los socorristas, donde Óliver estaba sentado en una silla, mirando hacia el agua tras sus gafas de sol. Me preguntaba en qué estaría pensando, qué se le pasaba por la cabeza a un dios de la mitología marina. Me habría gustado acercarme a él y preguntárselo, pero no podía. No tenía una excusa para hacerlo y, además, yo era una persona fiel.

—Me comería un helado —murmuró Mónica.

Giré la cara hacia ella y me la quedé mirando. Parecía que lo había dicho en sueños, tenía los ojos cerrados. Hizo un movimiento repetitivo con la boca, como si saboreara algo, y justo después giró la cara hacia el lado contrario al mío.

Se me ocurrió una idea que hizo que empezara a ponerme nerviosa, sentí unas cosquillas de anticipación en el estómago. No, no debía hacerlo. Tenía que apartar como fuera esa idea loca de mi cabeza. Iba a complicarme la vida, sabía perfectamente que me estaba buscando un lío.

Apreté los ojos y los puños, intentando resistirme a la tentación. Pero al final no lo logré. Me mordí la mano, toqué a Mónica con un dedo y le pregunté:

—¿De qué lo quieres?

—*Bládano...* —balbuceó.

Me acerqué a su oído y le susurré:

—¿Qué has dicho?

—De *bládano...*

Sí, estaba inconsciente. Era posible que, además de problemas de estómago, Mónica también tuviera narcolepsia.

Me levanté de la toalla con sigilo y roté el cuello para relajarme. Sacudí las manos junto a mis caderas y me arreglé un poco el moño. El chiringuito estaba pasada la torre de vigilancia, iba a pasar por delante de ella sí o sí. En realidad no había necesidad, podía ir perfectamente por detrás. Pero para ir por detrás no iba, el helado de Mónica me importaba entre poco y nada.

Cogí mi monedero y me lo puse bajo el brazo como una señorita decente. Di unos rápidos pasitos hacia la torre de vigilancia, parando de vez en cuando para mirar a Óliver. Iba haciendo una especie de zigzag, me parecía que así pasaba más desapercibida. No quería que me viera hasta que ya estuviera a los pies de la torre.

Me acerqué a los peldaños, me puse una mano en la cintura y dije:

—¡Ey, hola!

Óliver se inclinó hacia adelante en la silla, apoyó los brazos en sus piernas y me miró.

—¿Todavía no has encontrado el restaurante? Espero que no lleves perdida desde anoche.

—¿Qué? ¡No! Estaba tomando el sol ahí. —Sonreí y señalé hacia mi toalla.

Él miró hacia allí, asintió y dijo:

—Lo sé, te has puesto protección solar dos veces. Bien hecho, hay que repetir la operación cada vez que se sale del agua.

Sentí que me ponía colorada. Por suerte, tenía la excusa de haber estado al sol.

—Veo que desde ahí tienes la situación bajo control —dije, riendo cortada.

Me había estado mirando... ¡Cuándo! No le había visto apartar la vista del mar.

Sacó los labios un instante y dijo:

—Sí, esta altura me permite ver cosas fascinantes. La verdad es que tengo mucha suerte.

No pude ver sus ojos tras sus gafas de sol, pero sí que vi cómo ladeaba una sonrisa.

El corazón se me disparó. La respiración se me empezó a acelerar. Estaba jugando con fuego. ¿Qué hacía allí plantada? Era obvio que estábamos coqueteando y yo no iba a poder llegar hasta el final. ¿Qué iba a hacer si la conversación llegaba a un punto peligroso? ¿Cortarle en seco y fingir que solo pretendía ser amable? Álvaro confiaba en mí, estaba jugando un partido de golf tranquilamente, sin ni siquiera sospechar que en aquel momento yo estaba babeando por un socorrista. Creía que estaba tostándome bajo el sol junto a Mónica, haciendo tiempo para volver a encontrarme con él.

—¿No te aburres ahí todo el día? —le pregunté.

Qué pregunta más tonta, era como sacar la típica conversación del tiempo.

—Bueno, no estoy aquí todo el día. Por las noches suelo ir siempre al mismo bar. Ya sabes, donde me viste ayer.

Me puse tan nerviosa que casi me meo encima. El sobaco se me puso a sudar y el monedero se me escurrió. ¿Lo estaba entendiendo bien? ¿Me estaba diciendo dónde encontrarle? Madre mía... ¿Y ahora qué le decía yo?

Me puse la mano en la frente a modo de visera, sonreí nerviosa y dije:

—Dicen que la cerveza es muy buena para el pelo.

Se echó a reír, se subió las gafas de sol con un dedo y me preguntó:

—¿Eres peluquera?

—No. Supongo que lo habré leído por ahí.

—Estupendo, está bien tener un poco de cultura general.

—Bueno... Pero supongo que lo habré visto en una revista, no sé si eso cuenta.

Estuve a punto de darle una patada al suelo y largarme. ¿De verdad? ¿Cómo podía ser tan tonta? No había dicho más idioteces seguidas en toda mi vida que cada vez que hablaba con Óliver.

—Debería contar, no dejan de ser letras impresas —dijo.

—Tienes razón, lo tendré en cuenta.

Me re coloqué el monedero bajo el brazo y miré a mi alrededor. No sabía qué más decir. Me sentía ridícula, pero quizá me lo merecía. Volví a pensar que mi idea había sido una locura.

—Bueno, voy al chiringuito. Solo iba a comprar un helado.

—Vaya... —Ladeó la cabeza y dijo—: Menudo chasco, así que lo que mirabas todo el tiempo era el chiringuito.

Mierda, qué traicioneras eran sus gafas de sol.

—Ah. Sí... Desde la toalla parecía que estaba más lejos.

Óliver se reclinó hacia atrás en la silla y se echó a reír en silencio.

—Bien, gracias por la visita. Aunque solo sea porque te ha cogido de paso —dijo.

—Bueno, no te sientas mal. El helado no es para mí, y podría haber ido por detrás.

Nada más decirlo, me arrepentí. ¡Qué idiota! Acababa de confesar.

Aunque, para qué me iba a engañar, mi intención al pasar por delante de la torre había estado clara. Debía escoger entre quedar para siempre como una panoli o retirarme con dignidad. Y ninguna de las dos cosas me apetecía, ya estaba bien de comportarme como una adolescente.

Ladeé la cadera, agarré una patilla de mis gafas de sol y dije:

—Ha sido un placer pasar por aquí, las vistas son mucho más espectaculares que cogiendo el camino que hay detrás.

Óliver arqueó las cejas sorprendido, sonrió sugerente y miró hacia otro lado.

Mientras me contoneaba en dirección al chiringuito, estaba segura de que me estaba mirando. Eso hizo que fuera demasiado consciente de mis movimientos y que cada nuevo paso que daba fuera más torpe. Cuando se me salió el pie de la chancla y me lo achicharré con la arena, levanté la pierna para tocarme la planta del pie y salí corriendo. Fue una pena, me estropeó mi casi perfecta interpretación de mujer fatal. Pero me consolé pensando que, con un poco de suerte, Óliver podía haberse distraído justo en ese momento.

Capítulo 8

—¿Cuántos pies calculas que tiene de eslora? Apuesto a que ni siquiera llega a setenta —dijo Braulio con desprecio.

Álvaro se subió sus Ray-Ban para observar el yate y dar su «experta opinión».

—Así, a ojo de buen cubero, yo diría que sesenta escasos. Es una baratija más que evidente —observó.

—Es posible que no llegue ni a una velocidad máxima de veinte nudos. Navegar con eso es como darse un paseo en una barca del parque de El Retiro —dijo Braulio.

—Y parece antiguo, ¿verdad? —Álvaro levantó el labio y murmuró—: Dios... Qué asco, qué descuidado está el casco.

—Es lo que pasa cuando la gente quiere aparentar, amigo mío. No se dan cuenta de que hacen el ridículo más absoluto —dijo Braulio.

Estábamos paseando por Puerto Banús y Pocholo y Borjamari no paraban de interrumpir el paseo para observar detenidamente los yates. Como si tuvieran idea del tema, como si se hubieran criado en Saint-Tropez. ¿Cuándo habían tenido ellos un yate? Dudaba que alguna vez hubieran pisado uno, ni siquiera para entrar a robar. A lo máximo que podían aspirar era a que Mónica les prestara su colchoneta.

Miré a Álvaro aburrida y le dije:

—Tus conocimientos sobre los yates son impresionantes, me imagino que te vienen de haber hecho la comunión vestido de marinero.

Dio un respingo sorprendido. Miró de un lado a otro y me susurró:

—¿Tenías que desvelar ese detalle de mi vida justo en este momento? ¡Un primo de Jesús Gil estaba detrás de mí!

—Oh. Disculpe usted, Señor Cachuli.

—Estela... No deberías querer aparentar que tienes más cultura de la que tienes. Es Kardashian. Robert Kardashian, no Cachuli.

Giré la cara lentamente hacia él.

—Sé perfectamente quién era Robert Kardashian, creído del copón. Date una vuelta por ahí, anda, a ver si averiguas quién es Cachuli.

Braulio se acercó rápidamente a nosotros.

—¿Qué está pasando aquí? —nos preguntó.

¿Cómo? ¿Qué mierda le importaba a él?

—Tú no te metas —le solté.

—¿Quién es Cachuli? —le preguntó Álvaro intrigado.

—¿Cachuli? No lo sé... Por el nombre parece chino —dijo Braulio.

Miré a Mónica de reojo y vi que se estaba riendo. Ella sí que sabía quién era Cachuli.

—Chino... —murmuró Álvaro—. ¿Cuándo ha habido millonarios chinos en Marbella? Nunca había oído hablar de ellos.

Me encogí de hombros y dije:

—Pertenece a una dinastía muy importante. Creo que está emparentado con la de... —No recordaba el nombre de ninguna dinastía china, pero acabábamos de pasar por la puerta de un restaurante asiático y me había quedado con el rótulo—. Sí, Cachuli descende de la dinastía

Golden Wok.

Tuve que darles la espalda para que no me vieran reír. Me doblé hacia adelante e hice como si estuviera atándome la sandalia.

—¿No le conocéis? —les preguntó Mónica—. Es pariente de Chao Chochín.

No me pude aguantar más, solté una carcajada y Mónica se unió a mí.

—Creo que se están burlando de nosotros —dijo Braulio.

—Sí... —contestó Álvaro. Tenía el móvil en las manos, lo estaba buscando en Google. Levantó la vista de la pantalla y dijo—: Qué gracioso son. Cachuli es el mote del antiguo alcalde de Marbella, Julián Muñoz.

—Bueno, con un traje de kung fu podría haber pasado por chino —dije.

—No tiene gracia, Estela —dijo Álvaro molesto.

Mónica seguía riendo a carcajadas y, como pudo, dijo:

—¡Pues a mí me ha parecido muy gracioso!

Me reí dando unos pequeños brincos con los hombros y le levanté el pulgar.

—¡Armando! —exclamó Braulio.

—Oh, son ellos —dijo Álvaro.

Se acercaron a una pareja de hombres bien entrados en los cincuenta que paseaban con dos mujeres, seguramente sus esposas. En cuanto los vieron, tanto Álvaro como Braulio se pusieron erguidos, imitaron una postura elegante. Sus medidos movimientos eran dignos de diplomáticos británicos.

Mónica soltó una risita y dijo:

—Qué tontos son los dos. Dan risa.

Me sorprendió oírle decir eso, nunca se me había pasado por la cabeza que Mónica detectaba el ridículo que hacían. Creí que ella también era de «su club».

—Sí... —dije asombrada—. Supongo que se creen de la realeza.

—Conozco un sitio cerca de aquí realmente exquisito —oí decir a Braulio.

—A las diez estaría bien. Antes no podría ser, debo hacer unas importantes gestiones. Un director no puede descuidar su empresa ni siquiera durante las vacaciones —dijo Álvaro.

¿De qué narices estaba hablando? ¿Gestiones? ¿Director de qué? Lo único que Álvaro dirigía era el mando a distancia del televisor.

—Estupendo. Quedamos así, a las diez en punto —se despidió Braulio.

—Señoras... —dijo Álvaro. Se puso una mano en la espalda y les hizo una estúpida reverencia.

En cuanto volvieron, le pregunté a Álvaro:

—¿De qué hablabais?

—De nada, cosas nuestras. Hemos quedado mañana para desayunar.

—¿Sin consultármelo? ¿Y si a mí no me apetece ir?

Me miró sobresaltado.

—Oh. Lo siento, Estela... Es un desayuno solo de hombres. No te pierdes nada, de todas formas te habrías aburrido escuchando nuestras conversaciones.

Me di la vuelta y respiré profundamente. Me puse a contemplar las vistas del puerto para no explotar.

—¿No te pones el pijama?

—Dentro de un rato —contesté.

Estaba mirando el mar de brazos cruzados desde la ventana de la habitación. Álvaro estaba estirado bocarriba en la cama, cambiando los canales del televisor con una mano detrás de la

cabeza y los tobillos cruzados. Me empezaba a aburrir discutir con él, no me apetecía reprocharle que hubiera vuelto a hacer planes sin mí. Pero tampoco me apetecía tumbarme a su lado, sentía que antes me había hecho un desprecio diferenciando entre hombres y mujeres y necesitaba espacio personal.

Suspiré y dije:

—Voy a bajar a la terraza del hotel a tomarme algo.

Silenció rápidamente el televisor con el mando a distancia y me preguntó:

—¿Por qué?

—Porque sí.

—¿Porque sí? ¿Y eso es todo? No estarás enfadada otra vez.

—Qué va, para nada. Solo voy a hacer algo que me apetece, yo sola. Tú estás viendo todos los canales de deporte del mundo y a mí el deporte no me gusta. Ayer quedamos en que cada uno debía tener sus propios momentos de ocio, ¿no? Pues te veo luego.

Mientras pasaba por delante de los pies de la cama en dirección a la puerta, Álvaro me siguió con la mirada asombrado.

Bajé en el ascensor y cogí el camino que llevaba a la terraza junto a la piscina. Muchas mesas estaban ocupadas, era un sitio bastante apetecible para sentarte a tomar algo por la noche. Miré a mi alrededor y sentí envidia al ver a la gente charlando y pasándose bien. Yo debía ser uno de ellos, debía estar disfrutando de unas copas y unas risas. Pero no era así, había bajado allí para tener un poco de intimidad y probablemente acabaría borracha en una mesa apartada.

Me acerqué a la barra y levanté la mano para llamar al camarero. Mi intención era pedir un mojito, pero en el último instante cambié de idea y le pregunté:

—¿Podría pedirme un taxi?

Capítulo 9

Esa vez me perdí de verdad. Mientras buscaba el bar en el que vi a Óliver encontré el restaurante en el que había estado cenando la noche anterior, de ahí fui en busca de la tienda de ropa de niños y acabé haciéndome un lío de calles. Estaba demasiado nerviosa, había pasado todo el trayecto en el taxi meneando un pie y mordiéndome las cutículas. Sabía que estaba haciendo una locura. Aunque podía ser que estuviera trastornada con motivo, las vacaciones que estaba pasando no debían de ser muy buenas para la cabeza. Me justifiqué pensando que tenía que hacer algo al respecto, que era una cuestión de salud mental.

Cuando ya estaba cerca del bar paré para tranquilizarme. Me peiné un poco con los dedos y corregí la posición de mi minifalda tejana. Me alegré de haberme puesto aquella ropa por la tarde, mis sandalias de piel con cuña y mi camiseta de tirantes me daban un aire informal. Me habría dado más vergüenza aún presentarme allí con un vestido sofisticado, habría parecido que lo había escogido para impresionar. Esperaba que Óliver estuviera en el bar. O no, no estaba segura. A lo mejor era preferible que no estuviera y volver inmediatamente al hotel.

Caminé los pocos metros que me quedaban para llegar impostando un paso casual. Tenía el corazón en la boca, pero al girar la cara hacia el bar y ver a Óliver en la barra levanté la mano y conseguí sonreír con cierta naturalidad. Inclino la cabeza hacia mí y sonrió asombrado, era obvio que no esperaba que me atreviera a ir. Casi me descentro y fastidio mi actuación, Óliver se removió sobre el taburete como una pantera, con un aire de lo más seductor, y me costó mantener el equilibrio sobre mis sandalias de cuña.

—Qué tal, Señor Socorrista. —Levanté un hombro con gracia y entré. Me senté en un taburete junto a él y me giré para tenerle de frente.

—Vaya, qué sorpresa —dijo.

—Sí, la vida está llena de ellas.

Me temblaban las manos. Le pedí una caña al camarero y la agarré tan fuerte para llevármela a la boca que los dedos se me pusieron blancos.

—Supongo que pasabas por aquí por casualidad —bromeó.

—No. En realidad me sentía en deuda contigo y quería invitarte a una copa, para agradecerte que salvaras a mi amiga de morir ahogada. Le tengo mucho cariño, ¿sabes? Es lo mínimo que podía hacer.

—Oh, ya... Tienes razón. De no haber sido por mí, tu amiga podría haber despertado en Gibraltar y haber sido atacada por un mono.

¿Cómo...?

Di un respingo impactada.

Óliver ladeó la cabeza y me preguntó:

—¿Estás bien?

Sacudí la cabeza ligeramente y dije:

—Sí...

Ma-dre mí-a. ¿Qué había sido aquello, una especie de *déjà vu*?

Óliver levantó su copa y le dijo al camarero:

—Ponme otra caña, me invita una clienta satisfecha. —Giró la cara hacia mí y añadió—: Que, por cierto, se llama...

—Estela. Me llamo Estela.

Me miró encandilado, como si hubiera dicho algo maravilloso.

—Es un nombre muy bonito. Supongo que sabes que te llamas igual que uno de los personajes de *Un tranvía llamado deseo*.

—Sí, lo sé. A mi madre le encanta Marlon Brando, me lo puso por la película.

—Estoy seguro de que alguna vez han gritado «Estela» bajo tu balcón. —Le dio un trago a su cerveza, sonriendo de manera sugerente.

Bajé la vista a mi falda y negué con la cabeza.

—No. Eso habría sido demasiado especial.

Óliver apoyó el brazo en la barra y me miró con el ceño fruncido.

Mi comentario iba referido a Álvaro y al pensar en él comencé a sentir remordimientos. Deseaba estar allí con Óliver, pero había un coqueteo evidente entre nosotros del que yo no iba a poder pasar. No sabía por qué había sido tan estúpida de presentarme en el bar. Debía haberme quedado en el hotel, emborrachándome sola en una mesa junto a la piscina.

—Te pasa algo, ¿verdad?

Me encogí de hombros.

—Sí... Es que no sé qué hago aquí. —Sentí que debía sincerarme y dejar las cosas claras, así que dije—: No debería haber venido. Tengo novio, estoy aquí de vacaciones con él.

Óliver levantó las cejas sorprendido. Pero no se lo tomó mal, asintió y se echó a reír.

—Está bien, no pasa nada. Podemos tomarnos una cerveza.

—Supongo. Pero estoy intranquila, la verdad es que me he escapado.

—¿Te has escapado? —repitió divertido.

—Sí, le he dicho que bajaba un momento al bar del hotel.

—¿Cuánto hace de eso?

—Pues... Debe de hacer unos tres cuartos de hora.

—Dile que había cola en la barra. En agosto los hoteles se ponen a reventar.

Nos miramos de reojo y rompimos a reír. Me relajé al ver que no me daba largas, que a pesar de saber que no íbamos a acabar en la cama seguía queriendo charlar conmigo.

—¿Por qué te has escapado? ¿De qué huías? —me preguntó.

Miré las estanterías de la barra y negué con la cabeza.

—No lo sé... Supongo que estaba aburrida.

—¿Cuánto tiempo llevas en Marbella?

—Llegué antes de ayer, pero hasta ahora no he tenido ni un solo momento de diversión —dije.

—Por esta zona hay cosas bonitas que ver, podrías aprovechar para hacer turismo.

Suspiré con resignación.

—¿Turismo? Solo he ido del hotel a la playa y de ahí a algún restaurante a cenar. Estoy segura de que se me están atascando las arterias por la inactividad.

—¿No te has movido de aquí? —me preguntó extrañado.

—No. Es como si estuviéramos en un resort, solo nos falta la pulsera.

—Ya... Entonces no me extraña que te aburras. —Asintió, se rascó la cara pensativo y apoyó los brazos en la barra—. ¿Tu novio es de dormir bien?

—¿Qué quieres decir? —le pregunté.

—Que si se duerme rápido. ¿Crees que le habrá podido el sueño?

Meneé la cabeza aturdida, no entendía qué me quería decir.

—No sé. Puede ser, cuando le he dejado tumbado en la cama ya parecía bastante atontado.

—«No es que estando de pie no lo pareciera también», pensé.

—Perfecto. ¿Te dan miedo las motos?

Ladeé la cabeza y dije:

—No... ¿Por qué?

—Tómame rápido la cerveza.

Lo miré sonriendo intrigada, él sonrió misterioso y se acabó su caña de un par de tragos. Cuando conseguí terminarme la mía, se puso de pie y dijo:

—Muy bien, señorita Estela Kowalski. Vamos a hacer un poco de turismo. —Metió la mano en el bolsillo trasero de su vaquero, sacó un billete de la cartera y lo puso sobre la barra.

Capítulo 10

Me parecía estar flotando entre las nubes, el aire me traía el olor a gel de ducha de Óliver sobre la moto y mi pecho estaba pegado a su perfecta espalda. Más que agarrarme a él le estaba abrazando, tenía una boba sonrisa en la cara. Íbamos por la carretera paralela a la costa, habíamos pasado por Calahonda y Fuengirola sin detenernos pero Óliver me las había señalado. No se podía decir que aquello fuera turismo de verdad, pero me lo estaba pasando genial. Cada vez que parábamos en un semáforo nos echábamos unas risas, Óliver parecía tener una historia que contar conectada a cualquier lugar.

—Estuve trabajando un tiempo en este casino. No estuvo mal, las señoras me dejaban buenas propinas.

Me lo podía imaginar. Yo le habría dejado un sobre con mi sueldo del mes entero solo porque me hubiera atendido con su sonrisa.

—¿Qué es lo que hacías? ¿Eras crupier?

—No, era camarero. Aunque también vine a pintar las habitaciones del hotel una vez. Cuando terminaba por las tardes hacía como que me caía a la piscina, pero se dieron cuenta de que tanta torpeza no podía ser normal. Aprovechaba para hacerme unos largos, supongo que con eso me descubrí.

—Te he visto nadar, se te nota demasiado que el agua es tu medio natural.

«Eres un bello sireno salido del fondo del mar...», pensé.

—Sí, puede ser. Me tiraba de lado, lo hacía con demasiado estilo.

Nos echamos a reír y continuamos por la misma carretera, pero un poco más adelante giró en una rotonda y nos metimos en un área urbana. Íbamos cuesta arriba, adentrándonos en aquel pueblo cada vez más.

—¿A dónde me llevas? —le pregunté contenta. No es que me importara, pero sentía un poco de curiosidad.

—Estamos en Benalmádena, vamos a subir al pueblo para tener buenas vistas.

No creía que pudieran existir mejores vistas que tenerle a él sentado delante, pero igualmente me pareció una idea fenomenal.

Pasamos junto a la fuente de una niña con una concha en la mano desde la que caía una pequeña cascada de agua y Óliver paró la moto en un callejón. Cuando se quitó el casco todavía seguía abrazada a él. Cerré los ojos y suspiré, no le quería soltar.

—No sé si podré caminar contigo enganchada a mi espalda, tenemos que subir unas escaleras —dijo divertido.

—Oh. Perdón.

Lo liberé y bajamos de la moto. Subimos por unas escaleras de piedra que pertenecían a un parque y cuando íbamos llegando al lugar que Óliver buscaba dijo:

—No te des la vuelta. Que sea una sorpresa.

Bajó un escalón, se puso detrás de mí y me tapó los ojos con las manos. Me hizo dar unos pasos a la izquierda de la escalera y al llegar me giró por los hombros para ponerme de frente.

Al abrir los ojos y ver las vistas me quedé boquiabierta. Desde allí se veía el mar, con una gran luna casi llena que lo iluminaba a aparente poca distancia del agua, dándole un aspecto mágico. Miré a Óliver y sonreímos. Me abracé a mi cintura y encogí los hombros feliz. No podía

dejar de mirar el mar iluminado por la luna, ni tampoco de sonreír.

—Es bonito, ¿verdad?

—Cuánta luz, nunca había visto la luna así... —dije maravillada.

Permanecemos un par de minutos más contemplando las vistas, sin decir nada. Volvimos a mirarnos un instante, Óliver se cruzó de brazos y suspiró.

—¿De dónde eres? —me preguntó—. Tu acento parece madrileño, pero podrías haber llegado perfectamente de las estrellas. Tienes un encanto especial, no pareces la típica veraneante que viene a ver yates y coches de lujo para ponerse los dientes largos.

Sonreí impactada.

—Sí, soy de Madrid. Pero, gracias, acabas de subirme la autoestima.

Ladeó la cabeza y me preguntó:

—¿Por qué? ¿La tenías baja? —Me observó con atención y asintió lentamente—. A lo mejor me estoy metiendo en lo que no me importa, pero... ¿Te has preguntado por qué no es tu novio quien te ha traído aquí?

Me quedé helada, no me esperaba un comentario tan personal.

Al ver mi cara de conejo cegado por las luces de un coche, Óliver levantó la mano y dijo:

—No me contestes. Sí, es verdad, me estoy metiendo en lo que no me importa.

Seguía pasmada por lo que había dicho, pero parecía arrepentido y supe que no lo había hecho con maldad. Así que suspiré y dije:

—Es un gilipollas.

Óliver se echó a reír.

—Es lo que me temía —respondió.

Caminamos hacia un banco que teníamos detrás y nos sentamos en el respaldo.

—No sabes lo que estoy pasando, su amigo es todavía peor —le conté. Cuando empecé, ya no pude parar—. Cuando me enteré de que se apuntaba a venir con su novia se me salió por la nariz el café que me estaba tomando. Después no sabía lo que hacía, abrí mi bolso y le pasé a mi jefe una compresa con alas en vez de una gasa esterilizada. Estaba pinchándole bótox a una paciente y me miró asustado, supongo que pensó que me había vuelto loca. —Lo miré y le aclaré—: Soy auxiliar médico en una clínica estética. Te puedes imaginar la cara que puso también la muñeca de plástico que estaba estirada en la camilla. Como el relleno de la cara no le dejaba cambiar la expresión infló los mofletes y casi se le salen los ojos por las cuencas. Parecía un pez globo.

Se lo estaba contando muy seria pero, por el rabillo del ojo, percibí el movimiento de los hombros de Óliver. Se estaba partiendo de risa.

—Oye, ¿de qué te ríes? Te estoy contando un drama.

Intentó ponerse serio y dijo:

—Perdón, soy un desconsiderado.

Me moría de ganas de echarme a reír, pero volví a mirar al frente y continué.

—He presenciado cosas horribles desde que estoy aquí, nunca antes había visto a un hombre cagando.

—¿Qué?! —dijo divertido.

Negué con la cabeza, mirándole como si me sintiera ofendida, y le dije:

—Mira, si te vas a reír de todo lo que digo, no sigo. Tu poca empatía me duele.

—No, de eso nada. Ahora no puedes parar, me has dejado en lo más interesante.

—Vale... Pero lo voy a hacer solo porque me has traído aquí. Seguramente esta luna es el recuerdo más bonito que me voy a llevar de las vacaciones.

—Eres una pesimista. Si te has escapado hoy, puedes volver a escaparte otra vez.

Nos miramos de reojo, sonriendo con picardía.

—No sé si me conviene tu compañía, me estás llevando por el mal camino —bromeé.

—¿Esto te parece ir por el mal camino? Estoy siendo un bendito, a lo mejor me apetecería estar en otro lugar más cómodo.

—Oh... Tienes razón, lo siento —dije apurada—. Si quieres, podemos irnos ya. —Sentí vergüenza al pensar que estaba haciéndole perder el tiempo, que quizá yo estaba muy a gusto y resultaba que él no.

Apoyó las manos sobre el respaldo del banco, miró hacia el mar riendo y dijo:

—No lo has entendido.

Lo miré extrañada. Si no estaba a disgusto, ¿qué había querido decir? Había dicho que estaba siendo un bendito, que quizá le apetecía estar más cómodo. ¿Dónde...?

Le aparté la mirada de manera súbita y sonreí como si siguiera en la edad del pavo.

—Tranquila, era broma. Me ha quedado claro que tienes novio.

Me eché a reír para disimular y exclamé:

—¡Ya!

Madre mía... ¿Por qué la vida me lo había puesto delante justo en aquel momento? ¿Por qué? No podía serle infiel a Álvaro. Estábamos compartiendo habitación, si lo hacía no iba a poder mirarle a la cara y los cuatro días de vacaciones que me quedaban iban a ser muy incómodos para mí, lo iba a pasar fatal.

Lo miré de reojo y casi me mareo. Óliver llevaba una simple camiseta roja de manga corta y unos vaqueros, pero no le hacía falta nada más. Tenía un perfil masculino a la vez que angelical, conservaba algo del inicio de la juventud. Parecía un ángel travieso. Su pelo, a pesar de verse suelto y brillante, estaba revuelto. El tono rojizo de sus labios resaltaba con su piel morena y la tensión de sus brazos por tener las manos apoyadas en el respaldo del banco hacía que una vena se le marcara en los bíceps. En pocas palabras, estaba para trajinárselo.

—A lo mejor deberías volver ya, puede que estés tentando demasiado a la suerte.

Respiré profundamente, miré el mar por última vez y respondí:

—Sí... Es verdad.

Me habría quedado toda la noche allí. Pero Óliver tenía razón, debía volver.

Pasé la tarjeta por la cerradura electrónica de la puerta y la abrí con máximo cuidado. La cerré con el mismo sigilo y entré en la habitación de puntillas. Paré a los pies de la cama y miré a Álvaro. Estaba como un tronco, roncando bocarriba, con la boca abierta y la cara girada. Tenía una rodilla doblada y la pierna ladeada, le asomaba un testículo por el borde de los calzoncillos. Estaba para hacerle una foto y enmarcarla, hacer copias y enviárselas a todos los trabajadores de su empresa imaginaria. Me alegré de que al día siguiente se fuera a desayunar sin mí. Mientras miraba su huevo asomado, me di cuenta de que, de todas formas, tampoco habría querido ir. En la playa tenía «mejores vistas», y seguramente mejor conversación. Aunque Mónica nunca me dejara hablar, era más alegre que Álvaro, y mucho más divertida. Era como era, Mónica no necesitaba fingir para ser aceptada.

Capítulo 11

—Qué monos son los bebés, ¿verdad? Me encanta verlos chapotear con sus gorritos y sus flotadores. Parecen pequeños champiñones.

Miré al bebé que estaba jugando en la orilla y, de repente, estornudó. Una enorme vela de moco le salió por la nariz y giré la cara para no verlo, haciendo una mueca.

—Sí... Son preciosos —dije.

A Mónica no pareció desagradarle la escena, se echó a reír y exclamó:

—¡Parece que le cuelgue un alga! ¡Qué mono, se ha mimetizado con el mar!

—Mónica... Acabo de desayunar.

Me puse bocabajo en la toalla y miré hacia la torre de vigilancia. Era una contradicción, la que parecía estar en un punto estratégico para el espionaje era yo. Óliver y yo ya habíamos cruzado varias miradas, una de las veces él lo había hecho con unos prismáticos y tuve que taparme la cabeza con los brazos para que Mónica no me viera reír.

—Me voy un rato al agua, quiero hacer migas con ese pequeñín.

—Vale, que se te dé bien —la despedí.

Fue corriendo hasta la orilla con su colchoneta bajo el brazo. Se agachó para saludar al niño y al hacerlo le dio con la colchoneta en el cogote, lo tiró de boca ipso facto.

Dejé de mirarla para no verle hacer ningún estropicio más. Mónica era un peligro, estando en su compañía te podía pasar cualquier cosa.

Aprovechando que mi compañera de playa estaba distraída, decidí hacer como si paseara por la orilla. Caminé por la arena mojada lentamente, dejando que las olas me bañaran los pies. Cuando llegué a la altura de la torre de vigilancia levanté la mano para que Óliver me viera. Al hacerlo, sonrió. Bajó hasta la mitad de la escalera y se sentó en un escalón.

—¡¿Cómo te fue ayer?! —me gritó.

Miré a Mónica para comprobar que no podía oírme. Estaba chapoteando en el agua, estirada bocabajo sobre la colchoneta, no se iba a enterar.

—¡Bien, no tiene ni idea!

Óliver sonrió y me levantó el pulgar.

Un par de horas antes, cuando Álvaro se había levantado, lo miré a escondidas bajo la sábana y parecía el mismo Álvaro de siempre. Es decir, el absurdo Álvaro de Marbella. Estiró los brazos y flexionó las rodillas como si le esperara un día de lo más importante, en el que él era el protagonista. Cuando salió del cuarto de baño me destapé como si me acabara de despertar. Lo miré fingiendo estar medio dormida, bostecé y dije:

—Qué pronto te dormiste ayer... Subí para pedirte que bajaras conmigo un rato, pero estabas como un tronco.

—¿A qué hora fue? —me preguntó.

—Pues... —A lo mejor me había pasado con mi interpretación, para resultar creíble era preferible no adornar demasiado las mentiras—. No miré la hora, serían entre las once y las dos.

—Estaba cansado. El golf es un deporte que te hace gastar mucha energía, Estela. Hay que caminar una barbaridad. —Se metió la cartera en el bolsillo trasero del pantalón, me dio un beso y dijo—: Te veo luego, cariño. Pásatelo bien en la playa.

Asentí sonriente. Ese era precisamente mi plan, pasármelo bien.

Óliver hizo un gesto con la mano hacia él y me gritó:

—¡Ven!

Miré de nuevo a Mónica y dije:

—¡No puedo!

Levantó las manos y meneó la cabeza, haciéndome saber que el motivo de mi negativa le parecía una tontería.

—¡Solo te voy a decir la hora!

—¡No puedo darle esa excusa, no se la va a creer! —dije divertida.

Me puse las manos en las caderas y comencé a andar en círculos. Estaba deseando acercarme a Óliver, habría corrido a tirarme a sus brazos, pero me parecía demasiado arriesgado. Si Mónica me veía charlando con él iba a sospechar. Me quedé inmóvil frente al mar, con el agua hasta las rodillas. Cerré los ojos y resoplé. Óliver me gustaba. Y a quién no... A cuántas turistas más habría conquistado ya.

—Ay... ¡¡¡Me cago en todo!!! —grité.

Doble la pierna hacia atrás y me la agarré por la espinilla. No lo podía soportar, parecía que me habían disparado con una pistola eléctrica. Me tiré en la orilla y me puse a lloriquear. No sabía qué hacer, aparte de agitar los brazos y las piernas como una cucaracha rociada con insecticida. Óliver fue hasta la orilla, se inclinó sobre mí y me miró riendo. Creyó que estaba haciendo un numerito para poder hablar con él.

—Eres perversa, ya no me creo tu papel de novia abnegada.

—No estoy de broma... ¡Me ha dado un calambrazo! ¡Si me enchufas el móvil en los agujeros de la nariz te lo cargo en un segundo!

—¿Te ha dado una ramba?

—¡No! ¡Me ha picado algo!

Seguía sin creérselo. Se puso erguido, se cruzó de brazos y me pidió riendo:

—A ver, dónde. Enséñamelo.

Me incorporé un poco y subí la pierna ayudándome con la mano. Tenía una zona de la pantorrilla llena de unas líneas rojas torcidas, como si me hubieran dado latigazos. Óliver dio un respingo, se puso serio y se agachó sobre mí.

—Sí, te ha picado una medusa...

Lo miré angustiada y le pregunté:

—¿Qué me va a pasar...? ¿Voy a perder la pierna? ¿Es posible que vaya a morir?

—Podría ser. Pero estamos a tiempo, puedes formular tu último deseo. ¿Cuál sería? Solo te lo pregunto por si acaso.

Estaba muerta de dolor, pero me reí. Lo miré entre la risa y la desesperación, y al mirarnos a los ojos el corazón me dio un vuelco.

—Sé lo que estás pensando... Conozco tu último deseo.

—¿Qué dices? ¡No! —exclamé.

—¿No? Vale, pues te dejo aquí. Pensé que sería que te curara la pierna.

Lo miré con el entrecejo arrugado y le pregunté:

—¿¿Me la vas a curar tú??

Óliver me apartó la mirada alucinado.

—Vamos a ver... —Se puso de pie y me dio la espalda. Volvió a girarse hacia mí y extendió su mano—. Hola, qué tal. Me llamo Óliver y soy socorrista.

—Es mentira, eres pintor —dije riendo.

—Además.

—Y camarero.

—Eso también.

Me ayudó a ponerme de pie, pasó mi brazo por detrás de su cuello y me sujetó por la cintura.

—Da unos saltos a pata coja. Tenemos que subir a la torre, el botiquín está allí.

—Y pensar que no quería acercarme a preguntarte la hora... —murmuré.

—¿Lo ves? No se puede escapar del destino.

Me puse a dar saltos hacia adelante como una rana. Como una rana coja. La torre de vigilancia no estaba tan lejos de la orilla, pero con la arena ardiendo por el sol se me empezó a hacer eterno. No llevaba las chanclas y me estaba quemando el pie. Apoyé la punta del otro pie y empecé a brincar doblando las rodillas, parecía que estaba bailando una ridícula sardana.

Óliver se echó a reír.

—¿Qué estás haciendo? —me preguntó.

—¡No te rías, me estoy quemando los pies!

Se agachó un poco, pasó una mano por detrás de mis piernas y me cogió en brazos. El bajo de su pantalón corto me rozó la picadura y supongo que sentí dolor, pero ni siquiera lo noté. Estaba mirándole embobada, con los brazos alrededor de su cuello. Aquello fue casi mejor que cuando soñé despierta con él, si me hubiera tirado en un contenedor me habría quedado dentro tan campante hasta que hubiera llegado el camión de la basura.

Me dejó en el suelo al pie de los escalones de la torre.

—Sube, te sujeto por detrás —dijo.

—Esto es muy complicado. ¿Qué pasaría si en lugar de ser yo, que estoy fresca como una lechuga, tuviera que subir una anciana con bastón?

—A ti la picadura no te duele mucho, ¿verdad? Quieres subir ya.

Sí que me dolía, y me escocía como si me hubiera restregado un manojo de ortigas por la pierna. Era mi primera experiencia con una medusa, no sabía que eran tan diabólicas. Quién se había creído que era para atacarme así, ¿eh? El mar era de todos, incluso de Mónica con su colchoneta.

Óliver me empujó hacia arriba para que me costara menos subir, en realidad me subió casi a peso por la cintura. Cuando llegamos a la base, desplegó su silla, que resultó ser una tumbona, y dijo:

—Estírate de lado.

Abrió el botiquín con semblante serio. Se puso unos guantes, abrió un paquete de gasas y comenzó a limpiarme la picadura con suero fisiológico.

—¿Te duele? —me preguntó.

—La verdad es que sí. Intento tomármelo con humor, pero me escuece muchísimo.

—¿Estás mareada? ¿Tienes náuseas? ¿Sientes que te falta el aire?

—Un poco, sí... —musité.

Me faltaba el aire, pero no era por la picadura, Óliver tenía una mano en mi pierna y por un instante la acarició. Quizá solo lo hizo para consolarme. Bueno, quizá sería mejor decir que para tranquilizarme. Pero se me erizó el vello de todo el cuerpo, sentí escalofríos a pesar de que estábamos en agosto.

—¿En serio? ¿Sientes que te ahogas? —dijo preocupado—. Necesito saberlo porque, si fuera así, debería verte un médico. Podrías sufrir un shock anafiláctico.

—No, solo estoy acalorada. Aquí se concentra mucho el sol.

—Sí... Cuando no entra por un lado entra por el otro. La cuestión es que siempre acaba entrando.

¿Cómo? ¿Qué había dicho...?

Me estaba mareando, ahora sí que me iba a desmayar de verdad. Me imaginé revolcándome con Óliver en una cama, acariciando los músculos de su cuerpo bronceado y atlético mientras me daba lo mío y lo de mi prima. No podía seguir viéndome con él, al final iba a hacer una estupidez.

Descubrí que me estaba mirando con atención, tenía el ceño fruncido. Tiró la gasa a la papelería y me preguntó:

—¿De verdad que estás bien?

No había ni rastro de ironía en su cara ni en su voz, me lo estaba preguntando con honestidad. Lo de «siempre acaba entrando» no era una insinuación, realmente se estaba refiriendo al sol.

—Sí, de verdad. Estoy bien.

Me puse seria y me concentré en la cura de mi pierna. Una debía saber cuándo parar, comportarse como una turista responsable.

—Tienes unos dedos de los pies muy bonitos.

Pero era imposible. ¿Cómo iba a comportarme si me decía ese tipo de cosas?

—Nací con seis, pero uno se me cayó —bromeé—. Iban a cosérmelo, pero el médico dijo que era demasiado escuchimizado, que para qué quería esa birria de dedo. Así que me cortó un dedo del otro pie para que quedaran parejos.

Óliver se inclinó hacia adelante riendo. Me estaba aplicando hielo enrollado en una toalla en la picadura y las manos se le quedaron flojas.

—¿De dónde ha salido ese hielo? —le pregunté. Era increíble, cuando estaba con él perdía la mitad de los sentidos.

—De la nevera. ¿Tú has visto algún repartidor?

Miré hacia donde me señalaba. En el suelo había una nevera de playa azul.

—Oh —exclamé.

—¡Dios mío, qué te ha pasado!

Mónica estaba subiendo histérica por las escaleras, no cabía por la entrada con la colchoneta porque la estaba intentando meter a lo ancho y tuvo que empujar hacia adelante un par de veces. Al final lo consiguió.

—No es nada, me ha picado una medusa.

—¡He venido tan rápido como he podido! Se me ha salido el tapón de la colchoneta y cuando iba llegando a esta altura se hundía por la mitad. Me he puesto a inflarla, pero una solo tiene dos pulmones y una nariz.

No cabíamos allí, la superficie de la torre de vigilancia no era tan grande como para albergar una tumbona extendida, un socorrista de buen tamaño, una nevera de playa, una bañista histérica y una colchoneta inflable. Óliver no podía moverse, tenía que encoger los brazos porque estábamos apretados. Mónica se movía inquieta con la colchoneta bajo el brazo y le daba a todo con ella.

—Bien, esto ya está. Te acabo de poner analgésico en crema. Procura no tocarte ni rascarte, se te podría infectar —me dijo Óliver.

—¡Gracias, eres un amor! Descuida, cuidaré bien de ella —dijo Mónica.

Me levanté de la tumbona y Mónica extendió su brazo entre Óliver y yo para darme la mano. Él se dio la vuelta y metió la suya en una mochila que había colgada en una esquina. Mónica tiró de mí mirándome con cariño y me acerqué con ella a los escalones pero, cuando iba a bajar el primero, Óliver dijo:

—Espera.

Me giré hacia él y, con la mano bajada, me entregó un papel.

—Tómate esto cada seis horas.

Sonreí intrigada y él escondió su sonrisa. Le dije adiós y bajé los escalones.

—¡Qué susto! Me lo ha contado la señora del gorro de goma con flores que tenemos al lado. Esa mujer se entera de todo, ¿verdad? Hay que ver qué ojo tiene, no se le escapa nada.

Le sonreí y asentí distraída, tenía el papel que Óliver me había dado apretado en la mano y estaba deseando ver qué era.

—Me estoy quemando los pies. ¿Te importaría traerme las chanclas? —le pedí.

—Oh, sí. ¡Claro!

Mónica salió corriendo en dirección a las toallas y aproveché para abrir el papel. Era un número de teléfono, el número del móvil de Óliver. Había garabateado algo debajo que parecía una simpática medusa, meneaba los tentáculos encerrada en un corazón.

Capítulo 12

—No puedo dejarte sola.

—Claro que puedes. Estoy la mar de cómoda aquí, estirada en la cama.

Álvaro suspiró y se puso las manos en las caderas.

—No, no podría cenar tranquilo. ¿De verdad que te duele tanto?

Se estaba poniendo muy pesado, se largaba sin mí cada mañana y ahora resultaba que no podía salir a cenar si no iba yo. ¿Para qué me necesitaba? ¿No sabía utilizar los cubiertos? Estaba convaleciente, no me apetecía salir a cenar con ellos.

Puse los ojos en blanco y resoplé.

—Álvaro, no te lo repito más. Vete con Mónica y Braulio a cenar. Ni siquiera tengo hambre, me encuentro fatal.

Se encogió de hombros, hizo una mueca de resignación y dijo:

—Está bien. ¿Quieres que te traiga algo a la vuelta? No sé, quizá un bocadillo de beicon.

Increíble, él salía a zamparse una lubina y a mí me ofrecía un triste bocadillo.

—No podría comérmelo, el veneno de esa medusa me recorre todo el cuerpo. Me ha llegado al estómago, se me está repitiendo.

—Estela... Te estás sugestionando.

De verdad, qué corto era Álvaro, nunca cogía las bromas.

Estiré el brazo haciendo un esfuerzo horrible y le pedí:

—¿Podrías pasarme el mando del televisor? Quiero ver qué dan en la tele.

Lo cogió de la mesilla de noche, me lo pasó y dijo:

—Tendrás que poner los canales dándole a los números, he puesto todos los de deporte en favoritos.

Genial... Él siempre mirando por el bien común.

Doblé la almohada y me la puse en la espalda. Me ladeé un poco y subí la pierna de la picadura a la otra por la parte de la rodilla, no quería que la cama me rozara.

—No llegaré tarde, como máximo estaré fuera tres horas. El bar de los cócteles está cerca del restaurante, apenas nos tenemos que desplazar.

—No te preocupes, da igual a la hora que llegues. No voy a moverme de aquí.

En cuanto Álvaro salió por la puerta me levanté de la cama y corrí al cuarto de baño, me pinté los labios y me coloqué un vestido corto veraniego. Se me hacía tarde, media hora antes le había enviado un WhatsApp a Óliver que decía:

«Rescátame».

Capítulo 13

—¿Te gusta? —me preguntó Óliver.

—*Eftá de vifio*, nunca había comido patata rellena.

Echó la cabeza hacia atrás, se limpió un ojo con los dedos y dijo:

—Me has escupido.

—Uy, perdón.

Estábamos sentados en la arena de la playa con la espalda apoyada en una barca, comiendo una patata asada rellena. El sol se estaba poniendo y las vistas eran preciosas. El naranja intenso del sol se mezclaba con el azul del cielo, como si lo hubieran pintado a acuarela, y las gaviotas sobrevolaban el agua graznando, se sumergían un instante intentando pescar. Era una escena de postal, me sentía muy feliz por poderla contemplar.

—Tu patata lleva una aceituna más que la mía —me acusó.

Lo miré de repente y dije:

—¿Intentas estafarme? Te la habrás comido.

—No estás en posición de llamarme estafador, te recuerdo que acabas de inventarte una película para escapar de una cena con tu novio. Vamos, ni Tim Robbins en *Cadena perpetua*. Empiezo a pensar que tienes antecedentes penales.

—Tú sí que tienes antecedentes penales, eres un saqueador de aceitunas.

—No tengo antecedentes, nunca han conseguido pillarme robándolas. Te acabo de coger una y no te has dado ni cuenta.

Miré su mano y abrí la boca impresionada. Era verdad, había robado una aceituna de mi patata. Se la metió en la boca y la saboreó riendo, mirando la puesta de sol.

Me zampé un bocado de patata y suspiré feliz. Esperaba que Álvaro no volviera con un bocadillo para mí, se lo iba a tener que dar a los gatos de un callejón.

—¿Cómo tienes la picadura? ¿Te sigue doliendo? —me preguntó.

—No mucho, eres un excelente curandero.

Agarró mi pierna y la giró un poco para mirar la picadura. Al retirar la mano lo hizo de manera lenta, con una caricia, y se me aceleró el corazón. No levanté la vista de mi patata, si descubría que él me estaba mirando iba a desear besarle y no sabía si sería capaz de resistir la tentación.

—He hecho de todo menos eso, lo de los rituales y los cánticos no se me da bien.

Pues yo le veía haciendo bien cualquier cosa. Óliver tenía un aire bohemio. Parecía de esas personas que no le tienen miedo a nada, que hacen lo que quieren en todo momento y no se dejan influenciar por la sociedad. Su espíritu libre me parecía irresistible, me resultaba de lo más tentador.

—¿Cuánto tiempo llevas saliendo con él?

No me esperaba su pregunta y me sobresalté.

—¿Con Alvaro? —Sonreí incómoda y respondí—: Un par de años... Una eternidad.

Óliver me miró con el ceño fruncido.

—¿Eso te parece una eternidad? —me preguntó—. Dos años no son nada. Cualquier carrera universitaria dura el doble, es lo que tardan en llamarte para sacarte una muela en la Seguridad Social. ¿Qué son dos años en comparación a esta puesta de sol? ¿O a comerte una patata rellena

sentada en la arena, sin preocuparte de nada más? Este momento sí que es la eternidad.

Lo miré maravillada. Estaba masticando un bocado de su patata, con la parte trasera de la cabeza apoyada en la barca y la vista en la puesta de sol. Me dieron ganas de apoyar mi mejilla en su hombro, agarrarme a su brazo y suspirar.

—Sigue haciendo calor aquí —dijo.

—Sí, no corre demasiado aire.

—¿Damos un paseo por la orilla?

—Vale —respondí.

Tiramos la piel de nuestras patatas en una papelería y nos dirigimos a la orilla. Se estaba mucho mejor en esa zona de la playa que sentados en la arena, sentí un alivio instantáneo cuando la brisa marina acarició mi pelo y el agua me mojó los pies. Óliver llevaba en la mano sus zapatillas de deporte y mis sandalias, fue un detalle que me hizo sonreír. No es que necesitara que alguien hiciera eso por mí, pero automáticamente pensé que a Álvaro nunca se le habría ocurrido.

—¿Qué vas a hacer cuando acabe el verano? ¿Tienes otro trabajo a la vista? —le pregunté.

—No. Supongo que volveré a hacer de pintor, muchos extranjeros vuelven a sus casas y aprovechan que dejan estas vacías para que se las pinten. O quizá trabaje en un taller, en realidad soy mecánico.

—¿También eres mecánico? —le pregunté riendo.

—Además. —Miró el mar y añadió—: Octubre no me preocupa demasiado, comparto casa con tres tíos más. No necesito tanto para vivir.

—¿Cuatro tíos viviendo juntos? Debe de ser un desmadre, supongo que no te aburrirás.

—Vente con nosotros, tenemos otra habitación —bromeó—. Aunque no debería llamarla «habitación», en realidad es un trastero. Olvídalo, para unas noches puedo hacerte un hueco en la mía, mi cama es bastante grande.

Paré de andar y lo miré alucinada, pero él continuó caminando. Los hombros le daban brincos, no le oía reír pero supe que lo estaba haciendo.

—Pero tú vives en una mansión o qué —dije—. ¿Tienes cuatro habitaciones y un trastero que podría ser una más? A qué te dedicas en realidad, confiesa. Yo vivo en cuarenta metros cuadrados y hay meses que me cuesta pagarlos.

Paramos de andar. Óliver se agarró un hombro con la mano que tenía libre y suspiró.

—La gente se distrae en la playa, se van al agua y no se preocupan de los bolsos.

Lo miré de medio lado.

—No te creo... Tienes arte para birlar aceitunas, eso es verdad, pero no te veo robando las carteras de los turistas.

Bajó la vista a sus pies y murmuró:

—No, es verdad... Lo de ser carterista me lo acabo de inventar—. Respiró hondo, meneó los zapatos en su mano y me miró a los ojos directamente—. Supongo que es el momento de hablarlo, no podemos seguir fingiendo más.

Me subieron las pulsaciones. Por su cara, supe que iba decirme algo que no me iba a gustar.

—¿Hablar? ¿De qué...? —le pregunté.

—Aunque no debería ser necesario, supongo que ya te habrás dado cuenta.

Negué con la cabeza y él me miró como si le asombrara mi ingenuidad. Levantó las manos y exclamó:

—Estela... ¡Soy gigoló!

Un montón de incómodos pensamientos me fueron a la cabeza. De repente, empezó a encajarme todo. Su manera de seducir y su habilidad para saber qué quería hacer y oír me

cuadraban perfectamente con esa profesión. Óliver parecía tener mucha experiencia en ese campo. Me sentí dolida, sentí que me había utilizado. No le atraía, me había visto aburrída en la playa y había pensado que era la víctima perfecta para hacer negocio.

Pestañeó rápido un par de veces y me preguntó:

—¿Te lo has creído...?

Lo miré perpleja. Óliver encogió los hombros y se echó a reír.

—Eres idiota... —musité.

Echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—¡Eres idiota! —le grité.

—Ya estabas haciendo cálculos para saber cuánto te iba a cobrar por lo de estos días atrás — dijo divertido.

Me puse las manos en las caderas y repliqué:

—¡No te habría dado ni un euro!

Aunque no estaba tan segura de eso. Óliver estaba tan bien que en un momento de debilidad quizá le habría pagado por acostarme con él.

—¡Vivo en una casa de pueblo! —exclamó—. La mitad de los arreglos que necesitaba los hemos hecho nosotros. No es una mansión, ni siquiera tenemos aire acondicionado.

—Eso me parece mejor.

Se puso las manos en las caderas y dijo:

—Ah... Así que te alegras de que pase calor.

—Estás acostumbrado, la torre de vigilancia es un horno.

—Sí, hay ratos en los que se puede freír un huevo ahí.

Negué con la cabeza sonriendo, reprochándole de nuevo con ese gesto el susto que me acababa de dar. Qué cabrito, su interpretación había sido magistral.

—Si Mónica se distrae mañana, me paso por allí y te abanico un rato —bromeé.

Óliver apretó los labios.

—Mañana no va a poder ser, es el día que libro.

Por alguna extraña razón, esa información me cogió por sorpresa, no se me había ocurrido pensar algo tan normal como que Óliver tenía algún día de fiesta semanal. Intenté disimularlo, pero me desilusioné, no contemplaba una mañana de playa sin él.

—Mañana voy a Mijas a comer. ¿Has estado alguna vez?

Sonreí con tristeza y dije:

—No.

—Vente —me animó.

—Me encantaría, pero no puedo. No tengo nada que inventarme esta vez.

—Quizá de aquí a mañana se te ocurra algo.

Arrugué la frente pensativa y acabé negando con la cabeza.

No podía volver a fingir que no me encontraba bien. Una vez podía colar, aquella medusa me había hecho un gran favor. Pero no tenía una excusa creíble para desaparecer al mediodía, cuando, en caso de que Álvaro volviera a irse por la mañana, ya estaría de vuelta. Comencé a venirme abajo, me di cuenta de que mis encuentros con Óliver tenían las horas contadas. Quizá aquella iba a ser la última vez que nos viéramos a solas y pensar en ello me desanimó.

—Tienes mi teléfono. Si te decides, llámame.

Asentí, aunque sin ninguna esperanza.

—Me ha encantado tu medusa —dije melancólica—. Dibujas como un niño de dos años, pero te ha quedado muy graciosa.

—Bueno, todo no puedo hacerlo bien.

—Ya, no te hagas tatuador.

—Tú confundes una gasa esterilizada con una compresa con alas, no me des lecciones de profesionalidad.

—Me acababan de dar una noticia escalofriante, sé un poco más humano.

—Lo soy. Si fuera gigoló, no te habría cobrado por el servicio.

Intenté darle una patada en el culo, pero él se echó hacia delante y no lo conseguí. Le perseguí corriendo por la orilla y cuando logré alcanzarle di un brinco y me subí a su espalda. Las risas nos hicieron perder el equilibrio y nos caímos de lado en el agua. A Óliver se le escaparon los zapatos de la mano y una ola se los llevó. Por suerte, fuimos rápidos y pudimos recuperarlos, pero no pude evitar llegar al hotel mojada.

Capítulo 14

—¿De dónde vienes?

Miré a Álvaro inquieta, aunque lo intenté disimular. No esperaba que llegara antes que yo, solo hacía un par de horas que se había despedido de mí.

—He tenido que ir a urgencias.

—¿A urgencias? —repitió alarmado.

Cuando abrí la puerta de la habitación y vi la televisión encendida, me quedé en el pasillo pensando qué excusa inventarme para justificar mi salida. Con los nervios no se me ocurría nada, una curación milagrosa no me parecía creíble y Álvaro me habría preguntado por qué en lugar de unirme a ellos había preferido salir a cenar sola.

—Sí, la pierna me dolía mucho. —Me di la vuelta y fingí una cojera mientras caminaba hacia el cuarto de baño.

Me quité rápidamente mi vestido mojado y lo colgué en el perchero de la puerta. Me moví nerviosa pensando cómo secarme el pelo, tenía la mitad de la melena mojada y sabía que el ruido del secador me iba a delatar. Álvaro se levantó de la cama y fue al cuarto de baño. En cuanto lo vi plantado en la puerta, la cerré.

—Pero cuéntame, ¿qué te ha dicho el médico?

Mientras me hacía un moño para disimular los mechones mojados, respondí:

—Que puede que el veneno me haya llegado al tendón, hay especies de medusas muy mortíferas.

¿Mortíferas? No sabía si esas medusas existían, quizá me había pasado un poco. Pero dudaba que Álvaro tuviera más idea que yo sobre el tema.

—¿Al tendón? ¿Cómo ha podido pasar? ¿Las medusas tienen dientes?

Por su tono de voz, supe que me lo estaba preguntando en serio.

—Quién sabe. Esas cosas comen de todo, tendrán que masticar —dije.

Salí del cuarto de baño con una sonrisa y cojeé hasta la cama. Me senté como si me costara horrores y me estiré haciendo un esfuerzo todavía mayor.

—Deberías haberme llamado, a urgencias es mejor ir acompañado.

Le sonreí afectuosa y dije:

—No quería molestarte, te mereces disfrutar de las vacaciones.

Se rascó la nuca, miró al suelo y murmuró:

—Sí... Tienes razón.

Le giré la cara para que no me viera levantar el labio. Me metí en la cama y dije:

—Buenas noches, Álvaro.

Me di la vuelta y le di la espalda, haciéndole saber que me disponía a dormir, pero Álvaro se tumbó junto a mí y puso una mano en mi cadera.

—Estela... Hace días que no lo hacemos.

Di un respingo y exclamé:

—¿El qué! —No era mi intención decirlo tan alto, pero su insinuación me cogió por sorpresa, y además me pareció un horror.

—Qué va a ser... —dijo juguetón.

Comenzó a besarme el cuello, subió su mano por mi estómago hasta alcanzarme una teta y no

lo pude soportar, le aparté la mano de un manotazo.

Álvaro se incorporó y me preguntó extrañado:

—¿Qué te pasa?

Fruncí los labios furiosa y le solté:

—Vengo de urgencias. ¿Cómo crees que puede apetecerme hacerlo? Estoy pasando por un momento de salud horrible. ¡No sabes el día que llevo! —Me tapé la cara con la mano y fingí unos fuertes sollozos.

Álvaro arqueó las cejas y dijo:

—Vale...

Apagué la luz de la mesilla de noche y permanecí de espaldas a él, evitando que pudiera verme la cara. Tenía un pellizco en el estómago, pensar en hacerlo con Álvaro me había provocado rechazo y supe que eso era una mala señal. Algo en mí estaba cambiando. Y no estaba segura de hasta qué punto Óliver, un chico que podía conseguir a cualquier chica que quisiera y que vivía a cientos de kilómetros de mí, tenía algo que ver.

Capítulo 15

—Hoy la negri-ta nos contó lo que sucede. El negro no puede, el negro no puede. Está cansado no le importan las mujeres. El negro no puede, no puede dormir.

—Anda, esta te la sabes entera —dijo irónica.

—Sí, es mi preferida —dijo Mónica feliz—. Siempre que la canto me imagino al negro con un sombrero de paja y un bañador. Seguro que tiene la tranca de un caballo.

La miré con sorpresa. Madre mía, qué imaginación...

Mónica asintió con picardía y añadió:

—Sí, el negro no puede porque le pesa una barbaridad.

—Es posible... —dijo por decir, mirándola anonadada.

Miré hacia la torre de vigilancia y suspiré en secreto. Echaba de menos a Óliver, bajar a la playa no era lo mismo sin él. Le estaba sustituyendo una chica que estaba sentada en su tumbona y tuve un extraño sentimiento de posesión, no quería que tocara sus cosas.

—La verdad es que hoy no tengo demasiadas ganas de cantar, estoy un poco chof.

—¿Y eso? —dije ausente.

—No sé... Estoy un poco aburrída. Braulio y Álvaro son muy pesados, ojalá se pasaran todo el día jugando al golf.

Por supuesto, aquella mañana, Pocholo y Borjamari habían vuelto a fugarse. No es que me importara, igual que le pasaba a Mónica, para mí también era un alivio que no estuvieran. Pero me daba rabia que ellos pudieran jugar un último partido con sus amigos y que yo no pudiera quedar con Óliver. No era lo mismo, cierto era, pero veía que mi tiempo con él se agotaba. Ya estábamos a viernes y, por lo que tenía entendido, Álvaro y Braulio no iban a volver a pisar el campo de golf.

—¿Te aburres con Braulio? —le pregunté.

—¿Me lo preguntas en serio? No para de decir tonterías, a veces me apetece meterle la cabeza en la taza del váter.

Me senté en la toalla y la miré perpleja.

Mónica suspiró y dijo entristecida:

—A mí esto solo me lo quita dejar la tarjeta de crédito temblando. Es un tratamiento muy efectivo, pero Braulio se empeña en acompañarme a las tiendas para que no gaste demasiado. Es más encogido que los pelos del culo, qué pedazo de tacaño. ¿Quién va a gastarse mejor su dinero que yo?

¿Pero quién era aquella chica que estaba tumbada junto a mí? No podía ser Mónica... Alguien había suplantado su identidad.

—Anoche te eché de menos, Estela. Menudo coñazo me dieron durante la cena, entre el primer plato y el segundo me acerqué a la barra del restaurante sin que me vieran y pedí dos margaritas, me los tomé uno tras otro sin respirar.

—Mónica, no creo que el alcohol sea bueno para tus ardores de estómago.

—¿Qué ardores? Es una excusa que le doy a Braulio para no chingar. —Se incorporó de repente y dijo asustada—: Espero que no te chives...

Negué con la cabeza, boquiabierta.

—Te estoy contando todo esto porque necesito desahogarme con alguien. Yo soy una chica

positiva y alegre, pero a veces también tengo mis momentos de bajón —dijo.

—No pasa nada, lo entiendo —la tranquilicé—. Y no te preocupes por haberte desahogado conmigo, no voy a decir nada.

—Gracias... —dijo aliviada. Volvió a tumbarse en la toalla y suspiró.

Hice lo mismo que ella, la miré reojo y me tumbé en la toalla.

—Hoy no ha venido —dijo.

Abrí los ojos sin moverme y le pregunté:

—¿Quién?

—Quién va a ser, el socorrista. Está como un queso, ¿eh?

Miré hacia otro lado y respondí:

—Sí, no está mal.

Mónica se puso bocabajo y me soltó, sonriendo excitada:

—Eres tonta, ¡tíratelo!

—¿¿Qué??

—Venga, Estela... He visto cómo os miráis. No habéis parado de lanzaros miraditas en toda la semana. ¡El chichi se te hace Pepsi-Cola! —dijo riendo.

La frente y el canalillo me empezaron a sudar, no conocía tanto a Mónica como para saber si me podía delatar. Así que me hice la sueca y lo negué.

—Anda ya. ¿Qué dices? Es muy majo, sí. Pero no me atrae —disimulé—. Además, estoy con Álvaro, nunca le haría algo así.

Mónica puso su mano en mi brazo y dijo, mirándome compasiva:

—Ay, Estela... Al principio parece difícil, crees que no vas a poder. Pero pronto le coges el gustillo, créeme. Yo le he puesto los cuernos a Braulio mil veces.

—¿¿De verdad??

¡No me lo podía creer!

—¡Claro! —exclamó—. Piénsalo bien, ¿y si Álvaro te los ha puesto alguna vez? ¿Qué pasaría con tu orgullo si te ha engañado sin tú saberlo? Es mejor curarse en salud, ¿no crees? Para que luego no vengan las lamentaciones. A mí, desde luego, eso no me va a pasar.

Me la quedé mirando sin salir de mi asombro. Incluso me pellizqué para comprobar si estaba soñando, y, de repente, tuve una extraña visión. Mónica fue transformándose en un reptil ante mis ojos, se le borraron las piernas y los brazos y se quedó con el cuerpo de una serpiente. De la boca le salió una lengua con dos puntas. Lo único que conservaba de su antigua imagen era su sombrero de tela rosa y sus gafas de sol, pero como ya no tenía frente se le habían ladeado bajo el sombrero. Creí que me había dado una insolación, pero al sacudir la cabeza volvió a ser la Mónica de siempre.

Miré a mi alrededor y dije:

—No sé... Poner los cuernos por si te los ponen es como tomarte un Espidifen por si la semana que viene te duele la cabeza.

—Hay que ser previsoras, yo lo veo como llevar pañuelos de papel en el bolso por si tengo que hacer pis entre dos coches.

Qué chica más práctica...

Hice unos círculos con el dedo en la arena. Lo que me faltaba era Mónica animándome a que me acostara con Óliver, como si no tuviera suficientes ganas. Aunque, de todas formas, no tenía necesidad de darle vueltas a eso, había perdido la oportunidad. Solo iba a poder volver a verle de lejos, desde mi toalla. O, como mucho, iba a acercarme a la torre de vigilancia para charlar un instante con él. Debía aceptarlo, no podía perder la cabeza por un chico al que apenas conocía,

por muy especial que fuera y por mucha química que creyera que había entre los dos.

Suspiré y dije:

—Ya es tarde. El tren solo pasa una vez.

—No es tarde, nos quedan dos días y medio de vacaciones.

—Hoy libra, se va a Mijas a pasar el día. Y mañana Álvaro y Braulio estarán pegados a nosotras. No es que esté diciendo que lo haría, entiéndeme —reculé—. Pero, en un caso hipotético, no existiría la posibilidad.

Crucé los tobillos y miré mis pies mientras los meneaba. Mónica arrugó los labios y la nariz mirando el mar. Se le habían escurrido las gafas de sol y se las subió. Se agarró el ala de su sombrero de tela y dijo:

—Me apetece ir de compras, y lo voy a hacer.

La miré y asentí, si eso le apeteecía...

—Pero necesito que me cubras, que le digas a los chicos que vamos juntas. Quizá podrías prometerle a Braulio que no voy a despilfarrar mucho dinero. —Me miró de medio lado y sonrió traviesa.

—No sé si te sigo... —dije.

—¿No? Pues está muy claro, Estela. Yo voy a fundirme la paga de verano de Braulio en ropa y tú te vas a ir a Mijas con el socorrista. Estas cosas de chicas llevan su tiempo y comeremos fuera. Bueno, yo me comeré una pizza, pero seguro que tú te comes otra cosa —dijo riendo.

Una enorme sonrisa se dibujó en mi cara. ¿Dónde estaba mi móvil? ¿Por qué siempre se escondía en el último rincón del bolso? Estaba tan nerviosa y emocionada que no atinaba a darle con el dedo al número de Óliver, y eso que estaba intentando hacerlo con el pulgar.

Capítulo 16

—Así que el grillo de la colchoneta rosa ha resultado ser una listilla.

—Sigo sin poder creérmelo, es una pitón disfrazada de unicornio. Pero empieza a caerme bien, aunque tenga que aguantarla cantando las canciones de Georgie Dann.

—Podría ser peor, imagínate que le gustara King África.

—¿Tú también le odias?

—Lo metería de cabeza en un cañón y dispararía con él dentro.

—Eso sí que sería una boooombaaaaa.

—Cállate. ¡Cállate! —dijo Óliver riendo.

Aparcó la moto al pie de una calle blanca con escaleras. De la esquina colgaba una farola de hierro forjado y la parte superior de las fachadas estaba llena de macetas azules con geranios. En el suelo, pegados a las fachadas, había grandes maceteros con más plantas, unas verdes y frondosas. Me pareció una estampa preciosa, era justo lo que pensaba encontrar en aquella zona cuando planeé las vacaciones. Comenzamos a subir y al girarme hacia atrás me di cuenta de que desde allí se veía el mar. Fue como mirar un cuadro, el azul del cielo hacía juego con el color de las macetas y el verde de las plantas del suelo resaltaba sobre el blanco inmaculado de las fachadas. Sonreí feliz, recordé las pocas esperanzas que tenía cuando llegué días atrás y lo contenta que estaba ahora de estar allí.

—¿A dónde vamos? —le pregunté a Óliver.

—A comer.

De repente fui consciente de que ni siquiera me había preocupado de saber por qué Óliver iba a Mijas a comer ni con quién. Me apetecía tanto estar con él que me había parecido un detalle sin importancia, pero llegado aquel punto me picó la curiosidad.

—Mi madre ha hecho migas, no me las podía perder.

—¿¿Qué?? —exclamé.

—¿A dónde pensabas que íbamos? ¿A montarnos en burro-taxi?

Estaba alucinada, lo miré sin saber qué decir.

—¿Por qué no me lo has dicho?

—Porque no me lo has preguntado —respondió.

—Pero eso se avisa.

—¿El qué? ¿Que mi madre ha hecho migas?

—¡No! Que íbamos a comer a casa de tu madre —repliqué.

—Qué más da. Así conoces las costumbres de los lugareños, imagínate que estás en Kenia y vas a conocer a una tribu.

Estiró el brazo ofreciéndome su mano, la agarré y subí los escalones que nos separaban.

—Llegamos justo a tiempo, mi cuñado estará a punto de llegar —dijo.

—¿¿Tu cuñado??

—Sí, siempre viene a comer a esta hora.

—¿Cuántos somos? —quise saber asustada.

—No muchos... Mi madre, mi hermana, mi cuñado, mi sobrina y... Creo que ya está.

Los ojos se me pusieron como platos, pero después comprendí que estaba haciendo un drama absurdo y me obligué a tranquilizarme. Óliver y yo solo éramos amigos, no iba a presentarme a su

familia como algo más. Me sentí estúpida por haber reaccionado así, era obvio que el subconsciente me había traicionado.

—Hola —dije.

Miré a la sobrina de Óliver con una sonrisa. No paraba de observarme con desconfianza, como si temiera que fuera a robar. Tenía unos tres años, era una muñeca con un vestido de tirantes amarillo que me miraba con la nariz arrugada y los labios fruncidos. Le había cogido una barra de labios granate a su abuela y se los había pintado saliéndose del contorno. Llevaba unos zapatos de tacón que también eran de la madre de Óliver y le iban tan grandes que temía que se iba a descalabrar. Era muy mona, pero que no apartara sus ojos de mí me estaba poniendo un poco nerviosa.

—Quién *erez*.

—Ya te lo he dicho, una amiga de tu tío.

—Por qué *eztaz* aquí.

—Porque me ha invitado a comer.

—*Eza* comida *ez* de mi abuela.

—Sí. Pero podrías darme un poquito, ¿no?

—No —respondió.

Óliver se acercó a nosotras y le preguntó:

—¿Qué está pasando aquí? —Se quedó de pie junto a ella, con las manos en las caderas.

—Me está haciendo un interrogatorio, estoy asustada —bromeé.

Aunque no lo dije tan en broma, estaba sentada en la mesa del patio y la sobrina de Óliver se había sentado frente a mí. Tenía los brazos apoyados en la mesa y estaba echada hacia adelante, mirándome fijamente.

Óliver le dio un toquecito en el hombro y le dijo:

—Pregúntale de quién ha sacado esos ojos tan bonitos.

Di un respingo sorprendida. Bajé la cara y sonreí con timidez.

—¿A quién le *haz* quitado un ojo? —me preguntó su sobrina.

Óliver me miró aguantándose la risa. La niña lo dijo tan tranquila, creyó que eso era lo que debía preguntarme.

—Los dos son míos. Pero son verdes, igual que los de mi padre.

—*Dize* que *zu* padre tiene *ojoz*.

—Sí, la he oído —dijo Óliver. Volvió a darle un toquecito en el hombro y le pidió—: Pregúntale qué es lo que hace para ser tan bonita. ¿Come hadas y ninfas? ¿Se baña cada noche en una lluvia de estrellas?

Su sobrina levantó la cara hacia él y lo miró extrañada. A mí casi me da un telele, no sabía hacia dónde mirar. La niña volvió a mirarme y me preguntó, con extrema seriedad:

—¿Te gustan *laz habaz*? ¿Te *lavaz* el toto?

Nadie sabe lo que agradecí que hubiera entendido tan mal la pregunta. Óliver y yo explotamos en una carcajada. Él tuvo que apoyarse en la mesa y yo me ladeé en la silla, casi me caigo. Su sobrina tosió mirando de Óliver a mí, sin tener ni idea de lo que nos había hecho tanta gracia. Se refregó la nariz con la mano y se quedó tan ancha.

—Se lo lava, María. Soy testigo, se lo remoja cada día en la playa.

—¡Eh, que hay una niña delante! —dije riendo.

—No *zoy* una niña. Me llamo María y voy a *cazarme* con mi tío.

—Sí, bueno. Pero eso será dentro de unos años —le dijo Óliver.

—¿*Cuántoz*?

—Eh... Unos diez mil. Sé que todavía no tienes los números por la mano. Pero no te preocupes, diez mil son pocos.

Su sobrina lo miró recelosa.

—Voy a preguntar. —Se levantó de la silla y corrió con sus enormes zapatos de tacón en dirección a la cocina.

Óliver se encogió de hombros y dijo:

—Está enamorada de mí.

Asentí riendo, pero fue una risa nerviosa. ¿Qué hacía en casa de la familia de Óliver? ¿Cómo habíamos llegado a tener tanta complicidad en cuatro días? Qué estaba haciendo... Desde que había conocido a Óliver no había parado de mentirle a Álvaro. Óliver decía que su sobrina estaba enamorada de él, pero ella no sabía qué era el amor, lo que sentía solo era cariño y fascinación. Pero, ¿y yo? ¿Por qué estaba sintiendo aquel agradable cosquilleo en el estómago? Incluso me costaba respirar.

—¿Vamos? La comida ya está hecha —me dijo.

Solté todo el aire que estaba reteniendo en mis pulmones y asentí. Óliver me miró en silencio y sonrió.

—¿De qué parte de Madrid eres? —me preguntó la hermana de Óliver.

—Vivo en Alcorcón, a una media hora de Madrid.

—Por aquí viene mucha gente de Madrid, con el AVE estamos a un paso.

—Sí, te echas una siesta en el tren y ya estás aquí —dije.

—¿Has venido sola? —me preguntó su cuñado.

Miré a Óliver de reojo y respondí:

—No... He venido con unos amigos.

—Échate más —me dijo su madre—. Hay migas para tres familias. Que no te dé vergüenza, no quiero que te vayas con hambre.

—Mamá, ya se ha comido dos platos —dijo Óliver—. Además, ¿qué es eso de intentar con tanto empeño que se acaben? Me quiero llevar un táper.

—No puedo más, de verdad. Están buenísimas, pero creo que ya me he metido calorías suficientes para sobrevivir un mes —dije riendo.

—Esto lo bajas en nada, te das dos carreras por el pueblo y ya las has quemado —me dijo su madre.

—Le encanta cebarnos, nos está engordando para matarnos en Navidad —me comentó su cuñado.

Estaba disfrutando de la comida familiar. Se me había pasado el corte con el que había llegado porque la familia de Óliver me estaba tratando como si me conocieran de siempre. No me habían hecho sentir una extraña en ningún momento, les había parecido normal que Óliver me hubiera llevado a comer y el ambiente era tan hogareño que no necesitaba comportarme con extrema educación. Estaba cómoda, la familia de Óliver era como él, gente simpática y hospitalaria.

Su cuñado miró su reloj y dijo:

—Voy a hacer café. Tengo que volver al taller en media hora.

Miré a Óliver y le dije, solo moviendo los labios:

—No puedo más.

Iba a reventar, había comido tanto que estaba sudando.

—¿Salimos a la puerta para que nos dé el aire? —me preguntó.

Nos levantamos de las sillas y su sobrina levantó rápidamente la vista de su plato. Me miró

amenazante, frunciendo los labios. No le hacía ninguna gracia que me apartara de su vista con su tío.

—¡Ze lo lleva! —exclamó.

—No se lo lleva, ahora vuelve —dijo la hermana de Óliver.

La niña se puso de pie y gritó:

—¡Yo quiero ir!

El padre se le acercó por detrás, le dio en la cabeza con un paño de cocina y dijo:

—Échate un novio en la guardería, uno de tu edad, y a ser posible con el que no compartas genes.

La sobrina de Óliver se cruzó de brazos y meneó las piernas bajo la mesa furiosa.

—Cuando vuelva jugamos a matar moscas con las pistolas de agua —le dijo Óliver.

Automáticamente, su sobrina sonrió.

Salimos a la puerta y me apoyé en la pared. Hacía un calor asfixiante, no corría ni una gota de aire, pero en aquella parte de la calle había sombra.

—Qué bonito es este pueblo. ¿Eres de aquí? —le pregunté.

—Sí, me he criado en esta casa. Esa de ahí era mi habitación. —Levantó la cara y señaló una ventana de la primera planta.

La miré y me imaginé a Óliver de niño, comiendo bocadillos a la hora de la merienda y dando carreras por aquella calle.

—Gracias por traerme, me lo estoy pasando genial —dije.

Se apoyó de lado en la pared junto a mí. Tenía la goma del pelo de su sobrina en la mano y se puso a jugar con ella, mirándola en sus manos.

—¿Cuándo te vas? —me preguntó.

Con solo oír la pregunta, el ánimo me bajó. Recordé que estábamos a viernes, que Álvaro pensaba que estaba de compras con Mónica y que en aquel momento era prácticamente una prófuga.

—El domingo por la tarde —respondí.

—¿Cómo es que tienes tan pocos días de vacaciones? ¿Las habías empezado antes de venir?

—No, las acabo de empezar. Me quedan dos semanas más, pero Álvaro tiene una cita médica el lunes y dentro de dos semanas la boda de un primo. Solo podíamos venir esta semana.

Asintió y dijo:

—Ya, tus vacaciones dependen de él.

Me encogí de hombros y respondí:

—Supongo que es una cuestión de cuadrar fechas para poder coincidir.

Puse las manos entre mi espalda y la pared y miré mis pies. Me estaba poniendo triste y no quería sentirme así. Tenía que centrarme en el presente, aprovechar el tiempo que me quedaba y disfrutarlo.

Miré a Óliver, sonreí y volví a mirar mis pies. Por el rabillo del ojo, vi que me estaba mirando. Estaba concentrado en mi cara, observándome con seriedad.

Giré la cara hacia él, pero no se inmutó, continuó mirándome con una mezcla de seguridad y contención. Levantó la mano y la acercó a mi pelo. Se inclinó sobre mí lentamente, con sus ojos clavados en los míos, y lo miré inmóvil, conteniendo la respiración. Supongo que se dio cuenta de mi cara de terror porque, cuando sus labios iban a rozar mi boca, se echó de repente hacia atrás.

Respiró hondo, me enseñó su mano y dijo:

—Tenías un pétalo de geranio en el pelo.

—Ah... —dije paralizada.

Lo tiró al suelo y se metió las manos en los bolsillos del vaquero.

Habría querido que nos besáramos, pero me dio miedo. Mi corazón había dicho que sí y mi cabeza que no. No había sido capaz de tomar una decisión.

—La pared está ardiendo, ha estado dándole el sol toda la mañana —dijo.

—Sí, desprende mucho calor.

Llevaba un rato notándolo, pero el momento había sido tan intenso que no había podido despegarme de la pared.

Óliver sonrió con naturalidad y dijo:

—¿Nos tomamos el café?

Asentí con una sonrisa y entré delante de él, con su mano puesta en mi cintura. Me habría girado en ese instante para besarle. Pero fui cobarde, no me atreví.

Capítulo 17

—Dios santo, qué calor hace aquí. No sé cómo lo soportáis —dijo Álvaro.

—Esto es peor que una sauna gay —dijo Braulio.

Levanté la cara de la toalla y miré a Álvaro. Estaba de pie a mi lado junto a Braulio y llevaban un buen rato dificultándome la visibilidad, no podía ver a Óliver con ellos allí plantados. Parecían una pareja de guardias civiles, de guardias civiles que habían sido aceptados en el Cuerpo por pena. No sabía para qué narices nos habían acompañado a la playa, ni siquiera se habían quitado la ropa, los dos estaban en camiseta de manga corta y bermudas.

—Quizá si te metieras en el agua te refrescarías un poco —le dije a Álvaro—. Anda, date un largo baño... —Bajé la voz al máximo y añadí—: Y llévate a tu amigo.

Álvaro me miró con las manos cogidas detrás de la espalda.

—¿Que me meta ahí, con todas esas medusas y la gente pringosa de bronceador? No, gracias, prefiero sudar —respondió.

—El agua parece limpia, pero te puedes imaginar qué está haciendo esa mujer del gorro de flores sumergida hasta la cintura, lleva sin moverse desde hace un minuto —dijo Braulio.

Álvaro lo miró impactado.

—No me estarás diciendo que...

—Sí, amigo mío —dijo Braulio—. Podrían darle el resultado de un análisis de orina cogiendo una muestra del agua.

Álvaro le giró la cara con una mueca de asco.

—Y a saber qué tiene —musitó.

No podía más. Llevaban toda la mañana diciendo estupideces, calentándome la oreja con sus fantasías de falsos millonarios. ¿Por qué no se iban a jugar al golf? ¿O a las canicas? O, aún mejor, ¿por qué no se iban a tomar por culo?

—Haced lo que querías. ¡Pero moveos de ahí, me estáis tapando el sol! —grité.

—Qué barbaridad, cómo le gusta a tu novia montar escándalos —dijo Braulio.

Me incorporé en la toalla y murmuré:

—No lo sabes bien...

Cogí el bote de crema solar, apunté hacia él y lo apreté con fuerza con ambas manos. Le di en la cara con el chorro y Braulio reaccionó echando la cabeza y los hombros hacia atrás, como si le estuviera disparando con una ametralladora.

—¡Dios mío, me está atacando! —exclamó.

Álvaro me miró con los ojos de par en par.

—¡Estela! —me regañó.

Clavé los dientes de arriba en el labio y les grité:

—¡Fuera de aquí!

Apunté con el bote hacia él y también le di. En su caso en la boca, la crema le chorreó por la barbilla.

Tenía la respiración agitada, sentía la adrenalina hasta en los pelos del moño. Álvaro y Braulio me miraron boquiabiertos, se restregaron la crema por la cara y la sobrante se la pusieron en los brazos. Álvaro miró a Braulio, le puso la mano en el hombro y dijo:

—Vayamos al chiringuito, después de esto necesito una copa.

—Ha sido una agresión en toda regla, podría haberme dado en los ojos y haber perdido la visión —dijo Braulio.

—No sé qué le pasa. Discúlpala, creo que le ha dado demasiado el sol —dijo Álvaro.

Oí la risita de Mónica a mi lado, nos miramos y explotamos en una carcajada.

—Menos mal que se han ido, son una pesadilla —dijo. Se puso bocabajo en la toalla, se apoyó en los codos y me pidió excitada—: Cuéntame, ¿qué hicisteis ayer?

—Estuvimos comiendo en Mijas, es un pueblo precioso.

—Sí, será todo lo bonito que tú quieras, pero a mí me interesa lo otro.

—¿Qué otro?

—¿No te has acostado con él??

Giré la cara hacia la torre de vigilancia y miré a Óliver. Estaba recostado en su tumbona, con sus perfectos antebrazos descansando en los reposabrazos y las manos colgando a los lados. Tenía las rodillas separadas y la vista, detrás de sus gafas de sol, puesta en el mar. Se me entrecortó la respiración, me gustaba tanto que no lo podía soportar. Dejé de mirarle y resoplé.

—No, no me he acostado con él. Ni siquiera nos hemos besado.

Mónica me miró asombrada, frunció los labios y negó con la cabeza.

—¿Pero se puede saber qué te pasa? Tú no puedes estar bien.

Me puse en la misma posición que ella, con los codos apoyados en la toalla, y me reí.

—Sí, supongo que estoy fatal —admití.

En ese momento, mi móvil sonó sobre la toalla. Me había llegado un WhatsApp de Óliver.

«Cuál de los dos es el gilipollas? Ojo, que no lo digo yo, lo dijiste tú».

«El más alto, el del flequillo», respondí.

«Pufff... No te pega nada», me escribió.

Miré hacia Óliver y sentí unas ganas terribles de acercarme a él. Pero no controlaba bien a Álvaro desde allí, no sabía si me iba a ver.

Como si me leyera el pensamiento, Mónica dijo:

—Acércate. Y llévate el móvil por si te llamo. Yo les vigilo.

—¡Gracias! —dije contenta. Me puse de pie de un brinco, me puse las chanclas y corrí hacia la orilla. Desde allí fui en línea recta hasta la torre de vigilancia, hice una especie de u.

Me quedé al pie de las escaleras. Óliver se subió las gafas de sol, mirándome bajo la montura, sacudió la cabeza y dijo:

—No, no te pega. —Se las volvió a bajar y se recostó en la tumbona.

—¿Eres del equipo de *First dates*, o algo así? —bromeé.

—Es que cualquiera lo ve menos tú.

—Oh, gracias por el consejo, Doctor Amor.

—De nada, para eso estoy.

Miré hacia el agua y asentí riendo.

De repente, Óliver se echó hacia adelante en la tumbona y me dijo:

—¿Pero es que no lo ves? Os vais de vacaciones y no te hace ni caso. ¿Qué habría pasado si hubieras conocido a otro aquí? Habrías tenido todo el tiempo del mundo para serle infiel.

No supe exactamente por qué, pero, a pesar de que se estaba riendo, me pareció que estaba furioso. O quizá celoso... En cualquier caso, noté que se sentía frustrado, le daba rabia que no hiciera lo que él creía que era lo más lógico.

—Bueno, seamos justos, el tiempo que podía pasar conmigo me he escapado.

Óliver hizo un gesto de despreocupación con la mano.

—Está bien, no pasa nada. Olvídalo —dijo.

Miré a mi alrededor y suspiré. Me cogí un brazo detrás de la espalda y le pregunté:

—¿Qué vas a hacer hoy? —Ni siquiera supe para qué, casi prefería no saberlo, yo no iba a poder estar con él.

Óliver se echó hacia adelante para mirarme, suspiró y dijo:

—No lo sé.

No sabía qué planes tenían Pocholo y Borjamari para la mañana siguiente, quizá no podía volver a la playa para despedirme de Óliver. Pensé que quizá debía hacerlo en ese momento, pero no quería.

—Oh... Es Mónica —dije mirando mi móvil—. Álvaro vuelve del chiringuito.

Salí corriendo hacia la orilla y de allí fui en línea recta hasta la toalla, volviendo a hacer una u. Me tumbé tirándome en plancha y cerré los ojos para disimular.

—Parecía de garrafón —se acercaba Braulio diciendo.

—Creen que nos pueden engañar, que dos hombres como nosotros no tenemos un paladar bien fino —dijo Álvaro.

Volvieron a ponerse de pie junto a mí, tapándome las vistas y el sol, y casi me pongo a llorar de frustración. Estaba enfadada conmigo misma. Sentía impotencia, por un lado quería hacer lo que me diera la gana y por otro pensaba que me debía comportar. En realidad no era una situación tan sencilla, Álvaro era mi pareja desde hacía dos años, le debía fidelidad y algo de consideración.

—Nos van a echar de menos aquí cuando nos vayamos, le estábamos dando a esta ciudad mucho caché —dijo Braulio.

—Sí, la verdad es que este lugar no es lo mismo desde que lo abandonó la Jet set. El verano que viene deberíamos ir a Ibiza, allí estaremos entre los nuestros —dijo Álvaro.

No sabía si reír o llorar, estaban acabando con mi cordura. Me puse de pie en la toalla, levanté las manos sobre mi cabeza y canté:

—Pocholo y Borjamari, fíjate, se fueron a esquiar. —Comencé a dar vueltas, como si bailara una sevillana—. Se fueron a esquiaaar, Pocholo y Borjamariiii, escapando del estrés. Y dejaron a los niños, fíjate, con los papás de él.

Álvaro y Braulio me miraron anonadados, como si pensaran que me había vuelto loca.

—Les pusieron pegatinas, fíjate, de Snoopy en los esquís —continué cantando feliz—. De Snoopy en los esquíiii, les pusieron pegatinaaaas, escapando del estrés...

—¿Qué habéis bebido, cari? —le preguntó Braulio a Mónica.

—Te lo he dicho antes, Estela, no es nada bueno tanto sol —me dijo Álvaro.

—Fíjate, fíjate, fíjate, fíjate, fíjate, porfa, porfa Borja, porfa, porfa Borja que viene una curva súper peligrooosa...

—No sé cómo lo aguantas —dijo Braulio.

—Sois tan aburridos que ni siquiera conocéis este sketch de Martes y Trece. ¡Lo conoce toda España menos vosotros! —exclamé riendo.

Álvaro y Braulio se miraron aturdidos, no tenían ni idea de lo que les estaba hablando.

Miré hacia la torre de vigilancia muerta de risa y vi que Óliver me estaba grabando con su móvil, riendo también. Me tumbé en la toalla y solté unas cuantas carcajadas más con Mónica. Mientras Álvaro y Braulio continuaban haciendo el fantasma, se me ocurrió una idea...

Acerqué mi cara a la de Mónica y le susurré:

—Mónica, ¿recuerdas que justo antes de subirnos al tren me propusiste hacer una fiesta de pijamas?

Me miró risueña y dijo:

—Claro.

—Pues me apetece que la hagamos, de verdad. Pero cuando volvamos a Madrid. El caso es que... ¿Podrías hacerme un favor?

Arrugó el entrecejo y dijo intrigada:

—Sí, lo que quieras.

Le sonreí afectuosa, sintiendo un cariño real hacia ella, y exclamé:

—¡Gracias!

Capítulo 18

Mónica puso la palma de la mano hacia arriba y le dijo a Braulio:

—La tarjeta.

—¿Mi tarjeta? ¿Te parece poco lo que gastaste ayer?

—Me refiero a la llave de la habitación.

—Oh... —Braulio la sacó del bolsillo trasero de su pantalón y se la entregó.

—Y nada de llamar a la puerta de madrugada. Nosotras os hemos dejado hacer lo que habéis querido durante toda la semana sin decir ni pio —le advirtió.

Me crucé de brazos y dije, haciéndome la ofendida:

—Sí, menudas vacaciones de soltero os habéis pegado.

—¿Acaso habrías querido jugar conmigo al golf? —me preguntó Álvaro.

—No, pero puede que al tenis sí —le mentí.

—¿Desde cuándo sabes jugar al tenis...? —dijo asombrado.

Levanté un dedo y dije:

—Hay muchas cosas de mí que no sabes, a lo mejor si te interesaran un poco las conocerías. A gusto de los cocineros comen los frailes, donde menos se piensa salta la liebre y cada maestrillo tiene su librito.

No tenía ni idea de lo que estaba diciendo, solo quería confundir a Álvaro. Estaba nerviosa, era la fuga más arriesgada que iba a llevar a cabo hasta la fecha. Solo había dos puertas entre la habitación de Mónica y Braulio y la nuestra, y me daba un poco de miedo que quisiera algo de mí y no me encontrara.

—Fiesta de pijamas. Estas cosas de mujeres son tan absurdas... —dijo Braulio.

—Tienes toda la razón, amigo. Nosotros les haremos la competencia viendo un buen partido de fútbol —dijo Álvaro.

—No hay comparación —dijo Braulio—. Ver una película en la que ya sabes que el protagonista va a morir me parece de lo más bobo. ¿Qué clase de diversión es esa? ¿Por qué a las mujeres les gusta tanto llorar?

—Y comer. ¿Has visto la bolsa de dulces que llevan? Después se quejan de que suben de peso —dijo Álvaro.

—Y no se lo señales a ninguna, compañero, que encima se enfadan.

Echaron a andar hacia mi habitación y Mónica les gritó:

—A ver qué hacéis, ¿eh? ¡Nada de tocaros la cosita uno al otro!

Nos miramos aguantándonos la risa y entramos rápidamente en la habitación.

—No las tengo todas conmigo. ¿Y si les da por venir dentro de un rato, aunque solo sea para cotillear? —le pregunté.

—Tranquila, no les pienso abrir. Por esa puerta no pasa nadie, desde este momento esta habitación es un búnker.

Asentí, me senté en la cama y me mordí las uñas. Ya era casi la hora, había quedado con Óliver a las doce detrás del hotel y mi siguiente movimiento era uno de los más peligrosos que tenía que hacer. Debía salir de la habitación con sigilo y dar media vuelta a la manzana sin ser vista. Pero el riesgo merecía la pena, nada iba a impedir que viera a Óliver por última vez.

Vi a Mónica de pie a mi lado y me sobresalté, estaba tan tensa que cualquier cosa me asustaba.

Extendió el brazo hacia mí y dijo:

—Toma, dale un buen trago a esto. Verás qué rápido se te pasan los nervios.

Era una botellita de whisky del mueble bar. La cogí de su mano riendo, desenrosqué el tapón y me la bebí de un trago, sin pestañear.

Capítulo 19

—Pocholo y Borjamari, fíjate...

—Se fueron a esquiar —rematé.

Óliver y yo explotamos en una carcajada. Habíamos visto mi vídeo de la playa en su móvil tres veces seguidas y todavía nos seguía haciendo gracia. No pudo captar el sonido debido a la distancia, pero sí las caras de Álvaro y Braulio, mirándose confundidos. Entre la mini botella de whisky que me había bebido en el hotel y las dos caipirinhas que llevaba en aquel disco bar, cualquier cosa me parecía tronchante.

Óliver dejó el móvil junto a su cerveza y apoyó el brazo en la barra. Tenía el mío apoyado justo al lado y al hacerlo me rozó. Sentí que un agradable escalofrío me recorría todo el cuerpo. Tener contacto físico con él ponía al límite mi resistencia, me hacía desear caer en la tentación.

—Pensaba que no nos volveríamos a ver.

—Yo tampoco —dije.

—Y no te habías despedido de mí.

—No... Lo sé. —Me rasqué entre los omoplatos, con la vista puesta en mi caipirinha.

Había preferido quedar como una antipática que despedirme de él. No quería decirle adiós, no sabía con qué palabras hacerlo. Era probable que una vez que cogiera el tren de vuelta a Madrid no volviéramos a vernos jamás y, aunque era de esperar que lo superara en unos días, no podía evitar sentirme triste. Mis vacaciones habían sido geniales gracias a Óliver, le había dado un giro maravilloso a mi situación.

—Eso ha estado feo. ¿En Madrid no se dan besos de despedida? —me reprochó sonriendo.

«Qué mala educación. ¿Es que en el sur no se dan besos de despedida...?».

Lo miré sobresaltada.

—Qué —me preguntó.

—Nada... Creo que esto ya lo he vivido.

—¿Sí? ¿Y qué es lo que pasa después?

Volví a poner la vista en mi caipirinha, intentando hacer memoria.

Óliver estaba mirándome desde la puerta de aquel bar del casco antiguo... Me quedé parada en medio de la calle y me imaginé que se acercaba a mí y me besaba hasta dejarme sin respiración. Qué tonta, me dio la risa al recordarlo. Solo habían pasado unos días de eso, pero me parecía una eternidad.

Sonreí y dije:

—No lo sé, solo me suena la frase.

Me puse a jugar con unos pelos de la nuca que no me llegaban al moño ligeramente despeinado que me había hecho. Llevaba un vestido corto de tirantes metalizado color champán, con la espalda descubierta hasta la mitad, y Óliver me la estaba mirando en silencio. Levantó la mano y deslizó la yema del dedo desde mi nuca hasta el comienzo del vestido. Estuve a punto de derretirme en el taburete, tuve que mirar hacia la estantería de la barra para que no viera la cara de boba que estaba poniendo.

—Tienes la columna vertebral muy recta. ¿Estás segura de que no haces natación?

Lo miré sonriendo y negué con la cabeza de manera efusiva.

Óliver se rio y me preguntó:

—¿Quieres otra copa?

—No estoy segura... Creo que necesito que me dé el aire, hace demasiado calor.

—¿Quieres dar un paseo?

—Sí.

Dejamos el ruido del disco bar atrás y paseamos sin rumbo. Los dos mirábamos al frente sin hablar, pero era un silencio agradable, sentía a Óliver conectado a mí.

—No quería despedirme de ti, me daba pena —le confesé.

—¿Por qué? ¿No te alegras de que nos hayamos conocido?

—No sabes cuánto, eres lo más maravilloso que me ha pasado esta semana.

—Vaya, maravilloso... —dijo, sonriendo halagado.

Era lo más maravilloso que me había pasado en años, pero no se lo podía decir.

—Sí, no me había comido unas migas tan buenas en toda mi vida —dije.

—Ni habías visto la luna iluminando el mar.

—Eso tampoco, en Madrid no hay playa —contesté.

—Ni te habías comido una patata rellena viendo una puesta de sol.

—No estaba entera, me robaste una aceituna —le recordé.

—Eras una presa demasiado fácil, cualquier ladrón de aceitunas lo habría hecho en mi lugar.

Nos miramos riendo y volvimos a mirar al frente.

Todavía no me había marchado y ya estaba melancólica, recordar aquellos momentos con él hacía que deseara que creáramos más instantes a los que pudiera acudir. Tenía que volver a centrarme en el presente, solo nos quedaban unas horas juntos y las quería disfrutar.

Lo miré de reojo, me fijé en su mezcla de masculino y angelical perfil y suspiré.

—¿Quieres darte un baño? —me preguntó.

—¿Un baño?

—Sí, antes has dicho que tenías calor.

—¿Quieres ir a la playa?

Negó con la cabeza y dijo travieso:

—No... Esto está lleno de piscinas.

Miré a mi alrededor con el ceño fruncido. ¿A qué piscinas se refería...?

—¿¿Quieres que saltemos un muro?? —exclamé.

—Son piscinas comunitarias, no es como si fuéramos a asaltar un chalé. No pasa nada, yo solía hacerlo todos los sábados por la noche cuando volvía de fiesta. —Ladeó la cabeza y añadió —: Mira, otra cosa que vas a hacer por primera vez.

—¿Y si nos pillan? —Me daba algo de miedo, pero en realidad quería hacerlo, estaba sonriendo excitada.

—Entonces salimos corriendo. No finjas que estás asustada, acabas de fugarte de algo parecido a la prisión de Alcatraz.

—No es lo mismo. Tengo una coartada, y Mónica me está encubriendo.

Automáticamente, saqué mi móvil del bolso. Parecía que todo estaba en orden, Mónica no había intentado ponerse en contacto conmigo.

—Cuál estará más oscura... —murmuré.

Estábamos en una calle en la que había varios edificios con jardín comunitario, rodeados de vallas cubiertas de plantas. Óliver apartó un poco las hojas del que teníamos junto a nosotros y miró hacia el interior. Parece ser que reunía todas las condiciones necesarias para bañarnos de extranjería, porque agarró mi mano y dijo:

—Sube, yo te sujeto. Intenta no hacer ruido al caer al otro lado.

No sabía si quitarme los zapatos de tacón o dejármelos puestos para trepar, podía ser que me descalabrara al aterrizar. Di unos pasitos hacia adelante y hacia atrás, sin poderme decidir.

—¿Quieres subir ya? Si algún vecino nos ve merodeando va a llamar a la policía.

—¿A la policía? —dije asustada.

No me contestó, me agarró por la cintura desde atrás y me subió a la valla.

Me agarré y tanteé los huecos de la valla con la punta de los zapatos. Me estaba arañando las piernas con las hojas y me quedé con el culo hacia abajo, colgando de las manos y las puntas de los pies. Parecía un mono saludando a los visitantes del zoo, comprendí que colarme en jardines comunitarios no era lo mío.

Noté fresquito por ahí abajo, pero no podía soltar las manos. Arrugué la cara y le pregunté a Óliver, que estaba debajo de mí sujetándome por la cintura:

—¿Se me están viendo las bragas?

—¿Son blancas con florecitas de color amarillo?

—Sí... —respondí.

—Pues entonces no.

Miré hacia abajo y al verle riendo no pude evitar echarme a reír.

—Te las voy a ver igualmente. ¿Es que piensas bañarte con el vestido?

Qué tonta... Tenía razón, no había caído en eso.

Me dio un empujón hacia arriba y conseguí pasar una pierna sobre la valla. Metí la punta del zapato en un hueco a ese lado y el resto fue sencillo: solo tuve que quitarme los zapatos, lanzarlos al césped y aterrizar de un salto. Óliver saltó con extrema facilidad, era evidente que estaba mucho más en forma que yo.

Nos dirigimos con sigilo a la piscina. Las luces estaban apagadas y al acercarme vi un cartel que prohibía bañarse después de las diez. Pero esa norma no tenía demasiado sentido para nosotros, ni siquiera debíamos estar allí.

Óliver miró hacia el edificio, poniendo atención en los balcones y las ventanas. Todos los pisos estaban a oscuras. La gente estaba durmiendo, eran cerca de las tres de la madrugada.

—Chist. No hagas ruido —me advirtió. Se quitó la camiseta, se sacó sus zapatillas con cordones ayudándose con las puntas de los pies y se desabrochó el vaquero.

No pude apartar la vista de él hasta que giró la cara hacia mí, solo me faltó babear.

Se rio y dijo:

—¿A qué esperas?

Madre mía, iba a ir al infierno... Y ni siquiera ahí me iban a dejar entrar.

Óliver bajó por las escalerillas y se metió en el agua con cuidado. De repente, sumergió la cabeza y buceó hasta la otra punta de la piscina. Me hizo un gesto con la mano hacia él. Me quité el vestido, me agarré los brazos y sonreí. Óliver llevaba puestos unos bóxers y yo me quedé en bragas y sujetador, uno sin tirantes.

Se acercó a mí nadando. Se movía con tanta facilidad en el agua que parecía que perteneciera a ella, era Aquaman.

—Como sigas ahí de pie, al final alguien nos va a ver —susurró. Estiró el brazo y me ofreció su mano para ayudarme a bajar por las escalerillas.

Entré en el agua y Óliver me agarró por la cintura. Nos miramos con una juguetona sonrisa y, sin esperármelo, tiró de mí hacia abajo. Me sumergió entera en el agua. Saqué la cabeza desesperada por coger aire, con la boca abierta y unos mechones de pelo pegados a los ojos. Me los aparté asombrada, me había entrado agua por la nariz y tosí.

—¡Gilipollas! —le solté.

Óliver se echó a reír.

—El gilipollas no soy yo, es tu novio.

Me reí alucinada. Óliver se alejó de mí, metí la cabeza bajo el agua y bucéé hasta él.

Cuando saqué la cabeza a la superficie, puso las manos frente a su pecho para defenderse de un posible ataque. Y era lo que pensaba hacer, atacarle. Pero la fuerza del agua al subir hizo que el sujetador se me bajara. Se me salieron las tetas. Las dos. Me las tapé rápidamente, mirando a Óliver boquiabierta.

—Yo no he hecho nada, has sido tú. —Se echó a reír con la boca cerrada.

Me subí el sujetador, pero me quedé mirando el agua pensativa, con la cabeza ladeada. Sonreí con seguridad y me lo desabroché. Lo lancé fuera de la piscina y recorrí la distancia que me separaba de Óliver.

Pasé las manos por su espalda y levanté la vista lentamente a sus ojos. Óliver me estrechó entre sus brazos y me miró en silencio. Bajó su cara a la mía y se quedó con los labios entreabiertos, rozando los míos por más tiempo del necesario. Fue un momento tan excitante que casi exploto de deseo. Estaba flotando, y no solo en sentido figurado, pero él todavía hacía un poco de pie.

—Como no me beses ya te tiro del pelo.

Negó con la cabeza, con su boca rozando la mía. Sonrió sugerente y dijo:

—No... Perdiste tu oportunidad.

Abrí los ojos de par en par y Óliver se echó a reír, abrazándome con más firmeza para evitar que escapara. Me subió a su cintura y caminó hasta el borde de la piscina mientras nos besábamos. Me lo habría comido, pero no quería perderme lo que sabía que iba a ser un gran revolcón. Enterró la cara en mi pecho y me bajó las bragas que tanto corte me había dado enseñarle, pero no me dio ninguna vergüenza todo lo que vino después. El granito del bordillo de la piscina me arañó un poco la espalda, pero tener el perfecto cuerpo de Óliver solo para mí hizo que no me importara.

—No te vayas todavía, te quedan dos semanas de vacaciones.

Estábamos tumbados en el césped bajo un árbol, yo tenía la cara apoyada en su pecho y una pierna sobre su cintura. Mi vestido nos tapaba las caderas.

Le sonreí con tristeza.

—No puedo quedarme —dije.

—¿Por qué? Puedes hacer lo que quieras.

—No, eso no es verdad.

—Claro que es verdad, solo te parece que no lo es.

Preferí callarme porque sabía que, desde fuera, hacer lo que me proponía era mucho más sencillo que desde dentro. Quien tenía pareja y que dar incómodas explicaciones era yo.

—Te voy a echar una mano. Mañana me plantaré bajo la ventana de tu habitación del hotel y gritaré «Estela» con todas mis fuerzas, como Stanley Kowalski en *Un tranvía llamado deseo*. No te va a quedar más remedio que bajar.

Levanté la cara de repente y lo miré.

—No se te ocurrirá...

Óliver se echó a reír. Le di un pellizco y él se ladeó de sopetón.

—A qué viene esa agresividad, solo quería ayudar —dijo divertido.

—Si de verdad quieres ayudarme, tú solo bésame.

Tampoco me importó lo más mínimo que unas hormigas me recorrieran el culo mientras nos

comíamos a besos.

Capítulo 20

—Ten cuidado, procura no hacer ruido.

—No, lo tendré.

Comprobé mi móvil y lo metí en el bolso, todo había salido según lo planeado. Mónica no me había llamado en ningún momento, nadie se había enterado de que no estaba en el hotel.

Subí un hombro y dije:

—No me digas adiós.

—¿Por qué? Si no quieres oírlo, quédate.

Negué con la cabeza y respondí:

—No puedo quedarme.

Óliver suspiró y puso la vista en el cuentakilómetros de la moto. Estábamos detrás del hotel, donde me había recogido unas horas atrás. Se rascó la cabeza, me miró y dijo:

—Bueno, pues ha sido un placer. Me alegro de haberte conocido.

Asentí y nos quedamos en silencio.

Bajó de la moto, abrimos los brazos sonriendo y nos abrazamos. Nos sostuvimos en un pie y después en el otro, haciendo una especie de baile. Nos besamos por última vez y dije:

—Escríbeme un WhatsApp de vez en cuando, yo lo haré.

Asintió, se subió a la moto y cuando la tuvo arrancada me guiñó el ojo. No pude moverme del sitio hasta que dobló la esquina y desapareció de mi vista, necesitaba verle hasta el último segundo.

Corrí hasta la entrada del hotel y cogí el ascensor. Antes de salir me tomé unos segundos para respirar con tranquilidad y secarme una lágrima que se me había escapado. Pasé la tarjeta por la cerradura de la puerta y cerré con sigilo. La luz estaba apagada y parecía que Mónica estaba dormida pero, en cuanto me detectó junto a la cama, encendió la lámpara de la mesilla de noche y se incorporó.

—Cuéntame. ¡Cuéntame! —me pidió excitada—. Me miró recelosa y añadió—: Tú has hecho arroz...

A pesar de mi pésimo estado de ánimo, me eché a reír. Quién me lo iba a decir, menos mal que tenía a Mónica. En realidad, de no haber sido por ella, no podría haber quedado con Óliver tantas veces como lo había hecho.

Me tiré de espaldas en la cama, suspiré y dije:

—Ha sido de película.

Mónica me dio unos meneos en el brazo emocionada.

—¿Ves, tonta? ¿A que no ha sido tan difícil? Seguro que has repetido —dijo.

La miré contenta y asentí.

—¿Cómo la tiene?

—¡Mónica! —dijo divertida.

—Bueno, mañana me lo cuentas. Pero... No sé. Creo que no hace falta, esa sonrisa es de que te ha dejado bien servida.

Cogí mi almohada y le di con ella en la cabeza. Mónica cogió la suya y una guerra se desató. Estuvimos un rato peleando entre risas, persiguiéndonos con las almohadas por la habitación. En realidad no le había mentado a Álvaro, aquello era una verdadera fiesta de pijamas.

Capítulo 21

—Venga, despeja esto rapidito. Tengo que hacer la maleta —le dije a Braulio.

Levantó el labio y dijo:

—Qué poca educación. No sabes las ganas que tengo de perderte de vista.

—¿Que tú tienes ganas? Pues ni te imaginas las que tengo yo.

Se puso las manos en las caderas y dijo:

—Antes de irme necesito entrar en el lavabo.

Apunté con el dedo hacia la puerta y le solté:

—A cagar a tu habitación.

No iba a volver a hacer el menor esfuerzo para ser educada con él. ¿Qué más me daba ya? Por fin nuestros caminos se separaban. Si el final de las vacaciones tenía algo positivo, sin duda era eso.

—No sé si me dará tiempo de llegar.

—Pues te cagas en los pantalones —repliqué.

Suspiró con los labios fruncidos y se fue.

Puse la maleta sobre la cama, abrí el armario y saqué mi ropa. Todavía no había visto a Álvaro, estaba afeitándose, y me inquietaba un poco ese momento. No sabía si podría comportarme con naturalidad, si me notaría algo extraño.

—¿Qué tal anoche?! —me gritó desde el cuarto de baño.

—¡Bien! ¡Muy bien!

—¿Te lo dije o no?! ¡Sabía que Mónica y tú teníais muchas cosas en común!

—Ya... —murmuré.

Álvaro no tenía ni idea de lo acertado que había estado cuando me hizo ese comentario, ni siquiera yo me lo podía imaginar.

Cogí el vestido que llevaba la noche anterior, cerré los ojos y lo olí. No olía a Óliver, pero tenía una hoja de césped enganchada en la parte de atrás. La cogí, la miré entre mis dedos con una sonrisa nostálgica y la metí en el bolsillo de la maleta. Ni siquiera tenía una foto de él, era el único recuerdo suyo que me llevaba.

Álvaro salió del cuarto de baño a medio afeitarse, se asomó a la habitación y dijo:

—Ponte guapa, nos vamos a comer los dos solos.

Forcé una sonrisa.

—¿Por qué? —le pregunté.

—¿Que por qué? Porque no hemos hecho nada a solas ni una sola vez durante las vacaciones. Nos da tiempo, el tren no sale hasta las siete —dijo sonriente—. Es una pena que tengamos que dejar ya la habitación, aunque uno rapidito... —insinuó.

Lo miré horrorizada.

—¿Qué? ¿En la misma cama en la que ha dormido Braulio? No, ni hablar. Hace un momento se estaba cagando.

Álvaro me miró asombrado.

—¿Y eso qué tiene que ver...?

—Que no. Que no me meto yo en las sábanas de nadie.

Álvaro negó con la cabeza reprobando mi actitud y volvió al cuarto de baño.

Suspiré aliviada. En aquel momento no habría podido acostarme con él, no soportaba la idea. Solo quería hacer la maleta y pisar mi casa, ahorrándome la comida con Álvaro y el viaje en el tren. Necesitaba estirarme en mi sofá, ponerme una película romántica y compadecerme de mí misma. Suponía que con los días se me pasaría el malestar, lo de Óliver todavía era demasiado reciente.

Me senté en la cama y comencé a doblar mi ropa. Oía a gente charlando, saliendo del hotel con la perspectiva de pasárselo de muerte. Seguramente se dirigían a la playa, el sitio donde me habría gustado estar a mí. Óliver debía estar trabajando en ese momento, vigilando el agua desde su torre. Era posible que antes de que acabara el verano otra turista tuviera un percance bañándose y Óliver acabara invitándola a tomar una copa. Quizá a todas les decía lo mismo, en qué bar podían encontrarle. Sí, como me había imaginado días atrás, seguro que se hartaba de pescado...

Me levanté de la cama y miré el mar a través del cristal de la ventana. Sabía que tenía que ser más práctica, lo mío con Óliver solo había sido un rollo de verano. Le había puesto los cuernos a Álvaro con él, eso era verdad, pero la infidelidad no era algo que hubiera inventado yo. Y a saber si Álvaro no me los había puesto también, Mónica tenía toda la razón. Quizá solo me estaba justificando, pero ese argumento me parecía súper válido.

Me crucé de brazos y me giré hacia el cuarto de baño. Álvaro había empezado a ducharse hacía un momento, había oído la mampara cerrándose y el agua cayendo en la ducha. Volví a mirar el mar, y entonces lo oí.

—¡Estela! ¡Es-te-laaaaaa!

Di un brinco hacia atrás. Me giré de nuevo hacia el cuarto de baño, en esa ocasión asustada. ¿Era Óliver? ¿¿Estaba gritando «Estela» bajo mi ventana??

Pegué la cara al cristal y lo vi. La noche anterior no estaba de broma. ¡Estaba gritando mi nombre desde abajo!

Levanté las manos a los lados de mi cara y las volví a bajar. No sabía qué hacer. Di unas cuantas vueltas, volví a pegar la nariz al cristal de la ventana y Óliver gritó de nuevo:

—¡Estela! ¡¡¡Es-te-laaaaaaa!!!

Tenía las manos en la cabeza, como Marlon Brando en esa escena de la película. Estaba sonriendo, pero el recepcionista del hotel salió a la entrada y Óliver se puso serio. Bajó las manos a sus caderas y lo miró expectante. El recepcionista estaba llamándole la atención.

Oí que se abría la puerta del cuarto de baño y miré a Álvaro. Tenía el ceño fruncido. Temí que había oído a Óliver gritando mi nombre, y así fue.

—¿Han gritado «Estela»? —me preguntó.

Estaba paralizada, no sabía qué contestar. Me mordí el labio, recé para que Óliver no volviera a gritar y dije:

—No, han dicho «me la pela». Hay dos tíos discutiendo.

—¿Hay pelea abajo?

—Sí, pero ya se han ido. El recepcionista los ha echado de la puerta.

—Ah... —dijo Álvaro.

No se movió del pasillo. Tenía una toalla alrededor de las caderas y con otra se estaba secando el pelo. Seguía con el ceño fruncido.

—Date prisa, yo también tengo que ducharme —dije.

No parecía demasiado convencido, temí que no se había creído mi cuento sobre dos tíos peleándose. Pero no fue así, solo me lo pareció porque yo sabía cosas que él no sabía, realmente se había quedado alelado frotándose el pelo con la toalla.

En cuanto cerró la puerta del cuarto de baño, resoplé. Me acerqué rápidamente a la ventana y miré a Óliver. El recepcionista se había dado la vuelta y volvía a entrar en el hotel. Óliver miró hacia arriba, bajó la cara unos segundos y se fue. Fui en busca de mi móvil, abrí WhatsApp y le escribí:

«Lo siento».

Casi se me escapa una lágrima. Pero Álvaro estaba a punto de salir del cuarto de baño y no pude permitirme soltarla.

Capítulo 22

—Me lo he pasado bien, vuelvo a casa satisfecho. El golf, los restaurantes, las copas en las terrazas... Ha estado genial, ¿verdad?

Cogí mi copa de vino y le di un trago.

—Estela, te estoy hablando —dijo Álvaro.

Lo miré como si acabara de descubrir que estaba sentado frente a mí.

—¿Qué? —le pregunté.

—Que las vacaciones han estado de diez.

Asentí con la cabeza y dije:

—Sí, claro.

Me miró receloso, pinchó un calamar con el tenedor y me preguntó:

—¿Te pasa algo?

—¿A mí? No, qué va.

Me tragué la gamba que tenía en la boca, empujé mi plato para hacer sitio en la mesa y apoyé en ella los brazos.

—¿No vas a comer más? —me preguntó.

—No tengo hambre, he desayunado demasiado.

Álvaro me apartó la mirada, parecía ofendido.

—Planeo esta comida con toda mi ilusión y ni siquiera comes. Se suponía que era un momento romántico, solo para nosotros, y en lugar de sentirte halagada parece que te moleste.

No podía quitarle la razón. Aquella comida me hacía la misma ilusión que clavarme palillos de dientes bajo las uñas de los pies, y se me notaba demasiado.

—Has tenido tiempo para hacer esto, hemos estado aquí una semana. Pero has preferido darle a una pelota con un palito con tu amigo del alma —dije.

—Braulio es como mi hermano, es como si lleváramos la misma sangre. Podrías ser un poco más agradable con él, aunque solo fuera por mí.

—Desde luego que es como tu hermano, parecéis gemelos. Me atrevería a decir que incluso tenéis la misma cantidad de neuronas.

—Últimamente me estás faltando mucho al respeto, Estela, espero que no se convierta en una costumbre.

—Tú eres el que me falta al respeto. Siempre te pones de parte de tu amigo, ves cómo me habla y a quien pides que se comporte es a mí.

—Si te habla así es porque eres muy desagradable con él —me acusó.

—¿Desagradable? Desagradable es haberos tenido que aguantar haciendo el gilipollas toda la semana. No tienes la menor idea del ridículo que hacéis —le solté.

Álvaro se levantó de la silla, dejó la servilleta sobre la mesa de mala manera y dijo:

—Estupendo. Veo que esta comida ha sido mala idea. Pide la cuenta mientras voy al excusado, cuando vuelva nos podemos ir.

¿Al «excusado»? Madre mía... Esperaba que esas tonterías se le pasaran cuando volviera al trabajo. Había llegado a Marbella creyéndose un magnate del petróleo y volvía a Madrid convertido en Lord Chamberlain.

Me recosté en la silla y resoplé agobiada, retomar mi vida en Madrid se me iba a hacer mucho

más difícil de lo que creía. Todavía no había vuelto y ya tenía un claro estrés postvacacional.

Capítulo 23

—No te preocupes, es normal que te sientas así. Suele pasar siempre la primera vez.

Álvaro y Braulio habían ido juntos al bar del tren y tenía a Mónica sentada detrás. Estaba asomada por encima del asiento de Braulio, dándome sus sabios consejos de novia infiel.

—No sé qué decirte, no tengo claro que esto sea normal —dije.

—Claro que lo es. El primer chico es la novedad, te parece que es mil veces mejor que lo que tienes. Pero es solo porque es una aventura, algo muy breve. Si durara más tiempo descubrirías que en el fondo todos son iguales.

¿Álvaro era igual que Óliver? Se parecían como el jamón serrano a la mortadela. O como un palito de cangrejo a un bogavante. Pero, de todas formas, no había necesidad de compararlos. Óliver tenía su vida en Málaga y yo en Madrid. Solo habíamos tenido un rollo de verano, necesitaba poner los pies en la tierra.

Miré el paisaje a través de la ventana y dije:

—Mónica... ¿Por qué estás con Braulio? No parece que te caiga demasiado bien, y no te importa serle infiel. ¿No serías más feliz sin él?

Miró al frente pensativa. Sacó los labios, ladeó la cabeza y respondió:

—No. Soy más feliz con él, mi tarjeta de crédito está vinculada a su cuenta.

La miré asombrada, pero Mónica se aguantó la risa y me eché a reír. Menuda lagarta... Justo lo que Braulio se merecía, eso sí. Asentí y levanté el pulgar.

Álvaro y Braulio se acercaban charlando por el pasillo. Mónica se sentó en su asiento y pareció que allí no había pasado nada.

—Al menos podrías haberme preguntado si quería algo del bar —le dije a Álvaro.

No me contestó. Se acomodó en su asiento, sacó su móvil del bolsillo y se metió en Instagram.

Había subido un montón de fotos de las vacaciones. Él y Braulio a punto de darle con el palo a una pelota de golf. Él y Braulio posando frente a un yate en Puerto Banús. Braulio sonriendo orgulloso con una lubina en su plato. Álvaro de perfil, con la vista puesta en el horizonte y el pecho inflado. Álvaro con la nariz metida en una copa de vino, olfateándolo con arrogancia. Braulio haciendo como si se atara los cordones, mirando a la cámara con el pie subido a la rueda de un Porsche. Álvaro poniendo morritos con la cabeza ladeada... Me dieron ganas de vomitar, mi tolerancia hacia él había quedado bajo mínimos en siete días.

Volví a mirar el paisaje a través de la ventana. Llevábamos medio camino recorrido, en poco más de una hora estaría en casa. Tenía muchas cosas en las que pensar, no me parecía normal cómo me sentía respecto a Álvaro. No, no lo era... De repente, comprendí que Óliver no tenía nada que ver.

Por el motivo que fuera, ya no estaba enamorada de Álvaro, ni siquiera me habría fijado en Óliver de haberlo estado. Como mucho le habría echado una miradita, los ojos están para algo, pero jamás se me habría ocurrido acercarme a él.

Yo no quería ser Mónica, no había nada que compensara que estuviera con alguien a quien no quería. Ahora que había dejado atrás lo que creía que me había confundido, lo veía completamente claro. Miré a Álvaro, respiré hondo y abrí la boca para comunicárselo, pero él se giró de repente hacia mí y dijo:

—Estela, a lo mejor no es el mejor lugar para esto, pero no puedo aguantármelo.

Mierda. Iba a ponéme lo más difícil de lo que ya era, iba a pedirme que me casara con él...

—Hasta aquí ha llegado lo nuestro. Te deajo.

¿¿Qué??

Lo miré alucinada, estuve sin pestañear no sé cuánto tiempo. ¿Que Álvaro me dejaba? ¿¿Él??
Me cagué en San Petersburgo. ¡Quería hacerlo yo!

Fruncí los labios y dije furiosa:

—De eso nada, te deajo yo.

—No puedes hacerlo, te acabo de dejar.

—¡Pues lo retiras! —le exigí.

—Un momento... —Ladeó la cabeza y me preguntó—: ¿Querías dejarme?

—Sí. ¡Sí! Quería dejarte. ¡No te aguanto más!

Braulio se asomó por encima del asiento de Álvaro, le tocó el hombro y dijo:

—Has hecho muy bien, amigo.

—¡Tú te callas! —Iba a llamarle cornudo, pero no quería descubrir a Mónica y en su lugar dije—: ¡Amancio Ortega de garrafón!

No me lo podía creer, Álvaro me acababa de dejar... ¡Álvaro! ¡Con lo que me había costado aguantarle durante las vacaciones! No me lo merecía, merecía dejarle yo para quedarme bien a gusto.

—Te ha convencido este pardillo para que lo hagas, ¿verdad? Pues bien, ya tiene lo que quería, que seáis muy felices los dos.

—Seguro que será mucho más feliz sin ti —dijo Braulio desde atrás.

No le hice caso, miré a Álvaro con malicia y le solté:

—Me lo podrías haber dicho hace unos días, la verdad. Me habrías hecho un favor... Me ha costado horrores ponerte los cuernos.

Álvaro me miró impactado. Vale, sí, quizá mi vengativa confesión no procedía. Pero me apetecía fastidiarle, nadie sabía cuánto. Me dio una rabia terrible haberme perdido tanto durante las vacaciones por su culpa, haber sido tan considerada con él hasta la noche anterior.

—Con quién —me exigí responder.

Sonreí burlona y respondí:

—A ti te lo voy a decir. Tú y yo ya no somos nada.

Me levanté y salí al pasillo. Cogí mi maleta del estante de encima de los asientos y levanté la mano despidiéndome de Mónica. Ella se encogió de hombros, asintió y sonrió. Le di las gracias mentalmente por haberme convencido de ponerle los cuernos a Álvaro, pero pensaba hacerlo en persona algún día en Madrid. Me habría sentado mucho peor que Álvaro me dejara sabiendo que había desaprovechado la oportunidad de habérmelo pasado tan bien.

Me pasé el resto del viaje en el bar frente a un café. Después del shock inicial por haber sido dejada, comencé a sentirme genial. Era algo que tenía que haber ocurrido bastante tiempo atrás. Álvaro y yo no teníamos nada en común, me di cuenta de que la costumbre y el cariño que se crea con el roce habían hecho que me amoldara a decenas de cosas que no iban conmigo. Yo no era perfecta, pero Álvaro lo era mucho menos, de eso estaba segura. Sentía ganas de hacer cosas nuevas, de recuperar aquellos dos años «perdidos» de mi vida. De repente, tuve ganas de llegar a Madrid para estrenar mi nueva soltería.

Sí, era libre... ¡Yuju!

Epílogo

Tenemos la manía de adelantarnos a los acontecimientos, sufrimos por cosas que todavía no han pasado y que no sabemos cómo van a ser. Normalmente nunca son tan terribles como imaginamos, cuando llega el momento de vivirlas otros factores que no dependen de nosotros entran en juego y hacen que todo fluya de la mejor manera. Y eso es lo que me pasó a mí. Días atrás temía que mi vuelta a casa iba a ser un suplicio, que no lo iba a poder soportar. Pero no esperaba que Álvaro me fuera a dejar, que iba a disfrutar de un cambio tan positivo en mi vida. En cuanto deshice la maleta llamé a amigas que había dejado algo de lado mientras estaba con Álvaro y salí de copas con ellas alguna noche. Fui a un concierto, aproveché las rebajas de verano para comprarme ropa e incluso quedé un día con Mónica para comer. Me sentía genial, renovada y feliz. Tenía planes para octubre, quería hacer ejercicio para hacerle la competencia a Elsa Pataky. Estaba segura de que esa creída me iba a envidiar. Sí, mi vuelta a casa había sido mucho mejor de lo que preveía. No me compadecí de mí misma, no tuve estrés postvacacional ni derramé una sola lágrima por lo que había dejado atrás. El pasado era eso, solo pasado, y me quedaban muchos momentos estupendos por vivir. Aunque quizá no me había puesto triste porque todavía me quedaban días de vacaciones y desde que llegué a Madrid sabía lo que iba a hacer. Seis días después de haber vuelto a casa, estaba de nuevo en Marbella...

Ni siquiera pasé antes por el hotel para dejar la maleta, fui directa a la playa y la arrastré por la arena haciendo un esfuerzo sobrehumano. No porque pesara demasiado, llevaba lo justo para pasar unos días, pero las ruedas se me encallaban en la arena. Me puse de frente al asa y tiré de la maleta de espaldas hasta llegar a la torre de vigilancia, llegué empapada de sudor. La aparqué a un lado, sacudí las manos junto a mis caderas y miré hacia arriba. Me lo había parecido desde lejos, pero descubrí que Óliver no estaba. Me puse las manos en la cintura y miré a mi alrededor. No lo veía por ningún lado. No le había dicho que volvía porque recordé que yo misma me había descubierto, que la mañana que Óliver había gritado mi nombre bajo la ventana de mi habitación del hotel le había escrito un WhatsApp disculpándome. Sabía que le había oído y que le había ignorado. Así que quise pillarle por sorpresa, hablar con él en persona. Pensé que por teléfono era más fácil que me mandara al carajo en caso de que fuera eso lo que le apetecía.

Estuve esperando al pie de la torre un cuarto de hora, pero me estaba abrasando con el sol. Me acerqué a un hombre con gafas de sol que había sentado en una toalla cerca de allí y le pregunté:

—Perdone, ¿ha visto al socorrista?

Se encogió de hombros y dijo:

—No.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí?

—Toda la mañana —respondió.

Mierda... La semana anterior Óliver había librado el viernes. Estábamos a sábado, pero era posible que no librara el mismo día todas las semanas. Había ido justo el día que Óliver no trabajaba.

Agarré el asa de la maleta y volví a hacer el tortuoso recorrido de espaldas hasta donde acababa la arena. Me sequé el sudor de la frente y me puse a pensar. Pocos minutos después, decidí que iba a ir al bar del casco antiguo en el que lo encontré las otras veces. De todas formas,

si no estaba allí, el camarero podía darme pistas de dónde vivía. Sabía que Óliver iba justamente a ese bar porque estaba cerca de su casa y la noche que estuve allí con él me pareció evidente que Óliver y el camarero eran amigos.

Cogí un taxi y me planté en el bar. Miré hacia dentro desde la calle, subí la maleta al escalón y la dejé junto a la máquina expendedora de tabaco. No vi a Óliver por allí, así que me acerqué a la barra.

—Hola. Estoy buscando a Óliver. Le conoces, ¿verdad?

—¿Óliver? Sí. ¿Por qué?

—Vengo de la playa. Pero parece que hoy tiene fiesta, no está allí.

—Tampoco está aquí, nunca suele venir a esta hora.

—Y... ¿Sabes dónde le puedo encontrar?

El camarero me miró receloso, no sabía si debía darme esa información.

Le señalé mi maleta y dije suplicante, para darle pena:

—Vengo desde Madrid sin repostar, necesito hablar con él.

—Tu cara me suena... ¿No habías estado aquí con él? —me preguntó.

—¡Sí! Estuvimos aquí juntos una noche la semana pasada.

Ante mi confirmación, pareció quedarse más tranquilo.

—Óliver come en casa de su madre los días que tiene fiesta, pero no sé su dirección.

—Yo sí. ¡Gracias! —exclamé.

Fui en busca de mi maleta, ansiosa por llegar a Mijas y encontrarme con él.

—¿Cómo es que sabes dónde vive su madre y no tienes su número de teléfono? —me preguntó desde la barra—. Pero nada más decir eso entendió que saber dónde vivía su madre era una señal de que entre Óliver y yo había bastante confianza. Se encogió de hombros y me preguntó—: ¿Quieres que te lo dé?

—¡No, gracias! Lo tengo, pero quiero darle una sorpresa. —Le sonreí contenta y salí del bar.

Tres cuartos de hora después, subía por la escalera de la empinada calle de la madre de Óliver cargada con mi maleta. Tenía la boca más seca que la toalla de un hippy y me costaba respirar. Al abandonar el aire acondicionado del taxi había sentido que un fogonazo de calor me quemaba hasta las entrañas, a aquella hora de la tarde hacía un calor insoportable. Paré en la puerta de la casa de la madre de Óliver y me tomé unos segundos para recobrar el aliento. Me sequé el sudor de la cara con el brazo, tragué la poca saliva que me quedaba y llamé al timbre. Enseguida oí pasos acercándose. La hermana de Óliver abrió la puerta acompañada de María, su sobrina.

—¡Hola! Supongo que me recuerdas, vine a comer la semana pasada —dije—. Estoy buscando a Óliver, me han dicho que está aquí.

Su hermana sonrió, pero enseguida me miró extrañada. La niña, al reconocerme, se cruzó de brazos y frunció los labios.

—Sí, claro que te recuerdo. Pero no está aquí, está trabajando.

Ladeé la cabeza, fruncí el ceño y le pregunté:

—¿Ya no trabaja en la playa?

—Sí, tiene contrato hasta finales de septiembre.

—Pues entonces hoy tiene fiesta y habrá ido a otro sitio, no está allí —dije.

—No, tuvo fiesta ayer. Estuvo aquí, vino a comer.

—¿Estás segura de que hoy trabaja? He estado en la playa y no le he visto.

—Sí, estoy segura. Mi madre ha hablado con él hace un rato. Habrás ido en su tiempo para comer.

¿Me estaba diciendo que me había llevado aquel trajín para nada? ¿Que posiblemente estaba comiendo en el chiringuito, o algo así...?

Pues sí.

La miré angustiada y le pregunté:

—¿Podrías darme agua antes de irme? Estoy muerta de sed.

La sobrina de Óliver dio un paso al frente, frunció todavía más labios y dijo un seco:

—No.

Salí del taxi, bajé los escalones hasta la playa y comencé a arrastrar mi maleta en dirección a la torre de vigilancia. No podía más, estaba agotada. Pero acababa de ver a Óliver de espaldas, sentado en su tumbona en la torre, y sentí una oleada de energía. Sonreí excitada, aunque a la vez tenía algo de miedo. No sabía cómo iba a reaccionar, quizá mi sorpresa no le hacía tanta ilusión como a mí. Dejé la maleta aparcada a un lado de la torre. Caminé hasta los pies de la escalera, me puse las manos en las caderas y miré hacia arriba. Óliver percibió que alguien se había quedado parado allí abajo y se echó hacia adelante en su tumbona.

Tenía el corazón a mil. Me estaba mirando paralizado, sin que su cara revelara lo que estaba pensando, y me temí lo peor.

Intenté disimular mis nervios y dije:

—Creía que tenías fiesta, he venido antes y no estabas.

Óliver se subió las gafas de sol, arqueó las cejas y sonrió. Sentí un alivio enorme, se alegraba de verme.

—¿Qué haces aquí? Te imaginaba en Madrid, haciendo manitas con el gilipollas.

—¿Qué? —dije riendo. Me cogí un brazo detrás de la espalda, encogí un hombro y sonreí—. He llegado hace unas horas. Ya no estoy con él.

Óliver volvió a arquear las cejas y asintió con una mueca de admiración.

—No sabes el tute que me he dado. Como no te he encontrado aquí he ido al bar del casco antiguo, de allí he ido a casa de tu madre y al enterarme de que estabas trabajando he vuelto aquí. Le he preguntado a ese hombre de la toalla amarilla si te había visto en algún momento y me ha dicho que no.

Señalé al hombre en cuestión y, en ese momento, se puso de pie. Acababa de tantear la arena a su lado y había cogido una especie de palo. Lo desplegó y vi que era un bastón. Un bastón para invidentes...

Óliver y yo nos miramos de repente y no pudimos contener la risa. Intentamos hacerlo, pero no hubo manera. Por suerte, el hombre no se dio cuenta de que estábamos hablando de él. Nos reímos tanto que lloramos y habría quedado un poco feo.

Óliver bajó de la torre, me miró unos segundos en silencio y me apartó un mechón de pelo empapado en sudor que tenía pegado junto a un ojo. Sabía que debía de tener una pinta horrible, pero él me miraba como si lo que tuviera delante fuera algo precioso.

—Siento no haber sido capaz de acudir a tu llamada el otro día. Pero quiero que sepas que nadie antes había hecho algo tan bonito y original por mí —dije.

Apretó los labios y dijo:

—Bueno... Habría estado bien que bajaras. Me dejé las cuerdas vocales para intentar que hicieras lo que en realidad te apetecía. Pero la escena de la película está sobrevalorada, no es tan bonita. Estela nunca debió bajar esas escaleras.

—Tienes razón, Stanley Kowalski era un alcohólico y un maltratador.

Mónica estaba equivocada cuando me dijo que en el fondo todos los hombres son iguales. Álvaro nunca me había mirado como lo estaba haciendo Óliver, ni se reía con mis bromas, ni era

tan poco rencoroso. Habría dejado a Álvaro aunque no hubiera tenido ninguna posibilidad con Óliver, pero Óliver era mil veces mejor.

Nos acercamos un poco más. Sin que pudiera evitarlo, una delatora sonrisa asomó a mi cara. Quería esconderla, pero seguía sonriendo como una boba. Estaba enamorada.

—¿Cuántos días te quedas? —me preguntó. Estaba sonriendo de una forma similar a la mía, él tampoco lo podía evitar.

—Me quedan ocho días de vacaciones.

—En ocho días se pueden hacer muchas cosas.

—Sí.

Se bajó las gafas de sol a los ojos y miró hacia el agua.

—Podemos vernos cuando queramos, con el AVE estamos a un paso —dijo.

—Incluso menos. Envías unos WhatsApps, te tomas un café y ya has llegado.

Levanté las cejas, miré de reojo hacia la nada y apreté los labios para no sonreír en exceso. Óliver bajó su cara a la mía, entreabrió los labios y se quedó quieto ahí.

—No esperes que te bese... El domingo pasado perdiste tu oportunidad —me dijo.

Me agarré a su cuello y le obligué a besarme. Bueno, no es que le obligara, enseguida puso toda su intención. Pero mi rabia le hizo reír y por unos segundos no pudimos besarnos como era debido. Me contagió la risa y no fue hasta que el deseo ganó contra ella cuando nos dimos un beso de película.

Así comienza

Solo me podía pasar a mí

Capítulo 1

—¡Disculpe!

Caminaba con rapidez intentando esquivar a la gente, el centro de Barcelona era una trampa para alguien con prisa. Había una aglomeración fuera de lo común, parecía que nadie tuviera una familia con la que celebrar la Nochebuena. Me golpeaban abrigos, bufandas y carritos con bebés. Un hombre me abofeteó la cara con las ramas de un abeto que llevaba bajo el brazo. Casi todo el mundo caminaba en dirección contraria a la mía y me veía obligada a avanzar embistiendo, como un jugador de fútbol americano.

—¡Lo siento!

Aunque también era posible que a esa gente le pasara como a mí, que siempre iba tarde a todas partes y había dejado la compra de los regalos para última hora. Practicaba complacida el «No hagas hoy lo que puedas dejar para mañana» y hasta ese momento me había funcionado genial, era extremadamente feliz y despreocupada.

—¡Perdona, Rudolph!

Un chihuahua vestido con un chaleco verde y un gorro rojo con cuernos de reno se puso de pie ladrándome, le había dado un puntapié sin querer. Quise rascarle la cabeza para disculparme, pero no me dejó, me gruñó enseñándome unos diminutos colmillos y tuve que dar un brinco hacia atrás.

Solo faltaba media hora para que las tiendas cerraran pero estaba segura de que me daba tiempo, las cosas siempre salen bien si las afrontas con positividad y yo era una chica alegre y optimista. Mientras me abría paso entre la multitud sentí frío en la cabeza, había perdido mi boina rosa de lana. Extendí los brazos frente a mí mientras la buscaba para evitar que la pisaran, pero enseguida la recuperé, se le había enganchado a un chico en el *piercing* de la oreja.

—¿Esto es tuyo? —me preguntó señalándosela.

—Oh, sí. ¡Gracias! —le ayudé a desenganchársela y volví a ponerme en marcha.

Diez minutos después, lo había conseguido, estaba en la entrada de los grandes almacenes. Rodeé a una pareja que discutía en la puerta y entré. El calor del aire acondicionado me golpeó en la cara y el agradable olor de la sección de cosméticos me inundó la nariz. Cerré los ojos un instante e inspiré hondo para disfrutarlo. Me hubiese gustado probarme perfumes y barras de labios pero no podía retrasarme más, el regalo que quería hacerle a mi cuñada era bastante popular y quizá se había agotado, era posible que tuviera que pensar en un plan B.

Subí las escaleras mecánicas a pie y revoloteé por los pasillos con mi bufanda y el bajo de mi abrigo fucsia al viento. Era como una aparición, doblaba de un pasillo a otro con tanta fluidez que parecía que flotaba. Paré frente al estante donde unas semanas atrás había visto los Satisfyer. Al ver que todavía quedaban un par sonreí. Una mano con las uñas pintadas de rojo se me puso delante y cogió uno de ellos, pero me hice con el último a gran velocidad y lo apreté inmediatamente contra mi pecho. Tendrían que matarme para quitármelo. Si la rubia con boca de pato que tenía detrás lo quería, que se hubiera espabilado, aquellas no eran horas de ir a comprar. Miré de un lado a otro desafiante, con el Satisfyer apretado entre mis manos. Me dirigí a la caja con la misma maestría con la que había revoloteado entre los pasillos y esperé mi turno para pagar.

—Es un regalo. ¿Dónde me lo pueden envolver?

La cajera me dedicó una mirada de odio, era evidente que estaba deseando irse a casa a

celebrar la Nochebuena.

—En el mostrador de la planta baja —dijo, mirándome con los ojos entornados—. Pero dudo que te dé tiempo, los que envuelven los regalos también tienen familia —añadió vengativa.

—Bueno, eso ya lo veremos. ¡Feliz Navidad!

Cogí mi Satisfyer y volé escaleras abajo. Bajé los escalones de dos en dos, sin esperar a que las escaleras mecánicas hicieran su función. Al llegar a la planta baja miré a mi alrededor y enseguida divisé el mostrador donde se envolvían los regalos, era fácil de detectar porque había una cola importante. Pensé que quizá debía rendirme, que no me daba tiempo de llevarme el regalo envuelto, pero después de un par de minutos en la cola sonreí victoriosa, la docena de personas que tenía delante avanzaban a buen ritmo.

Una de las *envolvedoras* de regalos se asomó a la cola y dijo:

—¡Vayan pasando por aquí!

Unos cuantos nos dirigimos hacia su extremo del mostrador. Mi hombro chocó con un brazo masculino, el de un moreno alto y elegante que llevaba unos estilosos pantalones de traje y una corbata bajo el abrigo. Levanté la mano en señal de disculpa y él levantó la suya negando con la cabeza, restándole importancia al percance. Puse el Satisfyer sobre el mostrador, me crucé de brazos y miré paciente a mi alrededor.

Me di cuenta de que el moreno miraba el Satisfyer de reojo. Lo vi arquear las cejas un segundo. Sentí un poco de vergüenza, así que lo empujé disimuladamente con el dedo, lo camuflé entre los otros regalos que había sobre el mostrador.

—¿Quién va a ser la afortunada? —me preguntó la *envolvedora*—. ¿Lo has probado? Si no lo has hecho todavía, no sé a qué esperas. ¡Es una maravilla!

—¿Qué? ¡No! No lo he probado —dije cortada—. Bueno, no pasaría nada si lo hubiese hecho. Pero me va más lo artesano. Artesano, como el pan. —Meneé la cabeza pizpireta, como si hubiera dicho una gran genialidad.

No tenía ni idea de por qué había dicho eso, fue lo primero que se me ocurrió. Utilizarlo sería todo lo normal que tú quisieras, pero no me apetecía airear mi vida sexual delante de todos aquellos desconocidos. Me sentí observada, como un adolescente comprando su primera caja de preservativos.

Miré al moreno con disimulo y vi que asentía complacido, con la mirada puesta en el Satisfyer. Deduje que le había gustado mi respuesta y eso me hizo sentir todavía más consciente de mí misma.

—Qué guarrería —murmuró una señora.

Era una mujer con un abrigo de piel y unas perlas en las orejas que estaba detrás de mí. Su compañera asintió con los labios fruncidos, otra estirada de buena posición social de las de antes, de las que todavía creen que lucir esos abrigos las deja en buen lugar.

—El mundo se acaba, Ernesto. Entre las conversaciones por WhatsApp y los aparatos esos, nuestra especie se está condenando a la extinción —dijo un señor.

—Un buen polvo es lo que falta, Andrés. Un buen polvo. ¿Dónde ha quedado el romanticismo? —dijo el tal Ernesto.

Una mujer se me acercó, me dio unos toquecitos en el hombro y dijo:

—¿Eso se enchufa a la corriente? He leído que a una mujer le dio una descarga eléctrica y se le paró el marcapasos. Murió en el acto.

—¿Tan rápido? Vaya... —dije como si me impresionara—. No hace falta que le pongas lazo —le indiqué incómoda a la *envolvedora*.

Todo el mundo estaba pendiente de mí, no había nadie en la cola que no se hubiese enterado de

que me estaban envolviendo un Satisfyer. Oía los murmullos, algunos en tono de admiración y otros de escepticismo.

—Claro que sí, te lo hago en un segundo —insistió la *envolvedora*—. Mira, si ya tengo tanta práctica que envuelvo los regalos de dos en dos. No seas tonta, mujer, no puedes regalar un Satisfyer sin un lazo bien pomposo. A no ser que... —Me miró de medio lado, sonriendo con picardía—. A no ser que en realidad sea para ti —dijo guiñándome el ojo.

Me di la vuelta y miré a mi público. Mi regalo había generado un enorme interés y algunas personas de la cola estaban tan fascinadas que parecía que acababan de ver aterrizar una nave espacial.

Levanté las manos y dije:

—¡Es para mi cuñada!

Unos cuantos asintieron, pero hubo quien no disimuló sus dudas.

La *envolvedora* remató con rapidez dos lazos rojos que pegó en cada uno de los paquetes que tenía envueltos. Se agachó a un lado del mostrador para coger bolsas, pero el moreno elegante cogió su regalo y yo agarré el mío a toda velocidad. No necesitaba bolsa, me cabía una lavadora secadora en el bolso.

—¡Felices fiestas! ¡Verás qué Año Nuevo más bueno te espera gracias al Satisfyer! —me gritó la *envolvedora* desde el mostrador.

Le sonreí incómoda y salí disparada de allí. Era tardísimo y todavía tenía que coger el metro para cruzar media ciudad. Esperaba que por alguna casualidad de la vida mi hermano y mi cuñada también llegaran tarde a casa de mis padres, no me apetecía escucharla si la hacía esperar.

Capítulo 2

Mi cuñada ya había llegado porque era todo lo contrario a mí, una chica seria y formal. Como también lo opuesto a mi madre, quien me abrió la puerta luciendo una diadema con unas antenas hechas con muelles en las que se sostenían unas estrellas blancas recubiertas de plumas. Eran súper monas, se meneaban alegres con los movimientos de su cabeza.

Me puse las manos sobre la boca y exclamé:

—¡Pero qué cosa más *top*!

Mi madre levantó una mano sujetando una diadema idéntica a la suya.

—¡Sorpresa! ¡Tengo otra para ti!

La cogí ilusionada y entré. Mientras mi madre cerraba la puerta me quité mi boina y me puse la diadema frente al espejo del recibidor. Sacudí la cabeza feliz, me divertía ver cómo se agitaban las estrellas.

—¡Hola, papá! —lo saludé, asomándome a la cocina con mi diadema.

Estaba vigilando algo en el horno ataviado con un delantal. Mi padre siempre había sido el encargado de cocinar y mi madre de comprar cosas tan necesarias para el hogar como diademas con antenas.

—Llegas tarde, verás ahora tu cuñada —me susurró mi padre.

Me puse bizca para que captara lo que me importaba. No me gustaba la rectitud de mi cuñada ni sus discursos morales, pero en realidad me daba igual que se enfadara, nunca dejaba que la negatividad de los demás me afectara.

Entré en el salón con mi madre sacudiéndose detrás. Me contagió su entusiasmo y me puse a hacer lo mismo, extendí los brazos frente a mí meneando el culo. Sabía que las estrellas de mi diadema estarían agitándose y me encantaba imaginármelo.

—Ya tienes a alguien con quien dislocarte el cuello —le dijo mi hermano a mi madre.

Me giré hacia atrás y vi que mi madre estaba moviendo la cabeza con alegría.

—¿No es lo más mono que has visto nunca? —me preguntó para pincharle.

—Es posible, mamá. Una de ellas, sí —respondí.

Mi cuñada puso los ojos en blanco. También llevaba una diadema como la nuestra, pero era evidente que a ella no le hacía ninguna gracia. Seguramente mi madre le había obligado a ponérsela. Como a mi hermano, que también llevaba otra, pero la suya tenía dos árboles de Navidad de fieltro, con sus bolitas y su espumillón.

—Qué tal, Álex —me saludó mi cuñada.

Sonrió, pero se le notaba que estaba molesta conmigo porque había llegado casi una hora tarde. Parecía británica. ¿Qué español de más de cinco años cenaría antes de las nueve?

—Muy bien. Felices fiestas —le deseé.

Me acerqué a ella para darle un beso y los ojos se me fueron al vello de su labio superior. Cosa de la que se percató, porque dijo:

—Ya sabes que no me lo depilo, no sé por qué te sigue sorprendiendo.

—¿Qué? No te estaba mirando eso —le mentí.

—Sí lo hacías. Todavía no has entendido que depilarse es una esclavitud que nos ha impuesto el patriarcado, el hombre blanco heterosexual que nos castiga por el simple hecho de ser mujer. Me da rabia que no quieras revelarte, pero tú sabrás.

Mi madre y yo nos miramos de reojo haciendo un círculo con los labios.

—Creo que se refiere a ti, Gus —le dije a mi hermano.

—A mí no me metáis —dijo rápidamente.

—Sí, creo que sí. Tú eres blanco —metió baza mi madre.

—Y al final ha resultado que heterosexual —añadí.

—¿Cómo que al final? —se quejó mi hermano.

—Me parece increíble que os lo toméis a broma —dijo mi cuñada—. Este tema es muy serio, lo único que conseguís con vuestra actitud es perjudicarnos a todas.

—No puedo tomarme en serio tu bigote, te pareces a Freddie Mercury —bromeé.

Mi cuñada me giró la cara y negó con la cabeza.

—Es una pena, no entiendes qué es la sororidad. Pero qué otra cosa se podía esperar de la Señorita TwinkleStar —murmuró.

Siempre que sacaba ese tema bromeaba para no discutir con ella. Pero era imposible no hacerlo, mi cuñada lo llevaba todo al extremo. Que hiciera lo que quisiera con su bigote, pero que dejara al mío en paz. Mi «no bigote» nunca le había hecho daño a nadie.

—Sí que entiendo qué es la sororidad, la que no lo hace eres tú —le contesté. Que intentara ridiculizarme con el seudónimo que utilizaba para mi trabajo me ofendió. Las frases motivadores de la Señorita TwinkleStar hacían sonreír a mucha gente, no era algo que menospreciar—. No es un principio por el cual yo tengo que estar de acuerdo contigo solo porque pertenezco a tu mismo género. Así, sin más, aunque no tengas razón. Eso es muy sexista.

—¿Sexista yo? No le des la vuelta a la tortilla.

—Tú no tienes la verdad universal. ¿Lo has pensado alguna vez?

—Bueno, bueno, dejadlo ya —dijo mi padre, intentando pacificar.

Entró en el salón con la bandeja del asado y la puso sobre la mesa. Mi madre la había vestido con un mantel verde y la había decorado con un centro compuesto por una base de ramas de abeto en la que se sostenían dos muñecos de nieve sonrientes; llevaban abrigo y sombrero.

—Claro, por mí el tema está zanjado. —Asentí y exclamé sonriente—: ¡Feliz Navidad!

—¡Feliz Navidad! —coreó mi madre.

Mi hermano le dio a mi cuñada un cariñoso pellizco en la mejilla y ella sonrió bajando la cara. Parecía dispuesta a relajarse, podíamos tener la fiesta en paz.

—¿Cómo te va el trabajo? —me preguntó mi cuñada mientras cenábamos.

—Bastante bien, otra empresa se ha interesado en la Señorita TwinkleStar. Va a estamparse en productos textiles. En sudaderas, ropa interior y cosas así.

—No me lo habías dicho. ¡Es una noticia fantástica! —exclamó mi madre.

—No quería adelantarme, acabo de firmar el contrato —dije con falsa humildad.

—¿Y qué pasa con los artículos de papelería? —se interesó mi padre. Ladeó la cabeza atento a mi respuesta y los árboles de Navidad de su diadema se agitaron.

—Oh, no tiene nada que ver. Eso sigue en funcionamiento —dije.

Estaba tan feliz, me sentía afortunada por poder vivir de algo que me divertía. Nadie creía que la carrera de Bellas Artes me fuera a llevar a ningún sitio —y realmente había sido así, cualquiera podía trazar unas líneas curvadas—, pero no me dejé desilusionar. Srt@ TwinkleStar era un éxito en las Redes Sociales, todo el mundo conocía a esa simpática estrella que garabateé en la puerta de un lavabo una noche de cogorza. Besé a un policía de servicio que no se tomó bien mi demostración insolicitada de pasión y perdí una lentilla, pero la recordaba con cariño.

—Espero que nadie siga tus consejos —dijo mi hermano.

—No son consejos, son frases desenfadadas. La gente inteligente valora que le hagan reír —

contesté.

Mi padre sonrió incómodo. Creyó que mi última frase había sido una indirecta para mi cuñada, que se reía más bien poco, y al percibir la incomodidad de mi padre ella lo creyó también.

—La gente inteligente se ríe con el humor inteligente —dijo molesta.

—No me estaba refiriendo a ti, era un comentario general —le aclaré sorprendida—. Pero, de todas formas, ¿qué quieres decir? ¿Que mi Señorita TwinkleStar no tiene gracia? —le pregunté.

—No te lo tomes como algo personal, lo he dicho en general. Habrá quien se ría con ella y quien no —me la devolvió.

—Pues a mí me parece muy graciosa —intervino mi madre—. Quiero ser la primera en tener una de esas sudaderas. Me la pienso poner para ir a todas partes. Te haré publicidad en el curso de amigurumis, verás cuántas vendes allí.

—Mamá, no vayas a ponerte eso. Ya no tienes edad —le dijo mi hermano.

—Cómo que no —replicó mi madre—. ¿Qué tontería es esa? ¿Es que no van a hacerlas en la talla 40?

—Por supuesto que sí, creo que hasta la 44 —respondí.

—Este tío es tonto —dijo mi madre.

—Es que tengo una reputación que proteger, ¿sabes? —se quejó mi hermano—. Me costó mucho limpiar la imagen que tenía en el barrio cuando recogías gatos.

Mi madre extendió hacia él un dedo acusador y le dijo:

—Eso es algo que la mejoró. Ayudar a criaturas indefensas es algo bonito, un honor.

—¡Eran los gatos del vecino de arriba! —exclamó mi hermano.

—¿Y qué querías que hiciera? No podía dejarlos solos en la escalera, alguien podría haber abierto la portería y se habrían perdido para siempre.

—Mamá, no me hagas hablar... —dijo mi hermano—. ¿Cuántas noches han pasado aquí esos gatos?

—Ninguna —se apresuró a responder mi madre.

Mi padre la miró frunciendo el ceño.

—¿Esos gatos han dormido aquí? —le preguntó.

—¿Qué? Anda ya, no le hagas caso —dijo mi madre—. A veces se quedaban hasta tarde, pero rara vez pegaban ojo. —Me miró aguantándose la risa y yo me la tuve que aguantar también.

—Mi madre raptaba a los gatos del vecino, los cogía de la escalera y no le decía que estaban en mi casa —le explicó mi hermano a mi cuñada.

—¡Miente! —dijo mi madre—. Puede que la primera vez no supiera que estaban aquí. Pero las siguientes sí, si no venía a buscarlos era porque sabía que conmigo estaban bien.

—¿Cómo es posible que haya convivido con dos gatos y no me haya dado cuenta? —preguntó mi padre.

—No entiendo por qué te extraña, duermes tan profundamente que si se declarara un incendio de madrugada amanecerías como un churrasco —le dije.

Mi padre alzó las cejas y sacudió la cabeza, todavía sin comprenderlo, cosa que me hizo explotar en una carcajada porque los árboles de Navidad de su diadema se agitaron con brío. Era una estampa absurda, éramos cinco personas adultas cenando a la mesa con unas diademas con antenas que se agitaban con el mínimo movimiento que hacíamos. Pero esa era la gracia, mi madre sabía lo que hacía.

Mi madre se inclinó de lado hacia mí y me susurró:

—Esto no va a quedar así, se va a enterar ese chivato.

Metió la mano en el bolsillo de su vestido y sacó algo con lentitud, era su móvil. Lo levantó antes de que mi hermano se percatara y disparó.

—Estoy comiendo —dijo mi hermano al ver el flash—. ¿Qué haces? —le preguntó receloso.

—¿No te preocupa tanto tu reputación? Pues vas a tener una nueva y mejor.

—¡No! —gritó mi hermano.

Se levantó de la mesa y corrió hacia mi madre, pero ella se encogió en la silla protegiendo su móvil con el torso y continuó tecleando con los pulgares. Se ladeó de izquierda a derecha esquivando a mi hermano y finalmente exclamó:

—¡Listo! Ya estás con esa diadema en Facebook.

—No me habrás etiquetado... —dijo mi hermano temeroso.

Mi madre se encogió de hombros y sonrió. Mi hermano volvió rápidamente a su asiento y cogió su móvil para comprobarlo.

—Venga, el postre y los regalos —dijo mi padre.

Todos —a excepción de mi hermano, que seguía ocupado limpiando su imagen— nos levantamos de la mesa y volvimos con nuestros regalos. Mi padre se encargó de poner los platos y el postre, un panettone con una pinta estupenda que había hecho por la tarde.

—¿Qué es esto tan grande? —le pregunté a mi madre. Me había entregado un paquete enorme que estaba envuelto en papel dorado—. Vaya, qué gustito... —dije maravillada, palpando el regalo bajo el papel.

—Son para los lados de tu cama, para que no notes el frío en los pies al levantarte.

—¡Gracias! —exclamé con ilusión.

Eran dos alfombras individuales de pelo largo y mullido color hueso. Iban a quedar genial en mi habitación. Me encantaba lo peludo, lo brillante y todo lo rimbombante.

—Esto es para ti, papá. Ya lo estrenaremos —dijo mi hermano.

Mi padre abrió el paquete que le entregaba, era un ajedrez tallado en madera.

—No tienes ninguna posibilidad de ganarme —dijo mi padre. Pero era evidente que el regalo le había gustado y a continuación se lo agradeció.

Seguimos intercambiándonos regalos. El día anterior había comprado un costurero de estilo antiguo para mi madre y una elegante bata para mi padre. Lo había dejado todo allí la noche anterior para no tener que ir cargada al centro al día siguiente. Debo confesar que el regalo de mi cuñada fue una idea de última hora, no me había parado a pensarlo demasiado. Con mi hermano fui a tiro seguro, le había pagado la suscripción a Prime Video para que viera *Star Trek: Picard*.

Mi cuñada me entregó mi regalo. Me había comprado unas botas bastante monas estilo esquimal, no estaban mal para tratarse de alguien que no le ponía atención al vestir. Su armario estaba lleno de pantalones de pinzas y jerséis de cuello alto, era de poco variar. Le entregué su regalo sobre la mesa, esperando de corazón que le gustara. Aunque creía que sí lo haría, dudaba que existiera algo que gritara más alto la palabra «empoderamiento» que un Satisfyer. El único problema que le veía era que no creía que se pudiera descambiar, por razones obvias.

—Gracias, Álex. —Agarró el paquete y me sonrió.

Le devolví la sonrisa, aunque de repente dudé de mi elección. Mi cuñada era muy susceptible, quizá se lo tomaba por un lado equivocado. Quién sabía qué se le pasaba por la cabeza a una chica con bigote. No entendía su extremismo, mi padre y mi hermano se afeitaban varias veces a la semana y nunca los había oído quejarse.

—¿Qué es esto...? —murmuró.

Había desenvuelto el regalo y acababa de abrir la caja, pero aquel aparato que había sacado de ella no me sonaba. El Satisfyer era de color rosa y lo que tenía en las manos era negro. ¿Qué

era eso? Me eché hacia adelante sobre la mesa frunciendo el ceño.

Mi cuñada abrió la boca y dijo asombrada:

—¿Me has comprado una máquina de afeitar??

—¿Qué?! —exclamé.

Mi madre abrió los ojos de par en par y se tapó la boca muerta de risa. No emitía ningún sonido, pero se le estaban saltando las lágrimas. Mi padre apoyó el codo en la mesa y la frente en su mano, negó con la cabeza y las antenas de su diadema se agitaron.

—¿De verdad era necesario? No me puedo creer que lo hayas hecho —me reprochó mi hermano.

—Ha sido sin querer, lo juro. ¡Laura, tienes que creerme! Te había comprado un Satisfyer — dije mortificada.

—¿Un satis qué? —preguntó mi padre.

Mi hermano abrió la boca sorprendido, pero al instante la cerró y frunció los labios. Me lanzó una fugaz mirada de rencor y dijo:

—Pues esa máquina de afeitar parece buena, Laura.

Capítulo 3

No sabía qué hacer con la máquina de afeitar. Estuve dándole vueltas los días siguientes, preguntándome cómo descamirla. No tenía el tique de compra, podía haberla comprado en cualquier sitio o haberla tenido guardada en casa desde tiempos ancestrales. Llegué a la conclusión de que mi única esperanza era que la envolvedora de regalos me recordara y se prestara a interceder por mí, ella podía corroborar que allí se había cometido un desgraciado error. Todavía recordaba la cara de mi cuñada cuando vio la máquina de afeitar, si hubiese podido me habría estrangulado. Algunas noches me imaginaba cómo habría sido el momento, me veía con los ojos a la virulé y las estrellas de mi diadema agitándose furiosas sobre mi cabeza. La imagen me provocaba tanto espanto que me tapaba la cara con la almohada, me parecía un horror que el bigote de mi cuñada fuera lo último que viera justo antes de morir.

Me agarré a la barra del autobús y miré ausente a través del cristal de la ventanilla. Estaba perdiendo un tiempo precioso desplazándome al centro, uno que podía estar empleando en mirar vídeos de gatos en Instagram. ¿Por qué no se quedaba mi cuñada con la máquina de afeitar? No sería porque no podía hacerle un buen uso, las cosas claras. Si no quería depilarse que la utilizara para quitarles las bolas a los jerséis. Se podían hacer muchas cosas con una máquina de afeitar si le echabas un poco de imaginación. A mí se me ocurrían unas cuantas, no entendía por qué a ella no.

Me bajé del autobús y caminé las dos manzanas que separaban la parada de los grandes almacenes. El centro todavía estaba a reventar porque el día de Reyes estaba a la vuelta de la esquina, pero me lo tomé con calma, paseando con tranquilidad. Había trabajado en la Señorita TwinkleStar toda la mañana y no tenía ningún compromiso por la tarde. Entré en los grandes almacenes y me acerqué al mostrador donde me habían envuelto el regalo. No reconocí a ninguna de las *envolvedoras*, la que me atendió aquel día no estaba. Decepcionada, me dirigí al mostrador de atención al cliente. No me quería rendir, quizá allí podían ayudarme después de todo. Esperé mi turno echándole optimismo y cuando me tocó le expuse mi caso a una de las *atencionadoras* al cliente.

—Era tarde, con las prisas no me fijé. En realidad las cajas son iguales, del mismo tamaño. No es extraño que hubiera una equivocación —le dije.

La *atencionadora* asintió con la mano puesta en la barbilla, no había cambiado de postura desde que empecé a contarle lo que me había pasado. Miró a un punto inexistente sobre el lado derecho de su cabeza y me preguntó:

—¿Me estás diciendo que hubo un error?

—Sí, eso es. Lo que quería regalar era un Satisfyer.

—Bien, no hay problema. Puedes cambiar la máquina de afeitar con el tique de compra.

Suspiré sonoramente. Me había preocupado por nada, aquella *atencionadora* confiaba en mí. Sabía que no intentaba estafarle, que el artículo había sido vendido allí. Saqué el tique de compra del monedero y lo puse sobre el mostrador.

—Un momento... —dijo. Hizo una intrigante pausa y añadió—: Este tique de compra es de un Satisfyer y lo que quieres cambiar es una máquina de afeitar.

—Lo sé. Es lo que te acabo de explicar.

Meneó la cabeza y después la ladeó.

—Bueno, yo no lo había entendido así. ¿Qué es exactamente lo que te ha pasado?
¿Iba a tener que volver a explicárselo? Sí, no iba a tener más remedio.

—Fue en ese mostrador de ahí. —Me giré y señalé el mostrador en cuestión—. Cogí la máquina de afeitar porque las dos cajas eran del mismo tamaño.

—Si querías un Satisfyer, eso era lo que deberías haber cogido.

—Lo hice, pero me equivoqué y me llevé la máquina de afeitar.

—Pero este tique de compra es de un Satisfyer.

—Porque en su lugar salí de aquí con la máquina de afeitar.

—El escáner de la caja leyó el código de barras de un Satisfyer.

—Porque la confusión fue después de pagar, en el mostrador donde se envolvían los regalos. Cogí la máquina de afeitar de allí.

—¿Me estás diciendo que te llevaste el regalo envuelto de otra persona?

—¡Exacto, eso es! —exclamé contenta. Por fin lo entendía.

—Oh. —Volvió a mirar el tique—. Pues no sé cómo ayudarte, la verdad, aquí no consta que hayas comprado una máquina de afeitar.

—Pero lo hice. Bueno, en realidad no la compré, pero me la llevé de aquí.

—Entiendo... —murmuró—. Espera aquí un momento, tendré que consultarlo con la encargada.

Me encogí de hombros y dije:

—Vale, sí. Supongo que no tengo elección.

La *atencionadora* caminó hacia la encargada, que estaba en el otro extremo del mostrador, y se puso a cuchichear con ella. La encargada me miró un instante, cogió mi tique de la mano de la *atencionadora* y asintió. Un momento después, se plantó frente a mí.

—Este tique de compra es de un Satisfyer y lo que quieres devolver es una máquina de afeitar. ¿Es eso correcto? —me preguntó.

—Es correcto.

—Pero no lo es, una cosa no tiene correlación con la otra.

—En efecto.

Me miró frunciendo el ceño.

—Me la llevé pensando que me llevaba un Satisfyer —le aclaré.

—¿Cómo te pudo pasar? Son fáciles de distinguir. —Sacó la máquina de afeitar de la caja y apoyó los codos en el mostrador—. Mira, la máquina de afeitar tiene estos tres cabezales que giran. ¿Los ves? Y el Satisfyer lleva una boquilla succionadora. De frente es igual que Stuart, el Minion de un solo ojo.

—Te agradezco esta clase didáctica tan mona. Ha sido genial, de verdad. Pero no era necesaria, sé distinguir entre una máquina de afeitar y un Satisfyer. No conozco a nadie capaz de pasarse una máquina de afeitar por esa parte del pitorro. —Me di cuenta de que me había pasado, así que relajé el tono—. Si confundí los dos aparatos era porque estaban envueltos, yo me llevé el de alguien y sospecho que alguien se llevó el mío.

—¿Quieres decir que otra persona tiene tu Satisfyer en su poder?

—¡Claro!

Me miró por encima de sus gafas.

—Pasó cuando los dos paquetes estaban envueltos —dijo.

Sonreí con los labios apretados y asentí efusivamente.

No me convenía ponerme beligerante porque sabía que llevaba las de perder. Quería salir de allí con un Satisfyer y no tenía el tique de compra de lo que quería descambiar.

—Pues... —dudó, meneando la cabeza—. Me temo que esto tiene difícil solución. No puedo aceptar la máquina de afeitar como si fuera nuestra sin un tique de compra que lo demuestre.

—Pero la compré aquí.

—No la compraste, alguien lo hizo y no sabemos dónde fue —me corrigió.

—Fue aquí. Seguro. Vi cómo la envolvían en ese mostrador de ahí atrás.

—No sé. No sé... El jefe de planta tendrá que encargarse de esto.

Me crucé de brazos y dije:

—Bien, que venga el jefe de planta. Aquí lo espero.

La encargada se fue al otro extremo del mostrador y descolgó un teléfono. Quería leerle los labios, pero me dio la espalda en cuanto alguien se puso al habla. Pocos minutos después, el jefe de planta se presentó ante mí.

—Me han informado de que ha habido una *equivocancia* —dijo.

¿Una «*equivocancia*»?

—Ha habido un error, sí —respondí.

—Pero no entiendo cómo ha podido suceder.

¿Había alguien allí que entendiera las cosas a la primera? No sé, quizá un niño recién destetado o el miembro de una tribu neozelandesa. Hasta Siri me entendía perfectamente después de haberme tomado unos cuantos gin-tonics.

—Esta máquina de afeitar no es mía, lo que compré fue un Satisfyer. Hubo una *equivocancia* y alguien se lo llevó. —Pensé que quizá me lo ganaría si hablaba como él.

Dio un respingo impactado, como si hubiera oído algo horrible.

—¿Alguien se lo llevó? ¿Cómo? Nuestro sistema antirrobo es de última generación.

—Porque no tenía alarma, ya estaba pagado. —Apreté un poco los dientes. Yo era alegre y sociable, pero mi paciencia tenía un límite.

El jefe de planta me miró de medio lado. Seguía sin entenderlo, lo vi en su entrecejo arrugado.

—A ver... —dije conteniéndome, intentando aunar paciencia—. Tanto una cosa como la otra estaban pagadas. Yo compré un Satisfyer y alguien compró esta máquina de afeitar. ¿Todo bien? ¿Hasta ahí llegamos? —me quise asegurar. El jefe de planta asintió—. Fui a ese mostrador de ahí, donde se envuelven los regalos. La *envolvedora* envolvió los dos aparatos y yo cogí uno de los paquetes sin darme cuenta de que no era el mío, probablemente porque di por hecho que quien cogió el otro sabía cuál era el suyo.

Acababa de caer en ese detalle, no fui yo quien inició la confusión.

—¿Qué es una *envolvedora*? —me preguntó.

—La prima hermana de la *equivocancia* —le solté furiosa.

¿En serio?! ¿Él decía «*equivocancia*» como si esa estúpida palabra existiera y se permitía cuestionar mi «*envolvedora*»? Era evidente qué significaba, estábamos hablando de envolver regalos.

—Soy una persona ocupada, señorita, por este camino vamos mal.

—¿Y qué se cree usted, señorito, que yo no tengo nada que hacer? A estas horas podría estar echándome una siesta tan ricamente, acabo de comer.

—Me va usted a explicar cuál es el problema o no —me pidió molesto.

—¿Otra vez??

No pensaba contar la historia por quinta vez. Me iba a llevar la máquina de afeitar y la iba a utilizar para partir nueces, el plástico parecía resistente.

Metí la máquina de afeitar y el tique de compra en mi bolso, me di la vuelta y me largué. Ni siquiera me despedí del jefe de planta. Eché a andar a paso ligero hacia la salida pero, mientras lo

hacía, vi a una chica taconeando hacia el mostrador donde se envolvían los regalos. Era la *envolvedora*, la recordaba bien.

—¡Eh! —le grité—. ¡¡¡Eh!!!

Corrí hacia ella. Cuando la alcancé, la cogí del brazo y dije desesperada:

—¿Me recuerdas? Me envolviste un Satisfyer el día de Nochebuena.

Dio un respingo y dijo:

—¡Oh, sí! Pensé que nunca vendrías. Alguien tiene tu Satisfyer.

—¡Lo sé! Es lo que suponía. ¿Cómo lo sabes? ¿Te diste cuenta de la confusión?

—¡No, ni siquiera vi cómo pasaba! Pero la persona que se lo llevó vino el 27 y dejó su número de teléfono, intenta recuperar su máquina de afeitar.

—¡Dios, qué bien! —exclamé feliz—. No sabes el rato que llevo intentando que los de atención al cliente entiendan lo que pasó. ¡Ha sido horrible! Al final me he tenido que rendir.

La *envolvedora* sonrió, entrelazó su brazo con el mío y me dijo amable:

—Acompáñame, tengo el número de teléfono en el mostrador.

Suspiré aliviada y nos pusimos en marcha. Daba gusto encontrar a personas como ella en aquel lugar, me dieron ganas de agarrarla por los hombros y darle beso bien sonoro en la frente.

Consíguelo [AQUÍ](#)

Si quieres estar al tanto de mis próximas publicaciones,
sígueme en:

[Amazon](#)
[Facebook](#)
[Twitter](#)
[Instagram](#)